

# Episodios Nacionales

---

Episodios Nacionales de  
la Independencia de Chile

1810

“Memorias de un Voluntario  
de la Patria Vieja”

por

LUIS ORREGO LUCO



SANTIAGO DE CHILE

Imprenta, Litografía i Encuadernacion Barcelona

Calle Moneda, 801 á 847 i San Antonio, 102 á 116

1905

---

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

---

---



# Memorias de un Voluntario

De la Patria Vieja



## I

La calle del Rei parecia echar fuego en aquella tarde, que mas parecia de verano que de primavera. Mi patron i tio, don Mateo de Erazo, sin moverse del sillón de baqueta con gruesos clavos de cobre, arrimado al mostrador, como de costumbre, me indicó la conveniencia de llevar un paquete de sederías i encaje a la casa núm. 29 de la calle de los Huérfanos, donde vivia doña Javiera Carrera, hija del rejidor del Cabildo de Santiago don Ignacio de la Carrera. Debia tambien llevar otro paquete a casa del Iltmo. señor don José Antonio Martínez de Aldunate, antiguo rector de la Universidad de San Felipe i miembro conspicuo del clero. Vivía el señor

obispo en una quinta de dos pisos situada en la Cañadilla, en el núm. 45, si no ando trascordado. El edificio era de imponente aspecto i bastante suntuoso para la época. A mí me agradaba ir a esa casa porque misía Jimena, el ama de llaves, no dejaba nunca de ofrecerme un vaso de aloja, acompañado de bizcochos i dulces de masa real hechos por las monjas Rosas. I como eran tan esquisitos aquellos santos comestibles, encontraba yo justificada la frase popular: «si parece que vienen hechos por mano de monja».

Apresuréme a obedecer la órden de don Mateo i, con un paquete debajo de cada brazo, eché a caminar por la calle del Rei, torcí en la de Huérfanos, i, cumplida mi primera comision, volví por San Antonio a la calle de la Merced, donde vivia mi amigo i condiscípulo Pepe Santibáñez, en una casa próxima a la del señor conde de Quinta Alegre, mui cerca de la plaza.

Una ráfaga de viento me cubrió de polvo, pues los pavimentos de aquella época eran lo que habia que ver. Al llegar a la calle de San Antonio apreté el paso, pues los olores que allí se respiraban no eran de los mas finos.

La calle estaba cubierta de inmundicias, sobre todo en la acera poniente, donde un dia encontramos, debajo de las basuras, una escalera de cinco metros de largo, escondida allí sin duda por los ladrones para sus asaltos nocturnos.

Era frecuente, por aquel entónces, encontrarse con animales muertos, tendidos largo a largo por las calles, i no solamente ratones, como ahora sucede, sino tambien sus naturales enemigos los gatos i los perros, caballos i demas.

Contábase que un caballero se había vengado de los desdenes de su dama haciendo colocar en el zaguan de su casa un burro muerto. Ella le mandó recado para que hiciera retirar esa efijie suya, que no le habia sido pedida, a la brevedad posible. Con este motivo, se produjo una querella en que tomaron parte, por uno u otro bando, muchas de las familias principales de Santiago.

Como yo esperaba, Pepe Santibáñez, muchacho de veinte años como yo, se encontraba en la puerta de su casa, sentado sobre una silleta de paja, junto a la pieza del sirviente, colocada, como en todas las casas antiguas, a la entrada del zaguan. No bien me divisó, cuando echó a correr alegremente a mi encuentro:

—Buen dar, Rafaelillo, si ahora casi no vienes por la casa, como si tuviéramos apestados adentro.

—Mira, niño, es que hai que trabajar en la tienda, i don Mateo, aun cuando es bueno, es sumamente delicado al respecto.

—Bueno, pues; que te acompañaré sin decir esta boca es mía, mas que se enoje mi señora abuela.»

Sin mas echamos a caminar juntos. La Plaza de Armas no estaba entónces en condiciones decentes. La Plaza de Abastos ocupaba el galpon no mui limpio del Oriente. En el centro de la plaza, donde ántes estuvo el *rollo* en que se azotaba, habia una pila, i en torno, vendedores de mote, de huesillos, de picarones, i al frente, puestos donde mercaban *ojotas*, i zapatos, que la jente se probaba al aire libre, sin grandes miramientos. Solo mui de tarde en tarde, las autoridades hacían que los presos de la cárcel, provistos de ramas de espino, i custodiados por soldados armados de fusil, ba-

rriésen un poco aquellos lugares de lamentable desaseo.

En fin, la calle de Santo Domingo ya era otra cosa, pues allí vivían muchas de las familias más respetadas de la antigua aristocracia colonial.

Precisamente al llegar a la esquina de esa calle vimos que torcía en dirección a los Tajamares un caballero de continente altivo, de estatura común, de mirada benévola, cargado de espaldas. De edad ya avanzada, tenía la cabellera enteramente cana. Vestía casaca de paño azul con botones de oro; una amplia corbata de encajes i de espumilla de China dejaba caer su pliegue sobre un largo chaleco de seda gris perla con bordados de plata.

Llevaba echado hacia atrás el sombrero de tres picos, estilo Luis XV, de moda algo anticuada, i empuñaba un larguísimo bastón, que habría parecido lanza, al uso de la época, a no ser por su magnífico puño de oro cincelado. La impresión que producía era benévola, como la de un Dios colocado a inmensa altura sobre los demás mortales. Seguía, a pocos pasos, un oficial de Milicias

Nos detuvimos respetuosamente para dejarle pasar. Al llegar a nosotros, tiró a Pepe de una oreja, cariñosamente, i le preguntó su nombre, adivinando por su traje que era niño de familia pudiente. I como Pepe se lo dijera, poniéndose todo colorado:

«—Dale recados a tu señor padre, a mi amigo el señor don Jerónimo, i que no se pierda tanto por allá.»

Era el Presidente Carrasco. Siguió su camino, en dirección al Tajamar, con el ceño fruncido, i el semblante hondamente preocupado.

Motivos tenia, sin duda, el señor Presidente, para andar tan cabizbajo i pensativo, pues las noticias que llegaban de la capital del Reino a la oscura i apartada Capitanía Jeneral de Chile, no eran cosa de risa. Durante el dia, en la tienda de don Mateo Lamas de Erazo no se hablaba de otra cosa sino de los sucesos de España.

Según se afirmaba, se habia celebrado entre Su Majestad el Rei don Cárlos IV i el intruso Napoleon un convenio por el cual su Majestad cedia a Pepe Botellas la corona i los dominios españoles. Cinco dias despues el Principe de Asturias, en cuyo patriotismo i sabiduría tenia puestos sus ojos la nacion, se adheria a la renuncia de la corona i dominios hecha por su señor padre.

¿En qué situacion veníamos a quedar los hijos de América con estos sucesos tan inesperados como asombrosos?

El poder del Emperador era extraordinario, i España no podria resistirlo, por grande que fuera su patriotismo. Ni se podia concebir que el jeneral famoso que habia vencido a la Europa coaligada no sometiese a España, tan dividida, con el hijo confabulado en contra del padre, i los motines de la Granja i de Aranjuez. Era verdad que junto con estas noticias llegaban las del levantamiento del pueblo de Madrid i del nunca suficientemente ponderado heroismo del puñado de hombres mandados por esos modestos oficiales llamados Daoiz i Velarde, que de un salto pasaron de la oscuridad a la gloria. Pero el motin habia sido ahogado en sangre.

España se encontraba sin gobierno, con sus ejércitos desorganizados i divididos, sin recursos para em-

prender una larga i difícil guerra contra un enemigo victorioso, bien armado, bien disciplinado, provisto de recursos abundantes i mandado por los primeros jenerales del mundo i por el jenio de la guerra. ¡Si hasta se decia que Bonaparte se habia batido solo, en Arcola, contra un batallon! Don José Antonio Rojas habia tenido el descaro de afirmar, delante de una docena de personas, en casa del Conde de Quinta Alegre, que Napoleon no era tuerto como decia la *Gaceta*, sino que tenia mui bonitos ojos i era un leon, i que el tuerto era Su Majestad Cárlos IV, que tenia ademas una nariz de elefante i que cojeaba de los dos piés!

Estas apreciaciones de don José Antonio Rojas fueron recibidas con severidad por los asistentes. Sobre todo el señor Marques de Casa-Real i don José Nicolas Martínez se retiraron mui enojados i con grandes protestas. Lo mas divertido es que en cuanto esos caballeros hubieron salido de la tienda, casi todos los restantes se pusieron de acuerdo con el señor Rojas en que las cosas andaban mui mal en Chile.

Miéntras íbamos andando por la calle de las Ramadas, i por la de Nevería, en direccion a la Chimba, le conté a Pepe Santibáñez lo que habia oido en el dia.

En ese instante, no bien enfrentamos los basurales del Mapocho, ya se sintió zumbiar una piedra, arrojada por los muchachos chimberos del otro lado del rio. Tuvimos que deslizarnos agazapados por los tajamares.

—La cosa anda mal para Don José Antonio, dijo Pepe Santibáñez. Antenoche no mas estuvo en casa don Judas Tadeo Reyes poco despues del toque de las ánimas, i yo alcancé a oír parte de la conversacion

que mantenía con mi padre en la sala. Dijo que el señor Presidente Carrasco no sabía qué hacerse pues los chismes habían llegado hasta Lima i su señoría el Virrei había comunicado ya varias veces al Presidente que se conspiraba contra su Gobierno. El señor Presidente contestó que no podía prender a nadie porque «necesito hechos positivos para tomar medidas». I luego, bajando el tono agregó a mi padre: «dígame a don José Antonio Rojas que tenga cuidado... i que se amarre los calzones. No sea que el día ménos pensado vaya a pasar una barbaridad».

Pepe Santibáñez me agregó muchas otras cosas mientras llegábamos a la Cañadilla. Me contó las murmuraciones sociales i los chismecillos que llevaba a su casa una pariente *beata*, miseá Audora González. Contaba que había visto al Presidente Carrasco en el reñidero de la Cancha de Gallos, donde apostaba onza tras onza con el doctor Marin, perdiendo muchísima plata en la pelea de un gallo grande cuyano con otro limeño. I miseá Audora contó cosas de los amores del Presidente Carrasco i de una negra que había traído de Concepcion...

«¡Jesus! qué barbaridad! agregaba la buena señora; si me hubiera cortejado a mí, siquiera, yo que soi blanca, se lo perdonaría! ¡Pero una negra de pasas! ¡Protéjeme padre San Jerónimo!...»

Era, en efecto, rumor mui válido aquel de que el Presidente amaba a una negra. La alta sociedad colonial, acostumbrada a la finura galante i aristocrática del Presidente don Luis Muñoz de Guzman, i a la célebre doña Luisa de Esterripa, su esposa, que había sido dama de

honor de la reina María Luisa, no aceptaba ni las costumbres ni las maneras un tanto libres de Carrasco, Esos cuentos i cuchufletas en que aparecia mezclado el nombre del representante del rei con una negra de pasas, producian en la sociedad de la colonia, de suyo estirada i con mas humos que la aristocracia de Viena, un sentimiento repulsivo de menosprecio. La autoridad iba perdiendo su prestijio.

De vuelta de casa del Ilustrísimo señor Martínez de Aldunate, nos encontramos con don Santos Chocano, anciano caballero mui amigo de don Mateo de Erazo, por lo cual habia yo tenido ocasion de tratarlo con frecuencia

Era el tal, como todas las personas entradas en años, amigo de referir casos pasados i de contar anécdotas de antaño. Al enfrentar la iglesia de la Estampa, nos detuvo. Era el templo, recién estrenado en 1807, de estremada suntuosidad para la época. Tendria cincuenta varas de largo por dieciseis de ancho, magnífica techumbre de vigas labreadas como las del templo de las Rosas, tres naves i hermoso aspecto. Don Santos nos refirió prolijamente su historia:

—El orijen de ese templo de la *estampa volada* fué un milagro. Un *falte* o vendedor ambulante, i ademas *trocador de santos*—porque como ustedes saben los santos se truecan pero no se venden—hallándose beodo quiso proferir denuestos i burlas contra una imájen de Nuestra Señora, pero la estampa milagrosamente arrebatada por una ráfaga de viento, escapó de entre sus manos i fué a posarse, por designio de los cielos, en la copa de un árbol que crecia en la chácara de don Ma-

nuel Joaquin Valdivieso. El ilustrísimo señor obispo Marán resolvió entónces fundar el nuevo templo bajo la invocacion de Nuestra Señora del Cármen, que le habia salvado la vida cuando los indios lo jugaron a la chueca.

«—¿Como pasó eso, señor Chocano?

»—Pues de una manera mui sencilla, hijos. Figúrense que el señor Marán salió de Concepcion para hacer la visita episcopal de Valdivia allá por el año 1798, en época reciente, como ustedes ven. Llevaba consigo comitiva considerable, entre la cual figuraban los presbíteros Vargas i Ubera, el comandante de artillería Zapatero, algunos dragones i dos caciques. Llevaban varias recuas de mulas con víveres i mercaderías i como 20,000 pesos en dinero. Cerca del rio Tirúa les asaltaron como mil quinientos indios llanistas; se tomaron las mulas, mataron a la comitiva, i el obispo a todo galope alcanzó a esconderse en un bosque, cerca de Tirúa. Como los llanistas se habian adueñado de todos los pasos, su pérdida parecia segura casi.

»Entónces fué cuando el cacique Curumilla, amigo suyo, se propuso salvarlo, i aceptó una partida de juego de chueca, a la cual servia de envite la vida del prelado. Este hizo su testamento i se encomendó a Dios i a Nuestra Señora del Cármen. Sus amigos, los indios abajinos, perdieron la primera partida. Calculen ustedes la ansiedad del obispo i de los suyos que casi se consideran muertos. Pero luego los llaneros perdieron la segunda partida i la *moza*. El obispo se habia salvado, i regresaba a Concepcion, donde era recibido en triunfo. El obispo Marán donó ocho mil pesos para

que se dijera anualmente un novenario de nueve misas a la imájen del Cármen, legando a la iglesia toda su plata labrada.

»Ya ven, pues, hijitos, que nuestra Señora protege a sus devotos.»

Al pronunciar el nombre de la Vírjen, don Santos Chocano se quitó el sombrero, i nosotros hicimos otro tanto, como era costumbre en aquella época.

Volvimos lentamente en compañía de don Santos, i nos detuvimos a descansar en mitad del Puente de Cal-i-canto. El rio Mapocho arrastraba aguas en varios hilos, por entre las poderosas arquerías de ladrillo, formando un estraño contraste con el aspecto fuerte de sus moles. No era cosa de echar en olvido, sin embargo, que en invierno parecia un océano i que sus aguas llegaban hasta el borde mismo del puente. Miéntas nosotros contemplábamos la inmensa sábana de piedras grises derramadas por el lecho, a uno i otro lado de los basurales, don Santos Chocano tomó la palabra nuevamente:

«¡Qué magnífica fábrica de puente! ¿dónde se ha visto una cosa superior? Ni en Paris de Francia. I aunque el descreido de don José Antonio Rojas afirma que todo aquel viejo mundo parece una cosa fantástica de sueño. i que estamos mui atrasados, no lo creo en jamas de los jamases. Se dirá que estamos atrasados ¿pero dónde se han visto mejores costumbres, ni jente mas piadosa que la de esta tierra, donde no prosperan moros ni malos cristianos? I tambien tenemos cosas buenas. ¿Dónde se ha visto en el mundo un puente mejor que éste? Esos tajamares que ustedes ven, si bien fueron

concebidos por el Presidente Benavides que encargó sus planos a Badarán, en cambio fueron ejecutados por orden del Marques de Valenary, don Ambrosio O'Higgins. Aquí no está mal recordar el nombre de Toesca, el célebre constructor i arquitecto que tomara tanta parte en esta obra, ni el de don Luis Manuel de Zañartu honrado vecino de Oñate, en Vizcaya, i corregidor de Santiago, donde formó pingüe fortuna. Este caballero, como ustedes saben, tiene casa *con pila* en la calle de la Merced, casa mui rara i notable, i ademas la Quinta de Zañartu, a la bajada del puente...»

Como se habrá notado por la conversacion de don Santos, eso que se ha dado en llamar latas, en nuestro tiempo, no es cosa nueva, i tambien solian prodigarlas nuestros abuelos. Continuó, pues, el buen caballero, refiriéndonos una cantidad de cosas que poco o nada nos importaban, mezcladas con algunos datos de verdadero valor histórico. Allá, al enfrenar la calle de las Ramadas, conseguimos desprendernos de nuestro compañero, pero tambien, por desgracia, tuve que separarme de mi buen amigo Pepe al llegar a la casa del Conde de Quinta Alegre, en la calle de la Merced. Era ésa una casa monumental, construida por el célebre arquitecto Toesca, casi en frente de la del Conde de la Conquista. Mas allá moraba el Marques de Casa Real. Ahí cerca estaba la de Pepe Santibáñez. Adentro de esos muros semi-conventuales vivia la muchacha mas hermosa i adorable de Santiago. Allí habitaba Carmencita, que unia a la viveza de las andaluzas la gracia de las francesas i esa adorable sencillez de nuestras criollas que tienen algo del perfume del lirio con boton de

rosa, de reseda con violetas, pero un perfume con espigas que pica i enloquece. Todavía, al traves de tantos años, no puedo recordar sin suspiros aquella santa i divina imájen del primer amor que yo contemplaba en mis ensueños con el respeto relijioso con que miraba el Dante a la divina Beatriz. Yo tambien llevaba su imájen en un santuario, cubriendo de cenizas la llama que me consumia, para que nadie conociera mis sentimientos secretos. Revelarlos habria sido morir. En fin, no adelantemos los tiempos, i dejemos que cada cosa llegue al suyo i Dios con todos.

Despues de mandar con Pepe mi respetuoso saludo *a todos* los de su casa, me despedí, sin acompañarlo siquiera hasta la puerta de su casa, tan grande era el miedo de que fueran a descubrir lo que yo sentia.

En fin, volví sobre mis pasos i pasé a casa de don José Gregorio Argomedo, doctor de la Real Universidad de San Felipe i procurador de ciudad. Moraba éste en el número setenta i cinco de la calle de Santo Domingo. Le mandé recado de parte de don Mateo Lamas de Erazo, i acudió atentamente. Pregunté por el domicilio de don Juan Martínez de Rozas. Díjome que si bien habia recibido carta suya, fechada de Concepcion en que le anunciaba su próximo viaje i que *las cosas iban bien* ignoraba el hecho de su llegada, i, por consiguiente, su paradero. Es mui posible se venga a casa, agregó, donde sabe tenemos varias piezas para alojados.

«Hubiera querido llevárselo a la suya el *Marques* Rojas, que es mui su amigo, pero ha declinado política-

mente el ofrecimiento. No sería raro que fuera a parar a la casa de Gobierno.»

I luego, despues de una pausa, dándose una palmas en la frente agregó: «el Reverendo Padre Larrain podría quizá decirselo.»

El Padre don Joaquin Larrain, de la órden de la Merced, de la cual fué Provincial, pertenecia a la familia de los *ochocientos*, de tanta importancia i autoridad en Chile, i tenia su casa eu la calle de los Huérfanos núm. 14. Allí se reunian muchos amigos de mi patrón, entre otros los señores Vera, Infante, Argomedo, Rojas, don Juan Agustin Alcalde, don Juan i don Ramon Martínez de Rozas. Mas de una vez habia llevado a esa casa recados i cartas de don Mateo, quien, como se ve, habia depositado en mí toda su confianza. En casa del Padre Larrain tambien ignoraban que hubiera llegado el señor Rozas.

Confieso que me sentí profundamente desazonado pues tendria que presentarme a don Mateo con las manos vacías de noticias. Así, como avanzaba ya rápidamente el crepúsculo, me dirijí a la Quinta, seguro de que habria cerrado la tienda de la calle del Rei.

Tomé el camino de los Tajamares, recorriendo lentamente aquella obra monumental de enormes muros de ladrillo, espresamente construidos por los gobernantes españoles para impedir que el rio inundara la ciudad en sus enormes creces de invierno, en que parece un océano desbordado. Los Tajamares cruzaban mucho mas allá del Puente de Cali-canto, i proseguian hácia el oriente durante largas cuabras, casi leguas,

con sinuosidades de serpiente boa. Presentaban un aspecto imponente. La caja del rio, cubierta de piedras grises, de inmundicias i desperdicios de la ciudad por las orillas, ofrecía un aspecto desolado i árido. Pero la masa verde i redonda del cerro San Cristóbal, por una parte, i la gigantesca i hermosa cortina de la Cordillera de los Andes, por la otra, producian en el alma un sentimiento salvaje, grandioso. Los tajamares, en el fondo, daban una curva, en forma de semicírculo, en direccion al dominio de los Condes de Sierra Bella. Las chácaras i los árboles los festoneaban con verdura.

Proseguia lentamente, sumido en hondas cavilaciones. Cada vez que emprendia ese camino me sentia mas melancólico, i me parecia mas largo.

Es que tenia tiempo de meditar, de hacer una especie de exámen de conciencia, de mi vida i de mi posicion, de mis expectativas i de las realidades. Todo eso resultaba triste. ¿Qué era yo sino un pobre huérfano, un ser sin nombre, un pobrecillo desamparado? Mas, ¡ah! no...yo no podia quejarme en este punto. Tenia cerca de mí a un sér bondadoso. Difícil habria sido encontrar un hombre de mejor pasta que don Mateo Lamas de Erazo, mi tio. Al morir mi padre don Rafael, de resultas de una consuncion que le entró de pena al verse arruinado i perdida totalmente su fortuna, mi tio hizo un viaje a Concepcion, donde nos encontrábamos, lo que no era cosa de broma, pues se empleaba cerca de un mes con ida i vuelta. Enderezó las cosas lo mejor posible hizo arreglos con los acreedores i pudo salvar, al ménos, el buen nombre de la familia.

Yo era un pobre muchacho abandonado casi, i además

hijo natural, lo que constituía en aquellos tiempos una mancha indeleble que lo acompañaba a uno a todas partes. La sociedad de Concepción era de lo más tieso i empingorotado que sea posible concebir; en ella vivían no pocas familias con entroncamientos i lustres en España, como que habían sido fundadas por segundones de grandes casas que vinieron a la lucha de Arauco en busca de laureles i de riqueza, sin conseguir más resultado que morir pobres, si no habían dejado ántes su pellejo en la punta de las lanzas araucanas.

Crecí, pues, en la situación equívoca del que no tiene un nombre. Comenzaba la vida figurando entre los anónimos. Ya en la escuela me hicieron sentir la diferencia de categorías sociales. Sentábanse los hijos de los ricos i los pertenecientes a casa con cadena, o casa grande, en un banco especial. I mientras llovían sobre nosotros los castigos i los palmetazos, en virtud del principio no discutido entónces de que «la letra con sangre entra», los hijos de los notables i linajudos recibían suaves amonestaciones que no llegaron nunca ni hasta ponerles el bonete con orejas de burro que era nuestro castigo más frecuente.

Lágrimas amargas corrieron a menudo por mis mejillas en vista de tan irritante desigualdad social. Pero no eran mis quejas las únicas. Los hijos de los *chapetones* i españoles, de nacimiento, no eran tratados lo mismo que los niños de los criollos. El hecho de haber nacido en España o de ser hijo de español, constituía desde la cuna i la escuela un signo de superioridad social considerable que se hacía sentir a los criollos en todo jénero de pe-

queñas modificaciones humillantes. Por eso los nacidos en el terruño solían buscarme a mí o a los humildes como yo, para desahogar su cólera por semejantes cosas. ¿Quién hubiera pensado entónces en hacer públicas sus protestas por las desigualdades dolorosas entre españoles i criollos? Nadie hubiera sido tan osado, mucho ménos hubiera llegado a concebir, por esto, propósitos de insurreccion. Pero fermentaba en los corazones un sentimiento indefinido, una queja no formulada del despecho, al ver los criollos que todos los puestos públicos, salvo contadas excepciones, eran concedidos exclusivamente a españoles de nacimiento. I desde la cuna, desde las aulas de las primeras letras, ya comenzaba la via crúsis para el orgullo de los americanos.

Como mi madre había muerto años atras, mi padre me tenía al lado suyo, prodigándome todo jénero de cuidados, si bien existía entre nosotros el réjimen de frialdad i de estiramiento que rejia entónces entre padres e hijos. Nunca se le dirijia la palabra sin darle tratamiento de «señor padre»; no se fumaba jamas en su presencia, ni se hablaba sin su autorizacion, i era preciso besar la mano «de su merced» ántes de acostarse, por lo jeneral a las nueve de la noche, i al levantarse mui de alba.

Mi tío don Mateo Lamas de Erazo me trajo a su casa de Santiago. Tenía una de las mejores tiendas de Santiago, donde era comerciante como los Ovalles i Landa, los Errázuriz, don Martín Larrain, i otros de los acaudalados: i distinguidos caballeros de la villa del Mapocho. Vendíanse jéneros de brocato de oro i de lama de plata que se arrebatában las iglesias para vestir sus

imágenes de bulto, en particular San Francisco, Santo Domingo i la Merced; casullas bordadas, capas fluviales i paramentos de oro; sederías, encajes i abanicos para señoras i zapatos para saraos i fiestas; pañuelos i mantones de espumilla bordada para rebozo, mitones para las manos, jéneros de batista, lienzos i tocuyos. Multitud de señoritas i damas de lo mas encopetado acudian a nuestra tienda que se abria a las ocho de la mañana i se cerraba a las cinco, dejando a esa hora entreabierta una hoja para que entraran «los de misa», es decir una media docena de señores que venian envueltos en sendas capas a formar la tertulia cotidiana, en donde se comentaban los sucesos de la ciudad. Como entónces no habia Club, estas reuniones particulares eran mui concurridas, especialmente las que tenian lugar en casa del Conde de Quinta Alegre, donde don José Antonio Rojas, don Agustin Eizaguirre, don Gregorio Argomedo i otros caballeros de la época. Don Mateo Lamas de Erazo, por tener su tienda en un sitio central de la calle del Rey, no léjos de la casa que fué de la Quintrala doña Catalina de los Rios i Lisperguer, así como por el carácter bondadoso que todos lo conocian, se veia frecuentado por muchos de los mas encopetados señores de la época.

La casa habitacion de mi tio don Mateo Lamas estaba situada en la calle tapada de Santo Domingo, hoi de las Ramadas, a corta distancia del Corral de Comedias, en el cual se daba de tarde en tarde alguna representacion dramática, jénero que introdujo por primera vez en Chile, un siglo ántes la esposa del presidente don Tomas Marin de Poveda.

Durante los meses buenos, es decir casi la mitad del año, nos íbamos a vivir a una quinta que poseía don Mateo a orillas del Tajamar, casi puerta con puerta con la del Conde de Quinta Alegre, allá por el paraje ocupado hoy día por el Seminario. Vivíamos propiamente en el campo, i no había para mi placer comparable al de encumbrar cometas o volantines á la orilla del río, o correr en el inmenso corral de los Alcalde. Los días festivos nos reuníamos allí varios muchachos a torear novillos, una de las diversiones de la época, o a jugar a los bolos en una cancha especial. Al caer de la tarde nos invitaban a merendar en casa del magnate santiaguino que era amigo íntimo de don Mateo. ¡Qué meriendas i qué tardes aquellas! Cuantas veces, entrada ya la noche, me senté en los bancos de los corredores o en un taburete, a oír tocar el clave i cantar a Carmencita Santibáñez alojada en la casa! El campo nos permitía entónces unas libertades que nadie hubiera consentido en los estrados santiaguinos, donde las señoras se sentaban siempre a un lado i los caballeros al otro. Era mui agradable la vida cuando estábamos en la Quinta de mi tío don Mateo Lamas de Erazo.

A todo esto, ¿adónde se habrá apeado el señor don Juan Martínez de Rozas? Miren ustedes, si tengo una memoria fatal.

## II

Con el trascurso de los años se ha modificado mucho la ciudad de Santiago, pero la parte situada en el camino de la Providencia, en dirección a la Hacienda de los Condes de Sierra-Bella, o como se dice ahora «Camino de las Condes», ha sido precisamente una de las partes que no se ha modificado. Es que no sería posible mudar de sitio a la Cordillera de los Andes, encaperuzada de nieve i cubierta de velos diáfanos que se esfuman en el azul del cielo, ni se borrarán tampoco fácilmente aquellos tintes nacarados, de rosa, de lapizlázuli que suelen revestir sus empinadas cumbres, comparables tan solo con un encaje fantástico de plata pendiente de las alturas. Aunque trascurren los siglos, aquel paisaje de cordillera tendrá siempre un carácter agreste i salvaje, algo tan inimitable como imponente en la parte en que se abre el valle del Mapocho, ántes de llegar al San Cristóbal, con la forma de pan de azúcar o de cono trunco recubierto de verdura. Divisábase, a los léjos, al pié de la cordillera, el amontamiento de los árboles en los bosques, i el rio Mapocho penetraba a la ciudad dividido en hilos de plata en el verano, como un enor-

me torrente en el invierno. El paraje no se ha modificado de entónces acá; por eso, talvez, despierta en mi ánimo secreta melancolía cada vez que lo contemplo.

La ciudad concluía propiamente en lo que se llamaba el alto del Puerto o sea por la calle de Breton—esos eran arrabales. La Quinta de Mesías formaba parte del campo. Don Mateo de Erazo se iba por la tarde en su birlocho; yo solía marchar a pié, por la orilla del Tajamar que se conserva tal como entónces en la parte en que se encuentran actualmente las Cajitas de Agua. Íbame comiendo un pedazo de «pan de la jente», o tarareando alguna de las canciones andaluzas que andaban de moda en los estrados.

De cuando en cuando cruzaba algun jinete a todo galope por el ancho camino real, levantando nubes de polvo; eran huasos de los alrededores, soldados del Rejimiento de Dragones de la Princesa, estereros que venian de la ciudad cansados de gritar «¡Esteras! esterass güenas pa los estrados!», vendedores de legumbres o frutas, aguateros, i todo el enorme gremio ambulante que proveia entónces a Santiago de los artículos indispensables para la vida. Tambien pasó una calesa colorada, de dos ruedas grandes, tirada por una yegua torquilla sobre la cual iba montado el cochero. Era, sin duda, la de don Juan Agustin Alcalde. Casi todas las familias pudientes poseian en aquel tiempo ese jénero de vehículos.

Era ya tarde cuando llegué a la quinta, cuyo ancho portalon se encontraba cerrado. No tardaron en anunciarme los perros con sus ladridos, hasta que vino a buscarme Mísea Justa, la llavera. Usaba esta buena señora

un peinado bastante curioso; llevaba todo el pelo estirado hácia atrás, i mui tirante en parte de la frente, formando una serie de trencitas que caian por la nuca, i una pequeña peñeta con lentejuelas en la parte superior. Era ya vieja i hacia sentir a cada momento el peso de su autoridad, ilimitada en la casa.

—«¡Vaya con el Rafaelillo! me dijo. Buena cosa que son buenos para nada los niños de este tiempo. Es inútil que se les dé el menor encargo, porque jamas lo cumplen. Pierden el tiempo miserablemente vagando por las calles como los perdidos o vagabundos, si es que no se van a la caja del rio a pelear con los rotitos chimberos. Ya nadie se respeta, ni existe el principio de autoridad, ni se cumplen los deberes. Sí, señor, agregó, con enojo, como dice el Padre Troncoso, el mundo está perdido sin remedio, i si no se corrije, vendrán los diablos, todos de colorado, con cachos i cola, a llevarnos de las mechas...» ¿I por qué te has demorado tanto, vamos viendo? Don Mateo está que trina.»

Dejé pasar el chubasco, lo mejor que pude, sabiendo que doña Justa luego se tranquilizaba cuando no la contradecian.

Don Mateo Lamas de Erazo, o don Mateo de Erazo, como jeneralmente le llamaban, me esperaba escribiendo algunas cartas en la Sala. Hallábase situada esta habitacion entre el primero i el segundo patio i estaba enladrillada; sobre los ladrillos habia una estera. En el centro de la pieza se veia una mesa, una cajuela estilo Luis XV con algunos tallados i sobre la mesa tambien cubierta de tallados finos i adornos de plata, un mate de ese metal, con ancha base redonda i unos pajaritos. Junto

a la pared habia dos mesas de arrimo sobre las cuales dos floreros de porcelana azul con dorados, debajo de fanal de vidrio, así como un niño Dios que servia para los nacimientos de Pascua. Sobre las paredes blanqueadas con cal estaban colgadas dos cornucopias con marcos de vidrio, como se usaban en la época, i alrededor de la pieza hasta media docena de sillas de baqueta o cuero dibujado, con clavos de bronce, cuadrado respaldar i anchos brazos. Ya comenzaban a emigrar esas sillas de los estrados santiaguinos a los fondos de campo.

Don Mateo parecia aquella tarde en extremo preocupado. Paseábase, con las manos a la espalda, de un extremo a otro de la estensa habitacion, ajitado, sin duda, por la impaciencia mas viva.

No bien hube entrado cuando me dijo con su voz que se volvía a veces un poco tiritona:—«Vamos a ver; ¿cómo te ha ido en tus dilijencias? ¿Diste al fin con el paradero de mi señor don Juan Martínez de Rozas? Pues a mí no me cabe la menor duda de que ha llegado, i de que se encuentra ya alojado en alguna casa de amigos.»

Le di cuenta detallada de todos mis trajines, idas, vueltas, i revueltas, que podia resumirse en estas pocas palabras: o no ha llegado el tal Martínez de Rozas, o se ignora su paradero.

«—Eso no, replicó don Mateo. Se ha comprometido a llegar hoi sin falta, i es hombre que nunca falta a su palabra; salvo que le haya pasado algun accidente en el camino, lo que seria sensible, i nos causaria no poco daño.»

Dicho esto, volvió don Mateo a sus paseos que habia interrumpido.

Desde hacia algun tiempo comenzaba a notarse en Santiago cierta atmósfera de misterio. La jente se recataba mas para hablar, se conversaba a menudo en voz baja. Reuníanse frecuentemente tertulias de hombres tanto en la casa del Canónigo Larrain, como en la de don José Antonio Rojas, don Manuel de Salas, don Agustin Eyzaguirre, Vera, en la del Conde de Quinta Alegre, i en las tiendas de don Martin Larrain, i de mi tio. Allí se comentaban los sucesos del dia, no solamente de Chile sino tambien lo que pasaba en España, invadida ya por los ejércitos de Napoleon I. Todos los años, en distintas épocas, venia a Santiago, desde Concepcion, durante una temporada mas o ménos larga el señor don Juan Martínez de Rozas que gozaba de considerable prestigio en la sociedad de Santiago i era mui querido de sus amigos.

Mi tio, i los suyos, conocedores de la reserva i cautela absoluta de mi carácter, hablaban delante de mí de la manera mas desembozada i franca. Ademas, aun cuando quisieran no habrian podido tener secretos para conmigo que les servia constantemente de corre-ve-i dile, de portador de recados i de diplomático, pues aun nadie tenia secretario, salvo los personajes oficiales, i para los recados de casa a casa se empleaba a «*la china*», personaje por lo comun poco seguro para comisiones delicadas.

Lo que yo comenzaba a ver, desde los últimos tiempos, le hubiera llamado la atencion a cualquier espectador indiferente. Se notaba cierta intranquilidad o so-

bresalto en casi todos los señores que frecuentaban las tertulias, donde poco ántes la principal ocupacion era jugar una manito de tresillo o de julepe. Ahora se presentia en la atmósfera algo estraño, una cosa imprevista i no sabida que flotaba en el ambiente, produciendo en el espíritu cierta no motivada i estraña turbacion, i en los nervios esa tension que hace saltar con el simple crujido de una puerta. Algo raro, sin duda, iba a pasar en la soñolienta i apacible ciudad de Santiago, hasta entónces únicamente ajitada por temblores, por los capítulos de Prior en un convento, por las querellas entre los señores Oidores de la Real Audiencia i los Capitanes Jenerales, por las procesiones solemnes, las fiestas de la coronacion de un nuevo Monarca en España, o la entrada de un nuevo Presidente a Chile.

Ahora no se podia negar que existia desasosiego i malestar visibles.

A todo esto ¿por qué se hallaba tan preocupado i pensativo don Mateo con la supuesta llegada de don Juan Martínez de Rozas? Jamas le habia yo visto enfrascarse de tan grave manera con el estado de sus negocios, ni con la llegada de sus mercaderías enviadas a la tienda, que solian sufrir no pocos atrasos i dificultades en esos tiempos en que no existia libertad de comercio. Pero nunca sus propios intereses habian ocupado tanto la imajinacion de mi tio como estas novedades de ahora. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que debia tener algun importantísimo negocio pendiente con el señor de Rozas, no de otra manera se explicaria su afan, su inquietud, su anhelo de encontrarle.

No habria trascurrido media hora, cuando se oyeron golpes repetidos a la puerta. A poco se presentó doña Justa la llavera, toda azorada i de carrerita.

«—Aquí viene el señor Conde de Quinta-Alegre en busca de su merced. Le dije que pasara a la sala.»

Era este un señor de edad ya madura, de aspecto simpático i agradable, de rostro lleno i ojos dulces—unos ojos hermosísimos—pero de aire un poco frion. Su fisonomía impasible no se inmutaba por cosa alguna; en apariencia, mostrábase indiferente. En realidad su espíritu era mui diverso de lo que aparentaba. Llevaba el pelo empolvado i peinado a la moda de entónces con ámplia rizadura junto a las sienes, atada la cabellera atras con una cinta. Vestía casaca azul marino con galones i botones de plata, cuello alzado; ancha corbata blanca de batista, caía en pliegues simétricamente desordenados sobre su chaleco bordado de seda. Usaba pantalon corto, medias blancas i zapato con hebillas de oro.

Mi tio lo recibió con los brazos abiertos:

«—Mi señor don Juan Agustín... beso su mano.

»—Don Mateo, a quien Dios guarde... ¿cómo andan los negocios en Santiago?

»—Así, así, no hai mas que sacrificarse, pues, quien tiene tienda que la atienda...»

Yo salí al corredor. Pero alcancé a oír la voz del señor Alcalde que preguntaba en tono bajo:

«—¿I qué se sabe de don Juan Martínez de Rozas? ¿Habrà llegado a Santiago como lo tiene prometido? I si nó, ¿que se habrá hecho, señor? Vaya con el diablo de hombre. Entre tanto nadie se atreve a dar paso algu-

no miéntas él no llegue, pues la pura verdad es que éste se atreve a todo, se va derecho al grano i hace cuanto se le dá la regalada gana. Es un hombre que ha venido con estrella...

»—Lo que dice usted es la pura verdad, agregó don Mateo...»

Hablaban sentados junto a la ventana abierta, i su voz llegaba clara i distinta hasta mí.

«—No sé si le haya contado Vera lo que le dijo en Concepcion durante su último viaje... la historia de la Presidencia de Carrasco... Ha sido una verdadera carambola. Pero conviene que le refiera todo desde arriba, no sea que me enrede en mi narracion porque yo no soi literato, ni cosa parecida, sino un simple comerciante que mira pasar las cosas. Ud. se acordará de la impresion, en Santiago, hace unos cuantos meses, al saberse que el señor Presidente don Luis Muñoz de Guzman habia amanecido muerto en la cama en la mañana del 11 de febrero de 1808. Nadie, al principio, dió crédito a la noticia, a pesar de la avanzada edad del fallecido que frisaria con los setenta i tres años, a quí donde, como Ud. sabe, no se vive mucho. Todos andaban por las calles cariacontecidos como si se fuera a acabar el mundo. Pues, señor, ello fué que los Oidores de la Real Audiencia quisieron alzarse con el santo i la limosna. Estos señores Oidores se creen bajados de las estrellas i todo les parece poco; si están mui ensimismados.»

»—Pero la soberbia no les viene de ahora, interrumpió el Conde; mi abuelo me contaba la historia que formaron en la festividad de San Ignacio, por haberse presentado el Presidente don Juan Andres de

Ustariz en traje militar i no con golilla. I en época mas reciente, ¿no recuerda Ud. mi señor don Mateo, la leona tan grande cuando la llegada a Santiago, en 1803, del Oidor don Fernando Márquez de la Plata? Su señora no quiso visitar a la mujer del Presidente Guzman, a doña Luisa de Esterripa, a quien segun ella, le correspondia ir primero a verla. Esa pelea entre la Oidora i la Presidenta revolvió por completo a la ciudad de Santiago, llegando a formarse dos bandos que se combatian furiosamente. I la cosa se agrió, i subió hasta el Rei, en forma de notas i comunicaciones, hasta que el Soberano, por Real Cédula dada en Aranjuez en 1804, i refrendada por el Ministro Caballero, resolvió la cuestion de manera que la señora de Márquez de la Plata debia dar primero aviso de su llegada a la Presidenta, debiendo la señora doña Luisa de Esterripa visitarla despues. En este asunto se gastaron resmas de papel marquilla i muchas familias dejaron de saludarse, enfriándose las relaciones entre la Real Audiencia i el señor Presidente. Recuerdo tambien el caso del Rejente Alvarez de Acevedo, en 1787, cuando se encaminaba en coche a la Iglesia de la Merced, acompañado de cuatro Dragones en traje de ceremonia i con espada desnuda. Cual no seria su sorpresa cuando el Fiscal don Joaquín Pérez de Urindo lo detuvo en mitad del camino pretendiendo obligarlo a apearse...

»—En fin, es mucha la soberbia de los señores Oidores de la Real Audiencia, prosiguió don Mateo. En la mañana del 11 de febrero último, como iba diciendo, cundió como una mancha de aceite la noticia del fallecimiento del señor Presidente Muñoz de Guzman. No

bien se confirmó la noticia cuando ya estaban reunidos los Oidores en la Sala principal. El Gobierno interino correspondia, según la Real Orden de 23 de octubre de 1806, en casos de muerte, ausencia o enfermedad de los Virreyes o Gobernadores, al militar de mayor graduacion que no baje de coronel efectivo; pero la Real Audiencia, en su soberbia, quiso adueñarse del poder, resolviendo torcidamente que como no habia ningun militar en Santiago de la graduacion espresada, debia tomar el mando de rejente de la misma audiencia don Juan Rodríguez de Ballesteros. Nadie chistó en Santiago, i el Cabildo se apresuró a reconocerlo. Ballesteros prestó el juramento de estilo i se hizo cargo de la Presidencia.

»En esos mismos días recibí yo una carta de don Juan Martínez de Rozas. El doctor, que conoce de sobra las uvas de su majuelo, bien sabe que no podemos esperar gran cosa para el bien de este pais del mando de los Oidores, jente ensoberbecida, rancia, llena de preocupaciones i que no ve otra cosa en el mundo sino fórmulas i etiqueta. Necesitamos para gobernantes a hombres que comprenden o *favorezcan* los nuevos tiempos. Como dice don José Antonio Rojas, ya no se tolera su tiranía, los hombres quieren ser todos iguales i buscan libertades i justicia social desde el gran sacudimiento de Francia i de Europa, con la memorable revolucion francesa de 1793. Los oidores ya están rancios, me decia don Juan Martínez. Pero, quizá podamos nosotros modificar las cosas.

»Entónces, don Juan Agustin, fué cuando el doctor Rozas dió uno de esos golpes maestros que solo él co-

noce; tuvo una de esas inspiraciones extraordinarias i felices de su ingenio, solo comparable con el de Maquiavelo. Figúrese Ud. que hizo llegar recado i ofrecimientos al Intendente de Concepcion don Luis de Alava, caballero de la Órden de Santiago i hermano del héroe de Trafalgar. Le hizo saber que a él le correspondia la Presidencia interina del Reino, por haberle conferido el mando superior de las armas de la Provincia una Real Cédula, aun cuando en ella se hallasen militares de mayor graduacion...

»—Pero eso no lo comprendo, interrumpió el Conde, si me parece mentira ¿Qué nó estan reñidos a muerte el Intendente Alava con don Juan Martínez de Rozas?

»—Pues ahí precisamente está la agudeza de la diablura, repuso don Mateo. Para combatir a la Real Audiencia i al Rejente Ballesteros en sus pretensiones ¿qué habria podido hacer el doctor por sí solo i aislado? Era necesario que la lucha con el Supremo Tribunal i con el Rejente fuera iniciada por una autoridad poderosa. El Intendente Alava, con nombramiento directo del rei, i el ejército de la Frontera bajo sus órdenes era hombre que podia hacerse respetar en el acto. I así pasaron las cosas. Don Luis de Alava, tentado por el cebo de una Presidencia interina que podia convertirse fácilmente en propiedad, cayó en la trampa que le tendia Martínez de Rozas con sus insinuaciones i desconoció abiertamente la autoridad del Rejente Rodríguez de Ballesteros, pretendiendo para sí el mando supremo. Don Luis de Alava, buscando el apoyo de los jefes militares de la frontera, sostuvo ante la Real Audiencia que la Presidencia interina correspondia al militar mas antiguo.

»Era éste, en realidad, el brigadier don Pedro Quijada, sumamente anciano, i en la imposibilidad absoluta de ejercer el cargo. Venia en seguida el brigadier don Francisco García Carrasco, militar a quien jamas nadie habia oido nombrar, sin prestigio alguno, que vivia en Concepcion ganando su sueldo sin trabajar en nada, comisionado en otro tiempo por el presidente O'Higgins para inspeccionar los fuertes. A éste se dirijió entónces don Juan Martínez de Rozas. Al verse apoyado por el antiguo asesor del reino, por el letrado mas ilustre i mas prestigioso del sur i acaso de Chile, García Carrasco tomó brios, se envalentonó, i convocó a una reunion de oficiales superiores para decidir a quién correspondia la Presidencia. El Intendente don Luis de Alava no podia oponerse a este movimiento, basado precisamente en los principios que el mismo tan abiertamente sostenia. No tuvo mas remedio que asentir. El 4 de mayo último se reunia una junta de todos los jefes de graduacion del ejército de la frontera, resolviéndose en ella que al brigadier García Carrasco tocaba la presidencia interina. Los jefes, trabajados uno a uno por Martínez de Rozas, estaban interesados en conservar la prerrogativa conferida por el rei a su corporacion. I como representaban la fuerza, tanto la Real Audiencia como el Intendente Alava no tuvieron mas remedio que someterse. García Carrasco está de presidente interino, reconocido por los Tribunales del Reino, manda i gobierna, i don Luis de Alava se chupa el dedo...

»—Al mismo tiempo el doctor Rozas está vengado.

»—¡Pero si lo habia tratado tan mal el Intendente Alava! Ud. recuerda que cuando fué asesor de Concep-

cion, en tiempo de O'Higgins, el doctor Rozas limpió la provincia de los bandidos que la infestaban, cegó los pantanos, regularizó las calles, mejoró los caminos, fundó nuevos pueblos, acreditándose de buen administrador i de letrado recto i hábil. Despues de acompañar al presidente O'Higgins como asesor interino en la Capitanía Jeneral, a pesar de sus servicios tan grandes, de su prestigio personal como talento i saber, despues de haber sido profesor notable del Colejio Carolino, i perteneciendo a la familia tan ilustre del Conde de Poblaciones... con todo eso, el Gobierno de su majestad el rei se ha negado a confirmarlo en su destino de asesor de la Capitanía Jeneral, primero, i en seguida no quiso promoverlo a ninguno de los puestos a que habia sido propuesto por sus jefes inmediatos...

»La verdad, agregó don Mateo, es que nosotros los criollos aquí, en nuestra tierra no contamos para nada; somos menos que la cola del perro. Todo se lo llevan los *chapetones* españoles i a ellos les tocan los buenos destinos, las rentas de todo jénero, los honores i las gollerías. Los americanos no tenemos mas que pagar i sufrir, dar plata para el Rei i los gobernadores, i recibir trancazos. ¿Qué podríamos pedir, a qué podíamos aspirar los nacidos en América, cuando vemos que a hombres como Martínez de Rozas, con su prestigio, con sus servicios, con su fortuna i las riquezas de su suegro el señor Mendiburu, todavía los postergan i befan?

»Lo peor es que cuando volvió a Concepcion don Juan Martínez de Rozas, se encontró con que su puesto de asesor, por él retenido, habia sido dado a otro por el Intendente Alava. I como el doctor Rozas pretendiese

volver a lo suyo, Alava le hizo la guerra, dirijiéndose al Ministro de Gracia i Justicia para demostrarle los inconvenientes de que Rozas tornase a su puesto de asesor de la Intendencia, por cuanto era casado con doña María de las Nieves Urrutia i Mendiburu, hija de don José Mendiburu, el vecino mas acaudalado de este reino. ¿I saben Uds. cuál ha sido el resultado de esto? ¿cuál el premio dado por el Gobierno de su Majestad el Rei a los muchos servicios de don Juan?

»Pues fué suspendido de su puesto de asesor de Concepcion. Esa es la obra de Alava.

»—Bien se ha vengado el doctor. Pero no le importa gran cosa el Intendente Alava; le desprecia. Lo que el doctor Martínez de Rozas pretende es mucho mas, quiere ir mui léjos, destruir las injusticias existentes, conquistar la igualdad de derechos para todos los habitantes de América i de España, acabar con las trabas que aplastan al comercio i a la industria, estender la enseñanza.

»—Pues yo creo que va todavía mas léjos...repuso el Conde de Quinta Alegre, con ese modo i esa sonrisa friona que ocultaban la pasion ardiente de su alma de patriota i el amor profundo a la tierra que lo vió nacer.»

La conversacion se prolongó buen rato, al cabo del cual ámbos amigos se despidieron con muestras de amistad, quedando de juntarse en la noche.

Despues de cenar iremos a casa de don Juan Agustin, me dijo mi tío.

Sentí en ese instante un impulso de júbilo incontenible.

»—¡Doña Justa! doña Justa!—grité alborozado a la llavera, dándole un abrazo que recibió con dignidad.

»—¡Quita allá! muchacho. ¿Qué te pasa que te has puesto como Pascua florida? Siempre has de molestar con tus gritos...»

Doña Justa me conocía desde pequeño, i me había cuidado cuando llegué de Concepcion i tuve la escarlantina, por lo cual me tenía cariño casi materno, a pesar de tratarme en tono agridulce.

Lo cierto es que me bailaba el corazón dentro del pecho. Esa noche iba a encontrarme con Carmencita Santibáñez, la hermana de mi amigo Pepe, que había ido a pasar una temporada de vacaciones a la Quinta vecina.

¿Cuándo principié a quererla? no lo sé. Veíala con frecuencia cada vez que iba en busca de su hermano Pepe, íntimo amigo i compañero mio. Nos habíamos conocido, con éste, cuando concurríamos, con una bandeja, a tirar flores a las andas en las procesiones, a las cuales no faltaba nunca; primero porque el Padre Larrain, mui amigo de don Mateo, me lo pedía, i segundo, porque despues de las fiestas relijiosas era tradicion en el convento de la Merced el dar a los acompañantes una suntuosa merienda con cazuela de ave. Unas veces en busca de Pepe, i otras acompañando al Padre Larrain, que era mui relacionado, fuí a casa de los Santibáñez, una de las mas suntuosas en aquella época. Silencioso, modesto, permanecía yo mudo junto al Padre mercedario, mientras las señoras se deshacían en atenciones ofreciéndole dulces en almíbar,

aloja, tostaditas de las monjas, o mate en leche. Por aquellos tiempos el prestigio del sacerdocio era inmenso. Las damas iban a misa todos los días i rezaban el rosario todas las noches, sin perder jamás los sermones i fiestas religiosas que durante la Colonia llenaban casi la mitad del año. No había casa en la cual no tuviera la vara alta un religioso, a quien consultaban en todas ocasiones, llenándoles de cariños i regalos. Aquel sentimiento aumentó, si cabía, después de la espulsión de los jesuitas a fines del siglo dieciocho. Este acontecimiento que produjo la consternación más honda en todos los hogares santiaguinos, despertó junto con grave descontento, un sentimiento de indignación i desprestigio del poder real. Se miraba con ternura a los miembros de las demás órdenes religiosas, como los franciscanos i mercedarios que, si bien no alcanzaron a igualar su prestigio, heredaron mucho del afecto que despertaba en Chile la Compañía de Jesús. El Padre Larrain me llevaba a todas partes, i las casas donde él era recibido me aceptaban, también, con la mayor cordialidad, por deferencia al religioso.

Así, en estas visitas, i sin saber yo cómo, fué naciendo dentro de mi pecho un cariño indecible por Carmen Santibáñez. ¡Era tan bonita! Pocas veces pudiera ser tan bien empleada esta palabra. Figúrense ustedes una criatura admirablemente proporcionada, de estatura más bien pequeña, pero de facciones finísimas, grandes ojos azules, cabellos rubios i ensortijados, barba fina, modelada con una suavidad deliciosa, la nariz ligeramente arremangada, una boca pequeña, entreabierta en una leve sonrisa que permitía ver sus dien-

tes albos i parejos i adivinar una espresion de malicia tierna. De su elegante silueta se desprendia un algo melancólico, una gracia tierna que hacia meditar i soñar, como si a uno le hubieran contado la historia de un alma que habia sufrido en otro mundo i que en este hubiera emigrado a ese lindísimo cuerpo de niña mas que de mujer. ¿Han visto ustedes ciertas estatuitas de pastores, en porcelana del siglo dieciocho, que suelen aparecer sobre las viejas cómodas de nuestras abuelas? Pues una de esas pastoras de porcelana era, sin duda, Carmencita.

He dicho que no sé cómo fué prendiendo en mí aquel sentimiento de admiracion respetuosa, de hondo cariño, de aspiracion al sacrificio i al sufrimiento por ella. I todo eso era oculto, debia de ser un misterio, tenia por fuerza que permanecer en la sombra. Amala, Rafaelillo, me decia yo a mí mismo, pero que nadie lo sospeche, pues si llega a saberse, ¡adios amor, adios tranquila felicidad, adios contemplacion arrobadora i sacrosanta de la mujer amada. Te arrojarian inmediatamente de la casa. ¿I quién eres tú, miserable gusanillo de la tierra para mirar esa estrella de los cielos, para adorar esa divinidad, para merecer esa dicha perdurable de su cariño? ¿Acaso no eres un infeliz abandonado, sin familia conocida, sin nombre, un mero espósito a quien ha recojido, sin obligacion alguna, ese hombre bueno, ese don Mateo que es tu tio... porque quiere serlo?

La sociedad santiaguina de la época colonial era de una soberbia i de un estiramiento insoportable. Casi todas las familias conocian mutuamente su vida i milagros, por ser, las mas de ellas, orijinarias de las provin-

vias vascongadas, i muchas empareñadas o vecinas. De aquí el refran, ya entónces aceptado de «en Chile todos nos conocemos.» Por la menor cosa armaban una de Dios es Cristo. Que fulana dejó de mandar recado cuando la señora estaba enferma; que se demoró seis meses en pagarme la visita; que dieron un sarao en casa de la fulana i a mí no me invitaron; que nos saludó con un fruncimiento de nariz, en la calle; que su calesa pasó adelante, en el paseo, echándonos tierra; que no ha querido visitarnos primero, porque su marido es marques i el mio es oidor, como sino fuera mas quien se halla en servicio de Su Real Majestad; que hizo avanzar su calesa ántes que la mia en las fiestas relijiosas de la Merced. En fin, seria cosa de nunca acabar esto de proseguir en la enumeracion de los resabios, preocupaciones, pretensiones i etiquetas de diversa índole en uso por aquellos tiempos. Las susceptibilidades i pequeñas vanidades se habian aguzado de una manera increíble. ¿Cómo hubiera podido pensar un pobre muchacho, sin familia, en ser amado o en casarse con una señorita de las mas empingorotadas i linajudas, como era Carmencita Santibáñez? No se me habria pasado por la imaginacion una idea semejante, hubiera causado un escándalo.

Pero no podia dejar de amarla en silencio con todo mi corazon, llevando su recuerdo en lo mas recóndito, como se ama a los Santos i a la Vírjen en los primeros dias de la infancia. Ni podia, tampoco, dejar de pensar en ella, cerrando los ojos, i viéndola rodeada de todas las perfecciones i grandezas, como se mira a una Reina destinada a vivir léjos de los simples mortales.

Por eso, casi bailaba de gusto aquella noche, cuando en compañía de mi señor don Mateo Lama de Erazo, penetramos a la casa de campo de Quinta Alegre.

Era una de esas noches del otoño santiaguino, cuando ha desaparecido el calor del verano i aun no se deja sentir el invierno. El rumor del rio al arrastrarse, en diversos brazos, por su ancha hoya de piedras; algunos ladridos apagados, de perros, mui léjos, i un galope casi imperceptible de caballo cortaban el silencio de la noche. Era ésta mui clara, iluminada por la luna nueva. Marchábamos junto a las tapias blancas de las Quintas. Paralelamente a nosotros se alzaba el dilatado i formidable muro de los Tajamares, como un enorme cuerpo de boa constrictor. No habia que andar mucho para llegar a la casa de campo de don Juan Agustin.

Cantaban algunos grillos melancólicamente, miéntras el rio con su voz ronca les servia de contrabajo, i por el ambiente de la noche se esparcia un suave olor de yerbas silvestres. Por aquellos tiempos, esa parte de Santiago era pleno campo. Mas bien dicho, la campiña comenzaba por la Quinta de Mesías, en el Alto del Puerto.

¡Qué tiempos aquellos! Y cuán tristemente se recuerda en la vejez las horas de juventud ya pasadas i lejanas! Al recorrer mis apuntes amarillentos de esa época, me siento revivir en el pasado; recuerdo las palpitaciones de corazon con que yo me presentaba a casa del ilustre prócer de la patria vieja.

Era don Juan Agustin un hombre campechano i sencillo de trato. La familia se reunia en los corredores, debajo de las enredaderas, a gozar del perfume de los

naranjos i de ese cielo nuestro tan admirable i único en el mundo. En la casa solian juntarse hasta mas de treinta personas, al estilo patriarcal de entónces, no solo de la familia, sino entre amigos, invitados i forasteros, pues nunca se negaba la hospitalidad a los caminantes a quienes detenía un suceso imprevisto.

Aquella tarde, casi al cerrar de la noche, nos encontramos, como iba diciendo, con la familia sentada en los corredores tomando el fresco. Despues de los saludos de estilo, miéntras don Mateo se apartaba en compañía de don Juan Agustin, yo proseguí para unirme a un grupo femenino de que formaban parte, junto con las niñas de la casa, dos amigas, de las cuales una era Carmencita Santibáñez, i la otra, recién llegada a Chile, era la señora Condesa de San Juan, que venía para el arreglo de un importante juicio.

Las niñas se paseaban alegremente por los corredores. Luego, para entretenerse, pusieron a cantar tonadas de la época, mui pausadas i tristes, con acompañamiento de guitarra que punteaba la Carmencita como verdadera maestra. Yo me sentía feliz; una ansiedad deliciosa me abrazaba el corazón. Estaba tan cerca de ella... Las líneas adorables de su cuerpo esbelto se bosquejaban en la penumbra llenas i redondas, con espléndidez i plenitud de vida, con exuberancia de savia juvenil, como una llamarada de primavera. Ese dulce i penetrante aroma de mujer, ese soplo que nos agarra poderosamente se adueñaba de mí, aletargándome.

Las niñas se fueron, unas en pos de otras, hasta que vinimos a quedar solos con Carmencita i una de las niñas de la casa, sentados sobre un banco en el extremo

del corredor, junto a la pieza que servia de escritorio al Conde. La ventana, protegida por una fuerte reja laboreada de hierro de Vizcaya, estaba entreabierta. En el interior conversaba mi tío con don Juan Agustín a media voz, pero desde el punto en que nos hallábamos, se alcanzaba a percibir claramente cuanto decían. Como cayese la noche, don Juan Agustín encendió dos velas, colocadas sobre candeleros de plata.

Hablaban animadamente, i nosotros, sin quererlo, oíamos la conversacion.

«—Esto ya no puede continuar así, exclamaba mi tío. Los españoles gobiernan a estos reinos como haciendas en explotacion personal. El comercio tiene que sufrir trabas de toda especie, recargos, gabelas, tributos, exacciones de todo órden, i las mercaderías llegan a los pobres mercados americanos mas encarecidas que si fueran de oro macizo. Esto ya no se puede soportar, nó señor. I ademas se toman los mejores destinos, i no permiten a los americanos cosa de provecho. Ni siquiera nos dejan los honores. Hoi dia, por conseguir un título de Castilla se paga una barbaridad. Me dicen que cincuenta i tantos mil pesos, cuando los del terremoto de Lima (los concedidos poco despues) solo costaron veinte mil cada uno

»I las autoridades españolas cada vez mas tirantes. Sí, señor. Lo que es con el nuevo Presidente Carrasco, el corazon me dice que va a resultar una barbaridad. Si es mas malo, segun se afirma, que un caiman, i viene acompañado de una negra que parece vestigio de los infiernos. A mí me ha dicho don Santos Chocano, siempre bien enterado de cuanto sucede, que la negra

manda i gobierna en palacio como si fuera Presidente, ni mas ni ménos, sí señor.

»Lo mas estraño del caso es que don Juan Martínez de Rozas, un hombre tan serio, de vista larga, leido como pocos, un antiguo profesor del Colejio Carolino haya patrocinado a un patan semejante, haciendo una verdadera campaña en favor suyo.»

A todo esto, el Conde de Quinta Alegre sonreia calladamente, sin pronunciar palabra.

Solo sacó su tabaquera de carei, con incrustaciones de oro, i abriéndola con un golpe seco:

«—¿Se sirve usted don Mateo?» dijo.

«—Gracias», replicó el otro sorbiendo un polvo.

«—Pero eso ya lo hablamos delante, agregó Quinta Alegre. Lo importante seria saber a dónde ha bajado Martínez de Rozas. Ese hombre es un verdadero demonio, señor de Erazo, por lo hábil i astuto. Poco a poco, i sin que nadie lo note, va tejiendo sus redes, i desenredando sus madejas, i luego, los hilos se estienen, i se cruzan, i se multiplican sin fin, en una trama prodijiosa.

»Es mucho hombre don Juan, i tan campechano i sencillote que todo el mundo lo quiere. Cuando su pleito con el Intendente de Concepcion, don Luis de Alava, los vecinos hicieron una presentacion firmada por casi todo el mundo para que Martínez de Rozas continuara en su puesto de asesor que lejítimamente le correspondia. I no ha salido mui bien parado que digamos el Intendente Alava. Ha perdido nada ménos que la presidencia interina del Reino, que nadie le hubiera quitado, sino se hubiera manejado tan bien Carrasco, a

quien a su turno dirijia don Juan. ¡Si es mucho hombre, señor!»

Miéntras conversaban entró un caballero de edad madura, flaco, huesudo, de nariz afilada i prominente. Usaba peluca, echados á la frente unos cadejos de pelo, i su boca solia contraerse en una sonrisa socarrona i acompañada de un relampaguear de los ojos, chiquitos i brillantes. Era don Manuel de Salas. Hizo una corte-sía, i dirijiéndose a un caballero que yo no alcanzaba a ver, por hallarse en el rincon.

«—Buenas tardes, señor don José Antonio, le dijo» ¿cómo va la salud?

«—Así, así, vamos pasándolo, no mas,» respondió sin ponerse de pié el aludido.

Era de regular estatura, entrado en años, pues contaria cerca de setenta i ocho, de fisonomía fina i aristocrática, de frente despejada, de nariz delgada i recta. Sus ojos, que debieron ser hermosos, le circundaban de una aureola de simpatía atrevida, injenua al mismo tiempo. Se llamaba don José Antonio Rojas.

«—Ahora sí que estamos reunidos todos los conspiradores, espresó festivamente don Juan Agustin Alcalde, aun cuando el único verdadero es don José Antonio.»

«—Protesto, señores, replicó el aludido. No crean ustedes lo que han dicho las malas lenguas. Si yo jamas pensé en meterme en los proyectos de los dos franceses Gramusset i Berney que pensaron en la independencia de Chile.»

«—No hable, mejor, don José Antonio. ¿Que no se acuerda que usted contaba entónces, o creia contar con

el concurso de los rejimientos de milicias que mandaban don Agustín Larrain i el Conde de la Conquista, don Mateo Toro? I sino es por el Rejente Alvarez de Acevedo, quien sabe que pasa...»

«—No me hablen de esas cosas que estoi viejo, replicó Rojas, i en los nidos de ogaño ya no existen los pájaros de antaño. La verdad es que parecemos conspiradores, i yo no habria venido, a no ser por el cariñoso recado de don Juan Agustín, que me mandó convidar para la chacra.»

«—A mí me pasa lo mismo no mas» agregó Salas.

«—Ya estamos todos» ... dijo en tono bajo don Mateo.

«—Falta uno», observó con su sonrisa callada don Juan Agustín.

Hubo uno de esos instantes de pausa que suelen llamarse en música los calderones.

I se escucharon distintamente dos golpecitos en la puerta del fondo, que comunicaba con la pieza en que se guardaban las monturas i aperos, i, por esta, con el segundo patio. Todos se miraron unos a otros, no sin estrañeza, miéntras don Juan Agustín abria la puerta, cerrada con llave.

En el dintel se dibujó la silueta de un hombre en a madurez de la vida, de fisonomía despejada, ancha frente con dos entradas en el pelo del lado de las sienes, de nariz gruesa, ojos brillantes, de complexión vigorosa i ánimo al parecer esforzado i viril.

Era don Juan Martínez de Rozas, en traje de camino, cubierto de polvo i armado de una huasca de largo mango de plata.

«—Aquí está el que faltaba para la conjuración de Catilina, dijo sencillamente. ¿No es verdad don Manuel? ¿Qué no les ha leído mi carta don Juan Agustín?»

El Conde de Quinta Alegre soltó francamente la risa, i respondió con el tono huaso i socarrón peculiar de nuestros hacendados:

«—Los junté sin decirles nada. No sea, señor, me dije, que con el canto se me vayan a espantar los *tiuques*.»

Martínez de Rozas también sonrió, con sonrisa enigmática i profunda.

### III

Aquella noche una de las últimas del otoño, fué para nosotros memorable i ha venido a tener en mi vida la mas estraña i curiosa resonancia. Pues, señor, así pasan las cosas de la vida. Sucesos que a uno le son del todo estraños e indiferentes al parecer, vienen a meterse de rondon en nuestra existencia i a trasformarla sin saberse cómo. Ya la familia Alcalde hacia sus últimos preparativos para ir a pasar el invierno en Santiago. Por su parte, don Mateo Lamas de Erazo, tambien hacia los suyos, por temor a verse completamente abandonado i sin refujio en su propia quinta, una vez que se hubieran descargado los primeros aguaceros. Los almofreces iban llenándose a toda prisa, i las carretas comenzaban a trasportar a Santiago mesas, camas, i útiles de casa.

No por eso dejaban de haber alojados. En la quinta de mi tio don Mateo se encontraba don Santos Chocano, una de esas reliquias vivas que todo lo saben, todo lo han visto, i lo que es mas raro, todo lo recuerdan. Que se hablaba de la espulsion de los jesuitas, al punto don Santos referia cómo habia tenido lugar, con todos sus pelos i señales, a media noche, como si se

hubiera tratado de conspiradores, i los abrazos i llantos de la jente al saber la noticia. La afliccion habia sido profunda, i nadie acertaba a comprender cómo el amado soberano habia podido tomar una medida tan terrible. Los malos consejeros que le rodeaban, sin duda. Si se hablaba de los tajamares, no dejaba de referir que la casa de don Luis de Zañartu, en la plazuela de la Merced, habia sido la primera con pila en Santiago, i que este caballero tenia mui mal jenio, como otro a quien un siglo mas tarde llamaron «cólera andando». Si se hablaba de la Real Universidad de San Felipe, contaba la vida i percances de su fundador, el sabio marqués de Cañada-Hermosa, don Tomas Ruiz de Azúa. En fin, no habia cosa que don Santos no supiese: era un verdadero botiquin, con toda clase de remedios, conocimientos i recetas, i así sabia curar gallinas, como esplicar los orígenes nobiliarios de la jente.

Por eso le querian i mimaban en todas partes.

Aquella tarde presidia don Santos la reunion en casa de Alcalde, sentado junto a un ancho bracero de bronce, sobre el cual hervia el agua de la tetera. De cuando en cuando, alguna de las señoras quemaba una pastilla de olor en el fuego, llenando la pieza de un humo que todos consideraban delicioso, o gritaban a la *china* para que despabilase las candelas.

Don Santos Chocano tenia la palabra, escuchado con religioso silencio por las niñas, en señal de respeto, como se estilaba entónces.

«—Pues, señores, aquellos eran otros tiempos que valian mucho mas que los de ahora, decia. La jente era mas cristiana i ménos bullanguera; no habia tantas per-

sonas leidas que se metian a saber de todo, i las chi-quillas no eran tan intrusas, ni las sirvientas tan respon-donas, sino que todos eran bien mirados. No lo digo por ustedes...

I miró complacientemente con sus ojillos grises a Pepa de la Vega i a Carmen Santibáñez, que le escu-chaban con la sonrisa triunfante de su juventud i de su belleza.

«—¿Le cebo un mate, don Santos? preguntó Carmen con malicia.

«—Bueno, pues, tú habias de ser, hijita, la bien inten-cionada... Sírvemelo con bastante azúcar, i no te olvides de las cascaritas de limon. Ail ail ai! Eso es. I ade-lante con los faróles. Pues decia que la sociedad está mui echada a perder. ¡Qué rebueno está el mate! Pues, como iba diciendo, las costumbres andan mui estropea-das; la jente de copete i las autoridades eran cosa mui distinta de lo que hoi parecen. Yo les he oido contar a mis mayores cuán distinguida, considerada i de etiqueta era la de antaño. Todo era fiestas i saraos en Santiago allá por esos años en que llegó a Chile don Tomas Ma-rin de Poveda, Presidente del Reino, casado con una dama en quien la nobleza del linaje i las gracias corrian a la par con los caudales. La sociedad les festejó con corridas de toros, juegos de cañas, de sortija i estafermo. Además se representaron catorce comedias, figúrense ustedes, i hace de esto casi un siglo. Era entónces cuando vivia el soldado i literato Jerónimo de Quiroga, tan celebrado por sus sátiras i sus versos. No dejaba descansar ni vivir al Presidente que, a su entender, no le habia tratado bien quitándole el mando en la fron-

tera. Así, también se vengaba con burlas. Pues un día en que el marques de Cañada Hermosa le halló con los ojos fijos en el suelo:—«Señor Quiroga, le dijo, ¿que está usted haciéndole versos a sus pies?» El anciano cuartel-maestre, descubriéndose, le contestó:—«Señor, quien le ha hecho versos a su *cabeza*, bien puede hacérselos a sus *piés*.»

«Sí, en la sociedad antigua existían suma cortesía i no poco ingenio, agregó don Santos. No tengo para qué hablar de la que nosotros hemos conocido, añadió dirigiéndose a una señora que le escuchaba embelesada, llamada, si mal no recuerdo, doña Mercedes Alvarez de Toledo. ¿Se acuerda usted de doña Luisa de Esterripa?»

«—Ya lo creo, respondió ella, como que tuve íntima amistad con la mujer del Presidente Muñoz de Guzman. Doña Luisa no pasaba precisamente por una belleza, porque era algo bizca, pero a gran señora no la superaba nadie, por el talento, la virtud i la gracia. Había sido nada ménos que Dama de Honor de la Reina María Luisa. Su hogar el centro, no solo del Gobierno, por ser su marido la autoridad representativa de Su Majestad el Rei, sino también de la sociedad santiaguina que se daba cita en sus salones. Allí estaban la célebre oidora Micheo, dama de gran fuste que tenía magnífica carroza dorada, digna de un soberano, cortesana i con porte i maneras de reina. También figuraba doña Paula Verdugo, persona de pequeña estatura, hija de un Oidor del Alto Perú, casada con Carrera i abuela de ese jóven militar que ustedes conocen, de José Miguel Carrera. La sociedad de aquel tiempo era de lo mas

escojido. Vi en esos salones al canónigo Larrain, a don Manuel Manso, sobrino del conde de Superunda i a don José Semerino, tipo de hidalgo cortesano. Recuerdo, entre otras personas, a doña Damiana de la Carrera, que ustedes conocen...»

«—Pero usted olvida muchos nombres, doña Mercedes, interrumpió don Santos. Figuraban tambien entonces las tres encantadoras niñas Aguirre, hijas del marques de Montepío, tan famosas por su belleza, i que hicieron palpar tantos corazones; de una de ellas se enamoró uno de los compañeros de Vancouver, allá por el año de gracia de 1795. Pertenecia a esa pléyade de distinguidísimas señoras, doña Josefa Pérez de Cotapos, esposa del negociante i millonario vizcaino don Celedonio Villota i suegra de Chopitea; las señoras Aldunate; las Guzman, doña Mariana Toro, madre de los Gamero; las Fernández de Leiva...

«Esa era una sociedad verdaderamente hidalga i de buen tono, agregó don Santos, dando un suspiro, mientras tanto que ahora...»

«—Ahora, interrumpió doña Mercedes, echando lumbré por los ojos, el Presidente Carrasco vive alejado de todas las señoras i caballeros que representan una tradicion, o bien un linaje, o bien la cultura i la hidalguía de una sociedad entera. Ese soldadote, ese mequetrefe audaz que ha venido a postergar a la Real Audiencia en la Presidencia del Reino, vive aislado, sin mas amigos que individuos oscuros i despreciables como Chavarría i un tal José Medina, i un Damian Seguí. La única persona decente con quien cultiva relaciones es con el señor doctor don José Santiago Rodríguez,

Vicario Capitular de Santiago. Por lo demas, hoi dia, ninguna señora puede entrar al Palacio de los Presidentes porque allí manda una *negra...*»

Estas palabras fueron pronunciadas por la digna matrona con una indignacion creciente.

«—Qué diferencia entre el Presidente Carrasco i los antiguos mandatarios que representaron en Chile la dignidad real! Si Carrasco es un títere, agregó la señora de Alcalde.»

En esto iba la conversacion, cuando se oyeron gritos en el camino, luego algunos aldabonazos en la puerta, i por último pasos i rumor de voces en el corredor de la casa.

—¡Auxilio! que traen un muerto! gritó una de las *chinas* desde la puerta de la sala, con esa estolidez tan frecuente en su clase.

Todos se levantaron sobresaltados, miéntras la dueño de casa tomaba sus disposiciones i daba órdenes con toda serenidad. Entre dos sirvientes traian a un jóven tendido sobre un largo poncho.

«—¿Pero qué ha pasado?»

«—Que se ha quéido, heñor, i que el caballo lo ha descostillao sinó lo ha reventao, no mas...», dijo un huaso con voz cantante, como quien trae una buena noticia.

«—Pero no lo digas con ese tono, ¡bruto!»

A todo esto, el jóven, que estaba desvanecido, volvió en sí, dando un agudo quejido.

Las señoras i las niñas se agrupaban en torno suyo, hablando todas a un tiempo en medio de una confusion indescriptible. Acertaron, con todo, a tenderle sobre

una banqueta, mientras misia Encarnacion, la llavera de Quinta Alegre, hacia preparar una pieza, i daba las órdenes necesarias a las sirvientes.

«—Jesus! qué desgracia!» decian las niñas, mientras el jóven, que habia vuelto a su conocimiento, pedia excusas, tratatando de tranquilizarlas.

Era de elevada estatura, rubio, de ojos negros, la nariz aguileña, la barba lijeramente redondeada, i tenia una leve cicatriz en la frente. Frisaria su edad con los veinticinco años. Vestia el uniforme negro, con pechera roja, de los Dragones de la Princesa, en los cuales figuraba como alférez. Su aspecto era tan noble como simpático, i respiraba esa franqueza viril i risueña que tan fácilmente suele captarse las simpatías femeninas.

Para probar que se trataba simplemente de una caída de a caballo, sin consecuencia alguna, trató de incorporarse, pero el dolor le venció.

»—Me duele un poco la pierna, dijo.

»—Apuesto a que se la ha quebrado, agregó don Santos Chocano, haciendo a un lado la jente para adueñarse de la direccion del enfermo, en su calidad de comodin i de jefe de toda clase de accidentes case-ros. Desde luego, agregó, hagan machacar un poco de tilo en infusion de malva, para ponerle una cata-plasma.

Sin mas apretó la pierna del jóven militar, que no pudo contener otro quejido.

»—¡No sea bárbaro, don Santos!

»—Déjenme, no mas, que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Pero veo que el jóven no se ha muerto.

»—Así parece, contestó el aludido con naturalidad.

»—¿Pero, qué le ha pasado a usted?

El oficial contó sencillamente la historia de su caída, por habersele cargado al freno el caballo que montaba. Había sido invitado a pasar el día en una chacra de los alrededores i volvía a su cuartel. Se supo que se llamaba Aníbal de Castro i era hijo de un militar retirado de la frontera, domiciliado en Concepcion i español de nacimiento. El mozo, nacido en esta última ciudad, había abrazado la carrera de las armas, como su padre, comenzando por cadete hasta recibir el título de alférez. Ya había tenido mas de una ocasion de pelear con los indios araucanos que solian dar malones, arrasando con cuantos ganados encontraban en las aldeas, para huir, en seguida, a todo el correr de sus caballos.

El padre de Castro cultivaba relaciones con don Juan Martínez de Rozas.

Los circunstantes le escucharon con marcado interes, proporcionándole bebidas i refrescantes. Doña Mercedes se apareció con un gran frasco, fileteado de oro en la parte superior, i de angostísimo cuello, para ofrecerle un poco de «mistela», mui apreciada por ser obra de una famosa dulcera. Trajéronle aloja, dulces de las monjas i qué sé yo cuántas cosas mas. Hasta misiá Encarnacion, la llavera, se apareció trayendo una palangana de plata con agua.

En cuanto hubieron arreglado una camilla le trasladamos a una de las mejores habitaciones.

Al día siguiente, cuando llegó el médico llamado a la ciudad, se pudo saber que no se trataba de una quebradura sino de una simple descompostura de huesos.

El golpe habia sido bastante récio i peligroso, magullándole todo el cuerpo. Mas, como no era cosa grave, a los dos dias ya se levantaba, i pasaba el tiempo bajo el corredor, tendido en un sofá junto al jardin. Las señoras i niñas le hacian compañía i le daban conversacion. Confieso que la cosa no me hizo mucha gracia cuando lo supe. Misiá Justa, la llavera de mi tio, no dejó de decirme que Cármen Santibáñez i Pepa de la Vega se llevaban casi todo el dia conversando con el enfermo.

»—¡Qué dirá la jente, señor, cuando lo sepan en Santiago! Las señoritas deben de ser mas recatadas, si no quieren prestarse a murmuraciones. Por eso te habrás fijado, hijito, que en los estrados, cuando hai saraos i fiestas, se sientan a un lado las señoras i en el costado opuesto los caballeros, sin que se acerquen éstos a sus damas sino para pedirles el honor de acompañarles al minué o a la contradanza, si no es a la gavota. Entretanto, los galanes miran con disimulo i sin que nadie los vea ni cate de ello al objeto de sus ensueños. I hasta se ha de suspirar mañosamente; i empleando la debida reserva, si es que se sufre del tiranuelo amor. ¿No es así, muchacho?

»—Por supuesto, misiá Justa, le respondia yo, encantado con aquella manera tan divertida i melosa de misiá Justa, cuando no estaba enojada de veras, pues, en tal caso, ¡librenos Dios de hallarnos al alcance de su voz o de su mano! Se convertia en una fiera.

«—Pues como te iba diciendo, hijito, esas dos muchachas que deben de ser algo libres, se llevan todo el santo dia, dale que dale, conversando con el enfer-

mo. Debe de haberles *cadido* en gracia. Yo digo de que si, porque no se apartan un punto de su persona. ¡I vaya con que tal oficialito es gallardo i buen mozo! i a pesar de que a mi nunca me han gustado los hombres rubios, es preciso reconocer que éste es de lo mas fino, galan i bien aperado que se ha visto. Conti mas que ya los hombres se van poniendo escasos i yo no sé con quien irán a casarse nuestras nietas.»

Debo advertir, para consuelo de nuestras damas, que ya desde los tiempos de la independendia a que se viene repitiendo eso de la escasez de los hombres.

«—Bueno, pues, muchacho, volviendo al caso, es preciso dar por sentado que a las tales niñas no debe de parecerles tan mal el mancebo, cuando así se llevan todo el dia en dimes i diretes con él. Cuantas veces me presento, con cualquier pretesto, a la casa vecina, dale con que me he de encontrar con la sabida tertulia. Yo no sé que tendrán tanto que hablarse. Es verdad que en el campo se permiten muchas mas libertades i cosas que en la ciudad serian mal vistas, pero así i todo, yo no apruebo eso de que las niñas solteras se pongan a conversar con los jóvenes.»

Las costumbres, en aquellos tiempos, eran estremadamente severas, i las reglas que misiá Justa dictaba con tanto fruncimiento eran las corrientes i aceptadas de todos. Mas eso no hacia al caso, sino que yo comenzaba a sentir dentro del pecho la comezon aguda de los celos, de unos celos furibundos i desmedidos. En vano me decia a mí mismo: «¿Con qué derecho te metes a celoso, Rafaelillo? Que por asomo le has dicho a Carmencita que la quieres, o has recibido manifestacion al-

guna de su parte que signifique la correspondencia del amor? Tú no te atreverías a poner los ojos sobre ella, por temor de que en la casa te despidieran con viento fresco, a tí, pobre huérfano, sin nombre lejítimo que llevar como todos los demas. Fijate en que eres uno de esos abandonados de la vida, i que estás mui distante de los señores Marqueses, Condes i Mayorazgos, de quienes te separa un abismo infranqueable. Esa Carmelita, que tu miras como una Diosa, en medio de un paraiso, no se ha hecho para ti, ni la miel para la boca del asno. Resígnate a vivir en tu eterna situacion equívoca, sin ser ni un sirviente ni un patron, sino un modesto quídam.» I miéntras me decia yo estas propias palabras, sentia dentro del pecho un sentimiento de angustia inesplicable, unas ánsias de matar al militarcito, un deseo de crecer, de hacerme grande, de subir en importancia, de colocarme sobre los demas mortales. ¡Cuántos hombres, en el mundo, no han salido de la nada a las mayores alturas, me agregaba. ¿Acaso no hubo un Papa que guardó puercos en su infancia? I cuantos jenerales, grandes señores i personajes ilustres, no se han levantado a sí mismo con el esfuerzo de su espada o de su pluma? ¿Por qué yo no habria de poder alzarme hasta ella? Pero luego el conocimiento de lo que pasaba en Chile me traia al sentimiento de la realidad. Era esta una mísera colonia de la Monarquía Española, en cuyos dominios no se ponía el sol; talvez era la mas pobre i atrasada. Los reyes la miraban con desden, pues, léjos de producirles entradas, tenian que auxiliar los gastos de su administracion con el *situado* del virreinato de Lima. Chile solo servia para escuela de soldados,

i se necesitaban mas para mantener quietos a los indios de Arauco que para el resto de la América junta. I ni siquiera se conquistaba gloria en aquellas largas guerras en contra de los salvajes, pues se iba a caer oscuramente en una emboscada, cocido con las puntas de las lanzas araucanas. Si por acaso llegaba algun soldado a conquistar prestigio, sus servicios pasaban ignorados, a tanta distancia de la Corte a la cual solo alcanzaban a llegar las voces de la envidia, i las alabanzas i los favoritos de la Camarilla de los Gobernadores, que ganaban sus galones con empeños.

Nada habia que esperar para los pobres criollos; ni puestos, ni honores, ni el derecho de morir gloriosamente en guerra con pueblos civilizados. Estaban condenados a vejetar trabajando en el campo i en el comercio, i si adquirian fortuna, lo que no siempre era fácil, debian limitar sus ambiciones a comprarse una vara de Rejidor. De allí no subian, ni tenian mas horizontes en la monótoma vida colonial. I sin embargo nos habian llegado las notas de la Marsellesa, cancion de los pueblos libres, i de mano en mano circulaban libros en que se cantaba la epopeya de la libertad, la historia de aquel emocionante i apasionado impulso que levantó a un pueblo entero hasta gobernarse por sí mismo. Allá, en tierra lejana, en esa Francia que se habia batido con la Europa entera, los hombres eran libres, porque habian querido serlo; i no habia clases privilegiadas, si no que eran iguales todos. Allá, no tenian cadenas; un hombre podia trabajar, luchar, formarse un nombre, servir a su pais, i casarse con la mujer amada, cuando

tenia corazon i era persona resuelta como yo me sentia a sí mismo.

¡Ah, Carmencita! me decia, ¿qué haré para llegar a ti? ¿cómo podré impedir que se conquisten ese tu corazoncito algunos mozalbetes galoneados o de fortuna que acaso no sabrán quererte como yo te quiero, desde lo mas hondo del corazon, dignificándose i elevándose a tí como yo querría? ¡Ah Carmencita! quiera Dios que vuelvan esas horas i tiempos de la andante caballería i de mi señor Don Quijote, en que un hombre, sin mas que el empuje vigoroso de su brazo i el esfuerzo de su corazon se conquistaba reinos para hacerse digno del cariño de su dama.

#### IV

En cuanto volvieron los aguaceros del húmedo invierno santiaguino, tornamos a la ciudad, convertida casi en lodazal durante la mayor parte de la estacion. Siempre la misma vida monótona en la tienda de la calle del Rei, con sus visitantes embozados en capas i las damas de peineta de teja, de enormes peinetas como unos monumentos, con infinidad de calados, i cabezas envueltas en mantilla de encajes. Tales eran nuestros parroquianos de entónces.

Como ya he dicho anteriormente, el comercio estaba en manos de los principales i mas acaudalados magnates de la época. Nadie miraba en ménos al que vivia detras de un mostrador, vendiendo jéneros i baratijas. Por aquellos tiempos una tienda era verdaderamente el Arca de Noé, donde se hallaba de todo, así frutos del pais como loza de Talavera i aceros toledanos o tapices de Aranjues. La vida entónces era mui barata, i las cosas valian una bagatela comparadas con los precios del dia. La carga de leña de espino, con treinta i dos palos i peso de dieciseis arrobas, valia tres reales; la fanega de carbon, cuatro reales; cada arroba de vino,

ocho reales; la arroba de aguardiente, cinco pesos; la fanega de aceitunas, de tres a cinco pesos; la de almendras en cáscara, un real; la de higos, veinte reales; la de ciruelas, de seis a ocho reales; la de cebada, de tres a cuatro reales; la de frejoles, de nueve a quince; la de lentejas, de ocho a doce; la de maiz en grano, ocho reales; la de papas, cuatro reales; la de azafran, ocho reales. Tales eran los precios corrientes de frutos del país, en los cuales comerciaba también don Mateo.

En cuanto a las mercaderías traídas de España, eran a menudo lujosísimas. No escaseaban los muebles i sillas talladas, las arcas de cuero esculpido en que se guardaban las galas de matrimonio, las arquillas de cuero o de madera talladas también, o con incrustaciones deliciosas de nacar i de carei o de marfil; las joyas de plata i oro, los camafeos; las mantillas de finísimo encaje, algunas con ramazones de colores, las peinetas de carei laboreadas; los jéneros de batista sutil; los paños bordados; los Cristos de marfil con guarniciones de plata. ¿A qué seguir, señor? Aun veo amontonadas en los escaparates las mercaderías preciosas de la tienda de la calle del Rei. I miéntras despachaba los parroquianos, la fiebre del trabajo no me permitía meditar. Mas luego que me dejaban solo, se me iba la imaginación tras de Carmelita. ¿Dónde estará en este momento? Quizás ocupada en coser ella misma sus vestidos, con el primor que pone en todo. I me ponía a discurrir, lleno de secreto encono, sobre si la niña correspondería a ese maldito alférez que se llevaba con ella todo el día.

¿Han estado ustedes celosos? ¿Conocen esas picadu-

ras de vísboras que van dejando en el pecho veneno impalpable pero cierto? Si no conocen aquellos tormentos son mui felices. En realidad, yo no tenia prueba alguna de que el alferez de Castro estuviese enamorado de mi Carmelita; i sin embargo, una mordedura dentro del pecho me decia que con toda seguridad la amaba. I si esto era cierto, yo no podia dejar de reconocer que era mui posible fuera correspondido, siendo como era, todo un buen mozo. ¡Para qué se fijarán tanto las mujeres en la cara de los hombres! Si deberian a uno mirarlo hácia adentro, con esa mirada interior con que Santa Teresa contemplaba a su divino amado.

A las cinco de la tarde se cerraba la tienda. A esa hora ya se encontraban reunidos casi todos los tertulios i amigos de mi tio don Mateo. Iban llegando, uno por uno, don Pedro de Lecaros, don Domingo i don Alejo Eyzaguirre, don José Antonio Rojas, Argomedo, don Ignacio de la Carrera, don José Miguel Infante, Vera i Pintado, Rosales i otros caballeros que debian figurar en la revolucion de la independendencia como patriotas ardientes. Solian asistir, tambien, los marqueses de Casa Real, de Montepio i de Cañada Hermosa i el conde Quinta Alegre. Cuando habia alguno de los fervorosos partidarios del antiguo réjimen, la conversacion se deslizaba lánguida i tranquila, tratándose los precios de los artículos del pais, i de los acontecimientos que se desarrollaban en la península ibérica, la invasion i atentados de los franceses. En esto se hallaban todos de comun acuerdo para prestar su mas fervorosa adhesion a S. M. Cárlos IV, monarca de las Españas i sus Indias. En cambio, cuando los criollos propiamente

se encontraban solos, comenzaba a tratarse de libertades, se tarareaba la Marsellesa, llamada entónces la «cancion de la guillotina», se hablaba de la igualdad i de los derechos del pueblo; de que los gobiernos tenian su base en el consentimiento público i otras herejías políticas del mismo jaez.

Recuerdo que el alma de aquellas reuniones era don Juan Martínez de Rozas. Hablaba tranquila i pausadamente, sin emitir, sino rara vez, una opinion propia. Le agradaba tratar de literatura clásica, a la cual era mui aficionado i hacia citas frecuentes de los mejores pasajes. Con mucha maña i tino sabia tirar la lengua a don Manuel de Salas, para que hablase del miserable estado en que se hallaban la minería, la agricultura i el comercio de la América, atribuyéndolo a los malos gobernantes. Otras veces picoteaba a don José Antonio Rojas para que espusiera con el calor i la elocuencia que le eran peculiares las teorías de Rousseau, sobre el gobierno, los derechos de los ciudadanos, los abusos del poder, el grado de civilizacion i de progreso que alcanzaban los pueblos gobernándose a sí mismos. A la hora de separarse la tertulia, Martínez de Rozas se iba acompañando a uno de los personajes nuevos que solian concurrir a ella para sondearlo, i tantear el terreno, deslizandole las ideas naturalmente a su oido, i recojiendo cartas cuando el novicio no estaba preparado. ¿Qué pasaba en el fondo del alma de ese hombre cuya fisonomía enérgica i abierta denotaba la accion, pero de conducta cautelosa i de maneras frias e impenetrables? Por una casualidad pude comprender algo, que guardé cuidadosamente.

Hallábame en la trastienda, ocupado en arreglar unas sederías, cuando entró don Juan, embozado en su capa, a la hora del oscurecer. Ni una alma traficaba por la calle del Rei, pues el día estaba revuelto i había llovido con furia. No bien entró, cerró la puerta con cautela i saludó cariñosamente a don Mateo.

«—¿Qué le pasa, don Juan? ¿Por qué se ha perdido usted por acá? Los amigos lo echan mucho de ménos», díjole mi tio, junto con abrazarle estrechamente.

«—Amigo don Mateo, usted no ignora las dificultades de mi situacion, i bien sabe que conviene me vean solo de tarde en esta su casa. Ya las autoridades están encontrándole mal olor, i yo soi secretario del Presidente, no lo olvide.»

«—Pero sino...

»—No hai pero que valga. Todos nos conocemos. Por desgracia, yo tengo que encenderle una vela a Dios i otra al Diablo, porque intereses superiores así lo exigen. Todos trabajamos por la Patria, don Mateo, unos de una manera i otros de otra. Es necesario que hagamos libre a esta tierra. Tenemos que concluir con los abusos, para ser dueños de nuestras acciones i de nuestra vida. Usted ve, la ocasion es magnífica. España se encuentra invadida por los franceses i ocupada en defenderse. Los Monarcas lejítimos han abdicado la coroná en manos de un usurpador... de un Bonaparte... ¿I por qué nosotros los chilenos habríamos de reconocerlo? ¿por qué no habríamos de darnos un gobierno en vez de continuar recibiendo mandones de ultramar, soldadotes ignorantes, o caballeretes desacreditados que se presentan con grandes humos? Miéntas

nosotros, como unos inocentes, estamos dispuestos a derramar la última gota de sangre por la Monarquía, que no se sabe dónde está ni quién la compone, esperamos que los godos se desenreden tranquilamente, i vuelvan a seguir gobernándonos como a una estancia, mandándonos Presidentes, colocando españoles en todos los puestos, ascendiendo a los chapetones i postergando a los criollos en el ejército i en todas partes; privándonos de la libertad de comercio i de tráfico, mediante la cual se engrandecen los pueblos; impidiéndonos el desarrollo de una industria i de un comercio nacional que les hagan competencia; sin escuelas; sin instruccion; sin caminos. ¡Ah señor don Mateo de mi corazón, todo esto no tiene remedio sino mediante un trastorno radical.

»Pero, Santo Dios, ¿cómo cambiar ese estado de cosas cuando la ignorancia del pueblo, convertido en rebaño, es absoluta; cuando las clases superiores están imbuidas de prevenciones absurdas de nobleza, horroizadas de la libertad i de la igualdad; cuándo tenemos el enorme peso de la aristocracia colonial, de numerosísimas familias que no conciben otro régimen sino el antiguo, lo que llaman «su Dios i su Rei»?...

»En Chile no tenemos un pueblo preparado para la libertad i el gobierno propio, sino que habremos de formarlo en medio del movimiento; necesitamos domar el potro sobre andando. Para eso habremos de repartirnos la tarea.

»Unos, como usted, como Salas, como Argomedo, Rojas, Vera, Infante, tienen que hacer la propaganda de nuestras ideas, infiltrándolas lentamente en los

espíritus de la jente culta. Esa es la obra de la propaganda, que arroja la semilla al surco, preparando al mismo tiempo el terreno.

»A mí me toca la accion, por eso he venido a Santiago, a servir de Secretario a Carrasco».

»He querido estar en medio del Gobierno para minarlo, miéntras ustedes me ayudan con la propaganda. Precipitaré las faltas del circulo Gobernante, ahondando el abismo del despretijio con que comienza a socabarse el terreno debajo de sus pies. Haré pelear al Presidente con el Cabildo, i con la Real Audiencia, i con la Real Universidad de San Felipe, i con la sociedad entera. I el dia en que todo este sistema español, ya vetusto i corrompido, se desmorone, ¿qué resultará? Pues, señor don Mateo, por fuerza tendremos que darnos un Gobierno propio, cambiando, desde su base, el órden de cosas existentes. Desde ese momento, la revolucion andaré sola. Miéntras tanto, hai que prepararla i empujarla. I verá usted cómo voi a lanzar a Carrasco en contra de todo el mundo, como un gallo bruto. ¿Cree usted que yo he venido desde Concepcion, abandonando mi familia, mis intereses i una fortuna para servir únicamente de Secretario a ese soldadote, a quien he puesto donde se encuentra? No, señor, de ninguna manera; he venido a echar los cimientos de algo nuevo. Miéntras tanto como soi Gobierno, añadió Rozas con una sonrisa mefistofélica, tengo que defender en público al Presidente, que evitar murmuraciones, i toda actitud sospechosa. I como nuestros patricios, condes, marqueses i mayorazgos son tímidos, no debo decir ni la centésima parte de lo que pienso. Soi hombre de

accion i debo obrar. Repitamos lo de don Juan Agustin en la noche aquella en que descubrí a ustedes nuestro plan en la quinta del Tajamar: «No gritemos para que no se espanten los tiuques».

«Lo que es por ahora, contamos con un poderoso aliado involuntario, el señor Presidente García Carrasco, i puede este repetir el verso de Virjilio: «*Sic vos non vobis...*» «La abeja produce la dorada miel, pero no para ella...»

La figura de Rozas miéntras hablaba, se habia transformado. Sus ojos despedian rayos, fruncía el ceño, el jesto amplio tenia la majestad de un inspirado.

Su aspecto enigmático i frio se habia cambiado, como por encanto, en una actitud enérgica, de hombre seguro de sí mismo que sabe a dónde va, i que marcha a un gran propósito sin que nada le detenga, dispuesto a sacrificar a sus ideas cuanto sea necesario.

En esto iba, cuando se oyeron dos golpes a la puerta de la tienda. No bien se abrió, se mostraron, uno en pos de otro, dos señores envueltos en sendas capas. Llevaba uno frac chocolate con botones de oro i amplia corbata de batista que, dándole varias vueltas en torno del cuello, terminaba en una chorrera de encajes sobre el chaleco. Era alto de estatura i de aspecto ave-llanado, con las mejillas hundidas i los pómulos prominentes. Llevaba el rostro enteramente afeitado, según los cánones de la moda, lo que daba a la fisonomía cierto aire eclesiástico. Se llamaba don Martin Alvarez de Toledo. Su acompañante, mas bajo que alto, de edad madura, era don Anjel de Larrain.

Ambos saludaron cortesmente a don Juan Martinez de Rozas, manifestando gran contento de verlo.

«—Por fin tenemos de nuevo a su merced en Santiago, señor Asesor», le dijo uno.

«—Así es; he tenido que acceder a las reiteradas peticiones de mi amigo el señor brigadier Garcia Carrasco, tan empeñado en que yo le acompañe con mis pobres conocimientos administrativos i de lejislacion. Yo no queria; pero como lo ha exigido en nombre del servicio de Su Majestad, a quien venero, no he podido negarme...»

Al pronunciar estas palabras Martinez de Rozas sacó su caja de rapé, i la abrió dándole un lijero golpe con la mano, miéntras observaba a sus interlocutores. Ambos se habian descubierto, inclinando la cabeza, al oír el nombre del soberano.

Despues de breve pausa, agregó Martinez de Rozas: «—No saben sus señorías con cuanto placer veo esas muestras de fidelidad al monarca, i de respeto a su nombre, en estos momentos en que los perros franceses invaden la península ibérica. ¡Ojalá todos los chilenos pensaran como ustedes i acataran a sus representantes! Por desgracia, el señor brigadier Garcia Carrasco, Presidente del reino, está bien léjos de tener motivos para estar satisfecho. La recepcion de la Real Audiencia i de sus amigos no ha sido cordial...»

«—Creo que está equivocado el señor Asesor, interrumpió don Anjel de Larrain. El señor Rejente don Juan Rodriguez de Ballesteros comisionó a dos miembros del Cabildo, un alcalde i un rejidor, para que fue-

sen a Rancagua a recibir al señor Carrasco, i nadie tiene la culpa de que los comisionados renunciaran i el Cabildo nombrara otros.»

«—Sin embargo, bien se dejaba percibir la antipatía de los señores oidores que no miran con gusto lo que titulan el despojo hecho a la autoridad de Ballesteros, arrebatándole la Presidencia. Por otra parte, la sociedad permanece alejada del señor brigadier Carrasco. Los señores marqueses i mayorazgos le miran como si fuera leproso, i representa nada ménos que la autoridad del soberano!»

Ambos caballeros, al oír esto, se deshicieron en protestas de fidelidad al rei, mas, al mismo tiempo, hicieron presente que la sociedad santiaguina, tan relacionada por amistad i por familia con los oidores de la Real Audiencia, no podía desentenderse del desaire inferido a Ballesteros.

«—Ademas, agregó don Martin Alvarez, yo debo ser franco con el señor Asesor, i no puedo ocultarle ciertas cosas. Se habla mucho de cierta negra que hai en palacio, con mando preponderante i dominio absoluto. Se dice que imita al virrei de la Perrachola. La sociedad de Santiago es aristocrática, digna i altiva; muchos de nosotros se encuentran emparentados con nobilísimas familias de la madre patria...»

«—Para que el señor Presidente se granjee nuestro cariño i maspreciado afecto, agregó don Martín, seria menester que dejara de visitar a esas señoritas Uriondo, de dudosa estimacion, i que espulsara de su casa a esa *negra*, i a los amigos de baja estofa de que comienza a rodearse. Piense que entre otros le visita un tal Esco-

bedo que vive en los arrabales de la ciudad, en el callejon de Ugarte (actual calle de San Ignacio). Figura entre sus comensales mas asiduos, un tal Retamales que vive en la calle de los Perros. ¿Por qué no busca sus amistades en las calles de la Compañía o de las Monjitas, o siquiera en la de las Matadas (de Claras) o en la tapada de Santo Domingo?»

Martínez de Rozas bajó la vista, i espresó reposadamente:

«—Aún cuando me duela, encuentro que no le falta cierta razon al señor don Martín. Yo que le trato de cerca, puedo afirmar que el señor Presidente es un hombre en extremo correcto, Pero las apariencias engañan, i su conducta se presta a comentarios i habladurias. Estoy seguro de que daria gran prueba de celo al rei quien hiciera llegar hasta su representante esas saludables advertencias. Pero yo, por mi cuenta, no me atrevo; soi poca cosa para tamaña empresa. Se necesitaria que le hablase francamente, i con toda la autoridad de su posicion, algun personaje linajudo, relacionado i emparentado con lo mejor de Santiago, persona de título, de caudales o de familia encopetada. Solo en ese caso creo que podria ser oido, prestando un considerable servicio al prestigio del Monarca...»

«—Pues yo seré ese hombre, espresó con brio don Martin. Yo me atrevo...»

«—I yo lo acompaño», agregó con énfasis don Anjel Larrain.

«—Pero, señores, fíjense bien en lo que hacen, les observó don Mateo con tono bonachon, no sea que el señor Presidente se enoje al oir esas claridades.»

«—No se atreverá a ponerse de punta con la sociedad mas encopetada, insistió Martínez de Rozas. Fijese Ud. don Mateo, en la preclara nobleza de estos caballeros, hidalgos que pueden competir con las casas Ducales i grandes de España. No se le pase la mano don Mateo.»

Los dos caballeros se pararon entusiasmados, i agradecidos de semejantes conceptos que tanto halagaban su vanidad de familia.

Como se hiciese para ellos tarde, pues en esos tiempos se cerraba mui temprano, consultaron sus relojes i se despidieron. No bien habian abandonado la tienda cuando el señor Rozas se encaró con don Mateo.

«—Mi señor i amigo, le dijo, ¿por qué no me dejó bajarme a esos dos buenos señores?»

«—Pero si van a palacio con sermones de esa especie, el brigadier Carrasco, hombre de malas pulgas, les despedirá con viento fresco», repuso don Mateo.

«—Pues precisamente eso es lo que yo quiero, hombre de Dios. I con ellos dos de las familias mas pudientes i bien relacionadas de Santiago se pondrán de punta con las autoridades españolas. Eso, precisamente, es lo que necesitamos, don Mateo. Debemos formar el vacío en torno del representante del rei, aislarlo, desprestijarlo, poner en pugna las autoridades española, Real Audiencia i Presidente, i crear, al mismo tiempo, como en Buenos Aires, una corporacion que personifique las aspiraciones i deseos nacionales. He recibido últimamente una carta de Belgrano i otra de Moreno en que me aconsejan propender a ensanchar la importancia del Cabildo, como por allá, aumentando su personal i dán-

dole nuevas atribuciones. Con que, no me ponga Ud. piedras en el camino, don Mateo.

«—¡Pero usted es un grande hombre!» exclamó don Mateo con entusiasmo.

«—No tal, respondió Martínez de Rozas, volviendo à su tono habitual i recuperando su aspecto frio i enigmático. Triunfaremos no tanto por la habilidad de los amigos cuanto por las faltas de los enemigos.»

I despues de una pausa, don Juan Martínez de Rozas agregó a mi tio:

«—Usted puede hacerme un gran servicio, señor don Mateo. Necesito un escribiente de buena letra, mui honrado, en estremo discreto, que lo vea todo i que no suelte prenda, mudo como una tumba i listo como un zorro, ¿podria usted procurármelo?»

Don Mateo se puso a meditar con la cabeza cojida entre las manos, se sonó con estrépito i pronunció estas palabras memorables:

«—Se lo voi a dar, don Juan, en prueba del mucho cariño que le tengo. Es mi sobrino Rafael, hijo natural de un hermano mio, a quien tengo casi como hijo propio. Le voi a entregar mi brazo derecho, i creo que le hago un obsequio valioso.»

En seguida me llamó a grandes voces:

«—Ven acá perillan, ¿dónde andas, Rafaelillo? Apuesto a que estás escuchando detras de las puertas...»

«—No necesito percibir las cosas para enterarme de ellas, le contesté con desparpajo. Ya conocia al señor don Juan.»

«—Pues ¿desde cuándo?» preguntó éste admirado.

«—Desde cierta noche en que ántes de llegar a San-

tiago pasó su merced, dando un gran rodeo, por la chacra del señor conde de Quinta Alegre. I desde que por una ventana entreabierta escuché involuntariamente. Pero sé callar, i ántes me arrancarían la vida que una palabra.»

«—¡Demonio de muchacho!»

Ambos caballeros cambiaron una mirada.

«—Lo peor es que me encontraba en compañía de dos pesonas, agregué, i ellas pueden haber oído i hacer pública la cosa».

«—¿Quiénes eran?»

«—Carmela Santibáñez i la señora Condesa de San Juan, que ha venido para un litijio».

«—¿Con que tiene un juicio pendiente? Yo me encargaré de sus asuntos, i me tomaré la fortaleza asegurando el silencio» exclamó el doctor Rozas.

«—En cambio este muchacho comenzará su obra asegurando el de Carmelita» agregó mi tio riéndose, a los veinte años esas cosas son fáciles».

«—I ya que has oído nuestras conversaciones secretas i nuestros sentimientos mas íntimos, niño, sella tus labios como la piedra de un sepulcro, i ama sobre todas las cosas de la vida a la tierra que te vió nacer... *non quia magna sed quia patria*... no por porque pueda ser grande sino porque es la patria...»

Al doctor Rozas le gustaba mucho mezclar en la conversacion las citas i aforismos antiguos.

## V

Varios días pasé en acecho de una oportunidad para verme con Cármen.

El doctor Rozas me habia encargado sondease hasta qué punto podian haber oido lo que se conversaba en el escritorio. Yo no pedia otra cosa sino una comision tan grata, que necesariamente habia de acercarme a la señora de mis pensamientos, procurándome ocasiones de hablar con ella a solas.

Durante varios días me coloqué cerca de la puerta de Santo Domingo, a donde iban las amigas todas las mañanas. En aquellos tiempos la sociedad colonial estaba empapada en misticismo. Rezábase el rosario dos veces al día en todas las casas, con asistencia de señoras i de hombres, que lo seguian con gran fervor. Las novenas eran fiestas de suma entidad, i no habia una habitacion en que no se viera por lo ménos un santo de esos de madera pintados, o un niño dios en fanal de vidrio.

En fin, dentro del espíritu místico reinante, casi todo el mundo oia misa de madrugada. La de ocho en Santo Domingo era la mas concurrida por las perezosas elegantes. Asistía puntualmente a ella, i me detenía en la

esquina terminada la ceremonia, para ver pasar a Cármen, con su saya corta, segun la moda, que permitia ver la garganta de su bien modelada pierna, i su piececito de niño. Pasaba la adorable chiquilla con los ojos bajos, talvez por no deslumbrar a la jente con el fulgor aterciopelado de sus grandes pupilas negras, que parecian aun mayores a travez de sus rizadas i largas pestañas.

Ya por esos tiempos decian los ojos muchas cosas de esas que niegan despues los labios. Cármen solo me daba una mirada, al pasar, acompañada de un leve saludo, i yo me quedaba con la boca abierta, bendiciendo a Dios que habia permitido tanta gracia i tamaños encantos sobre la faz de la tierra. ¡Qué mujer tan bonita, señor! A uno se le iba el alma detras de ella, i cada uno de sus pasitos menudos me tocaba el corazon.

Veia alejarse, suavemente, como sino tocara la tierra esa adorable silueta, llena de gracia.

«Con esos ojos tan grandes,  
»I esos piés tan chiquititos »

como dijo un poeta que no recuerdo cómo se llama.

Mas de una vez fuí a casa de mi amigo Pepe Santibáñez, pero como eran tan severas las costumbres de aquella época i tan recatadas las mujeres, no tuve ocasion de hablar a solas con ella. Pero segun reza el refran, «mas discurre un hambriento que cien letrados», por lo cual no tardé en hallar un medio tan ingenioso como seguro de ponerme al habla con Cármen.

Habia en su casa un esclavo negro, llamado Julio i

por sobrenombre *El Pata de Mosca*, como los habia en todas partes, pues en el solo obispado de Santiago existian más de veinticinco mil, a fines del siglo dieciocho. No tardé mucho en trabar relaciones con el negro, mediante unos cuantos reales de plata i varias chucherías. El hombre se me entregó en cuerpo i alma. Así, con toda suerte de precauciones, conseguí que solicitara de Cármen una entrevista, pues tenia que hablar con ella de cosas mui graves.

Con muchísimo trabajo i gracias a la elocuencia persuasiva de *Pata de Mosca*, pude obtenerla. Cármen debia ir a casa de unas costureras llamadas las Monarde, que hacian la ropa de la familia; allí nos veríamos.

No necesito decir con cuanta impaciencia ví trascurrir las horas, unas en pos de otras, hasta que llegó el momento de presentarme a la casita de la calle de las Matadas en donde moraban las tales Monarde. Recibieronme, con mucha reserva, por una puertecilla pequeña que daba al huerto en la calle atravesada. Me hicieron cruzar por el fondo, lleno de árboles i matorrales incultos que dejaban caer sus ramas sobre la orilla de la tapia. Me llevaron a una pieza pobre donde esperé, sentado en un taburete de madera.

Largo rato despues se presentó Carmencita. ¡Ah! qué pena me dió verla tan fria, tan reservada, tan diferente de como yo hubiera querido encontrarla.

—«Perdóneme, le dije con voz entrecortada i balbuceante, que haya tenido la audacia de pedirle una entrevista en privado. Pero, como en su casa no podría hablarle a solas i ademas el asunto es mui serio...»

«—Solo en esa confianza he venido, me respondió. Figúrese lo que dirían en casa si lo supieran... ¡Dios mío! qué barbaridad! Pero hable usted pronto, dígame de qué cosa puede tratarse...

«—¿Recuerda aquella noche que conversábamos en la Quinta de don Juan Agustín Alcalde, a orillas del Tajar, en compañía de Pepa Loaysa?

«—La noche aquella, en que había muchos caballeros reunidos en el escritorio, i en que nosotros nos sentamos junto a la ventana entreabierta. ¿Recuerda usted haber oído algo de lo que adentro decían?»

Cármen permaneció un instante en silencio, i luego, clavando en mí su mirada, me dijo gravemente:

«—Alcancé a oírlo todo. Sentía una intensa curiosidad, en especial cuando el doctor Martínez espuso los planes en proyecto. ¡I qué bien sonaban esas cosas de darnos una patria, que decía con tanto calor, i esa palabra libertad. ¿Qué es eso de *libertad*?

«—Es el derecho de hacer cada uno lo que se le dé la gana.

«—Pues no me parece bien, repuso Cármen con tono convencido.

«—Es decir, lo que uno quiere dentro de la conciencia del respeto a los demás i de Dios...

«—Así..., me gusta.

«—Pero, volviendo al caso, ¿qué más oyó usted?

«—Escuché, sin quererlo, todo cuanto decían...

«—Cármen, se lo ruego por Dios i por sus padres, por sus abuelos que están enterrados en esta tierra que nos vió nacer; se lo ruego a pedido del doctor Rozas, dígame si ha contado algo de eso.

«—Nada, absolutamente nada. Mas todavía, sin que usted me lo diese a entender, cuando el *negro* me pidió a nombre suyo una entrevista, comprendí que venia a preguntarme eso mismo. ¿Cree usted que yo no sospecho la gravedad de las conversaciones involuntariamente oidas por mí? Dígale al doctor Martínez de Rozas que puede estar tranquilo. Le juro mantener la mas absoluta reserva; seré como la tumba que sabe guardar sus secretos.

«—¡Ail! Cármen. Usted va a quitar un enorme peso a un hombre sobre el cual recaen tantas responsabilidades en estos momentos i a quien yo admiro porque es un gran corazon. Reciba mis sinceros agradecimientos, i los suyos. Aunque los míos de nada valen, porque soi tan poca cosa.

Su rostro se dulcificó, i suavizando la altivez de sus maneras, me dijo a media voz.

«—Trabaje, sea hombre de bien, trate de levantarse sobre el nivel del vulgo. En todo se nota una agitacion estraña, como si quisieran venir nuevos tiempos. ¿Por qué no habría de poder levantarse usted que es jóven i que tiene una alma entusiasta? Jamas puede uno prever el futuro. Ya ve como en Buenos Aires han derrotado a los ingleses cubriéndose de gloria. Quién sabe si no le toca a usted ser un soldado ilustre, un hombre superior.»

«—Soi tan poca cosa, le dije con desaliento, i tenemos tan escaso porvenir los que hemos nacido léjos de la corte, i sin pergaminos de familia; si fuera español, siquiera...»

«—Pues trabaje, levántese, hágase hombre i mire de

frente al porvenir, que todo sucede cuando ménos se piensa...»

Despues de una pausa, agregó Cármen con voz algo melancolica.—«Adios, Rafael; será esta la última entrevista que tengamos. Yo la deseaba, para darle algunos consejos; no los olvide. I dígale al doctor Rozas que puede estar tranquilo i que guardaré su secreto.»

«—Adios, Cármen. I ya que talvez sea difícil, quizá imposible que volvamos a tener un instante de intimidad casi absoluta, como este, permítame seguir su vida desde léjos...»

«—Se lo permito...»

«—Que en mis noches de miseria, cuando la lluvia azote los postigos; cuando yo sienta mucha tristeza i un poco de abandono, ya que no tengo familia, ni pergaminos, ni fortuna, ni horizontes, que pueda recordar siquiera esa fábula de un gusanillo que soñaba contemplando una estrella reflejada en la charca junto a la cual vivia...»

Cármen se fué i cuando se hubo alejado con paso rápido, me quedé sumerjido en doloroso i vago sopor de ensueño. Nunca me parecieron mas admirables los árboles i las hojas de aquel pobre huerto. Llevaba dentro de mi corazon un mundo cubierto de esperanzas i de visiones encantadoras como si le hubieran dado alas a mi fantasía. De la desesperanza casi absoluta habia pasado al extremo contrario; ya todo lo veia fácil i hacedero. El corazon humano ha sido hecho en tal forma que sus palpitaciones son extremas. ¡Qué seria de nosotros si no viviésemos a veces en la rejion de los sueños, en unos mundos imaginarios donde todo se realiza como lo desea el alma!

## VI

Era la casa de doña Mercedes Alvarez de Toledo una de las mas encopetadas de Santiago. Su estilo rancio de ancho portalon con gruesos clavos de cobre laboreado, puerta mas pequeña en una de las hojas, frontispicio triangular, de piedra así como las columnas que a uno i otro lado lo sostenian, solo ha dejado escasos ejemplares en pié. Era casa de cadena. Su zaguan, inmenso, se hallaba separado del segundo patio por grandes salones i una salita. Las habitaciones eran bajas i anchas las puertas; mostraban éstas en la parte superior una pequeña verja de hierro mui laboreada. Sus anchos corredores tenian banquetas de trecho en trecho, i una imájen de la Inmaculada Concepcion de madera pintada se alzaba en medio de las pilastras i enfrente de la puerta, como para dar muestras del celo devoto de la dueña de casa. Sobre los barrotes de las ventanas se hallaban, entrelazadas, las palmas clásicas del domingo de Ramos.

La sala en la cual penetré, presentaba el corte clásico de la época. Sus paredes estaban cubiertas de tapices de seda color lila, constituian un lujo extraordinario.

rio entónces, pues de ordinario los salones estaban blanqueados o, a lo sumo, tenían papeles franceses. Las mesas de arrimo eran mui altas i de estilo Luis XV, con tallados en madera i las patas artísticamente encorvadas; las sillas, de brazos mui anchos i redondeados. Varias cornucopias dejaban caer sus manchas como plateadas sobre la seda. Un gran crucifijo de marfil sobre cruz de carei, sostenido en una repisa con anjelitos de plata se hallaba sobre la mesa principal, rodeado de floreros con flores en relieve i profusion de dorados. Un grueso tapiz cubria el suelo con dibujos en forma de bizcochos i un ancho bracero, con rejilla, se levantaba enfrente del sofá. Nunca en mi vida habia visto un salon mas lujoso, como que pertenecia a una familia de las principales.

Cuando entré llevando a la Señora Condesa de San Juan, alojada en la casa, una carta del doctor Rozas, habia varias personas de visita.

Usaba la Condesa camisa de trencilla i encajes con las mangas tan cortas que no llegaban a los codos, dejando los brazos desnudos; el descote iba tambien guarnecido de finísimos encajes. Llevaba justillo de tisú con seda, ajustado al cuerpo, lo que llamaban peto o corsé, sobre el cual iba el *ahuecador*, cubierto por enaguas guarnecidas de ruedas de finísimas puntas de encajes, colocados de tal suerte que al cubrirlas el faldellin, permitiera verlas junto con las medias que cubrian la garganta de la pierna. Llevaba, además, unas segundas enaguas de las llamadas *justan*, cubiertas con blondas i encajes. Sobre la pretina, cubria la cintura un cinturón de cinta de tela de plata, cuyos extremos rema-

taban en dos puntas, hácia delante. Sobre las segundas enaguas se mostraba el faldellin que bajada hasta pulgada i media mas arriba del empeine del pié, con un ruedo de ocho a diez varas, plegado por arriba, i doblado de alto abajo en angostos dobleces a lo largo, prendidos unos con otros, para que no se deshiciesen, en la forma llamada *encartuchado*. La tela del faldellin era de brocato de seda i tenia en sus estremidades una *banderola al vuelo*, punteada i guarnecida de una trencita de plata llamada *melindre*.

Sus medias, de finísima seda blanca, dejaban ver una pierna bien torneada i delgada en la garganta del pié; su zapato, de seda bordado de plata, tenia la forma de un ocho cerrado, tan redondo por el talon como por la punta, i estaba asegurado por hebillas de plata.

A diferencia de sus paisanas, las limeñas, era la Señora Condesa de San Juan de elevada estatura, de cuerpo en extremo delgado i flexible, i se desprendia de sus movimientos ondeantes una gracia tan personal, tan de ella que una vez contemplada era fácil adivinarla desde léjos, en la oscuridad, a la distancia, que sé yo donde. Sus ojos eran de un negro intenso, mas negros que el azabache, su color trigueño, i sobre su frente, levemente redondeada, ondulaba una cabellera rubia. No era una mujer en la primera juventud, pero nadie se hubiera atrevido a decir que no era jóven. Colocada junto a una muchacha de veinte años, como su sobrina Pepa, de cuerpo i aspecto casi infantil yo hubiera vacilado, pero noventa hombres entre cien habria preferido la plenitud soberana, la majestad arrebatadora, ese no sé qué agarrador i penetrante de aquella mujer que tanto

podia tener treinta como cuarenta años. Habia en su aire esa languidez melancólica, esa indiferencia adormecida que parece ocultar tempestades, prometiendo estallidos de pasion, cosas ocultas i cosas imposibles. Lo cierto es que pertenecía a ese número, estremadamente raro, de seres que, una vez contemplados, se fijan en la memoria.

«—¿Como le vá, Señor?» me dijo con su voz lenta. «¿Ud me trae una carta del doctor Rozas? Sírvase tomar asiento.» I luego, volviéndose a las señoras que la rodeaban:

«—Si ustedes permiten...»

I rompió los extremos de la misiva, sellados con lacre.

La conversacion, interrumpida un momento, volvió a continuar con brios. Las damas se encontraban evidentemente acaloradas.

«—Prudencia Señores...»

—«Yo puedo decirlo todo, exclamó con enojo doña Mercedes, porque es conocida la lealtad de esta casa donde se venera mas que en ninguna otra la sagrada persona de nuestro Monarca, a quién Dios guarde muchos años. Yo soi más realista que el Rei, pero no puedo consentir en que los advenedizos vengan a ofender a la sociedad de Santiago en la persona de familias tan ilustres...»

«—¿Pero qué ha sucedido, hija? Tranquilízate...» le interrumpió una de las damas presentes.

«—Ahí es nada, contestó doña Mercedes abanicándose. ¿Qué no sabe todo Santiago lo que acaba de pasarle a don Anjel de Larrain i a mi hermano Martin con ese mentado brigadier Carrasco? Soldadote habia

de ser. Todavía me arde la cara de vergüenza, hijas mías. Si parece mentira. Pues, ellos que figuran sin duda entre los mas respetables, fueron a las Casas Reales animados de los mejores propósitos. Como saben ustedes, son mui pocas las personas conocidas que hayan visitado al nuevo Presidente que por cierto no le llega ni al talon a don Luis Muñoz de Guzman ni a ninguno de sus predecesores. Cuando me dijo Martin que pensaba visitarle, puse desde luego mala cara, porque me dió la corazonada i yo soi así. Pero como insistiese tanto, le agregué: Mira, anda, ya que vas en compañía de una persona tan respetable como don Anjel de Larrain. Así no mas pasaron las cosas... como yo lo preveia...»

«Don Anjel iba de punta en blanco i llevaba su capa con la Cruz de Santiago; Martin se puso uniforme de teniente-coronel de Milicias i partieron en carroza. Media hora despues volvian ámbos sulfurados. A Martin le corria el sudor. «Figúrate, hija, lo que nos ha pasado, me contó. Al principio la cosa iba bien. El Presidente nos hizo traer ulpo i aloja. Alentados por el buen recibimiento, entramos en confianza. I como nos espesara el tal Brigadier Carrasco el placer que le causaba recibir las visitas de la sociedad santiaguina que se habia mostrado tan descortes para con él, don Anjel le dijo que, por su parte, no lo estrañaba.—¿Cómo así? preguntó Carrasco poniendo mal jesto. I don Anjel, que es altivo, le respondió: «Los caballeros i títulos de Santiago no quieren pisar este Palacio miéntras vengan a ver a Usía personajes de poco fuste, indignos de codearse con el representante del soberano».—«Pues son mis amigos, contestó Carrasco airado i con jesto furibun-

do, i por el hecho de serlo, ustedes deberian recibirlos en sus salones.» A todo esto, hijitas, Martin se enfureció, contestando en tono tambien agrio: «Entónces, segun eso, deberian nuestras damas visitar a la negra Rita i recibirla en sus estrados debajo de palio...» Aquí ardió Troya. El Presidente, perdiendo completamente la cabeza, i ciego de cólera, se retiró de la sala despidiendolos...

—«¡Pero todo eso es inaudito! exclamaron en coro varias de las damas que pertenecian a lo mas encopetado de Santiago. «Ese hombre insulta a la sociedad entera. De seguro que en cuanto la noticia llegue a oidos de Su Majestad le manda destituir i le mete en una fortaleza en el Callao. Es preciso que se eleve un memorial al Rei. Nunca se habia visto una afrenta mas ignominiosa a un caballero de la encomienda de Santiago, i a un jefe de ejército, ámbos emparentados con las primeras casas de España.

—¡Jesus! qué hombre!

—«Pues yo que ustedes», dijo con voz plateada i tono tranquilo la condesa de San Juan «haría otra cosa...»

«—¿Pues qué?

«—Le mandaria de visita a Carrasco, con toda solemnidad i en carroza, al negro de la casa para que le hiciese compañía...»

Las damas celebraron la ocurrencia, i alabaron el donaire, echando miradas de soslayo a su traje, i preguntándose unas a otras, en voz baja, cuánto costarian las prendas i de dónde provendrian, esto de modo que la interesada no lo oyese, pues ha sido en todo tiempo

achaque femenino el de mezclar lo grave con lo fútil. Por otra parte, ya comenzaba a imponerse en Santiago la señora Condesa de San Juan.

Yo me quedé sorprendido. Acaso ninguna de las personas allí presentes acertó a comprender la valentía de la frase pronunciada por esta dama. Me encontraba en autos, pues el doctor Rozas había tomado precisamente la defensa del importante asunto judicial que había traído a Chile, a la Condesa. I aun cuando se ventilara ante la Real Audiencia, era conocido en todos los tiempos el influjo de los Presidentes sobre los Oidores, por lo cual la enemistad de Carrasco hubiera sido un gran peligro para sus intereses. Por otra parte, no podía ignorar la ilustre dama que precisamente mas de una de sus amigas había de repetir el dicho.

Miéntras las damas hablaban todas a un tiempo, comentando lo sucedido, se abrió la puerta para dar paso a un caballero de edad ya madura i de fisonomía simpática i noble, que avanzó lentamente. Era el teniente-coronel don Tomas de Figueroa.

Su rostro ovalado, sin barbas, de nariz recta, delicada cútis, ojos grandes i rasgados, de un azul profundo, la cabellera de largos i finos rizos, empolvada, la boca femenina, constituian un conjunto atrayente. Su cuerpo esbelto se hallaba realzado por un traje lujoso. Nadie hubiera dicho que ese hombre tenia sesenta años, era tal la vivacidad juvenil de sus movimientos de persona de corte. Ni tampoco hubiera podido adivinarse en la dulce i femenina espresion de su rostro la terrible energía que le atribuian las tradiciones de la guerra de Arauco, en donde mandaba uno de los cuerpos veteranos.

Hallábase de paso en Santiago, en cuya sociedad era muy apreciado por todos, i se murmuraban, en los estrados, las historias caballerescas en virtud de las cuales habia venido a Chile despues del rapto de una dama de honor de María Luisa, Reina de España, de quien era guardia de Corps, i de un duelo en que habia dado muerte a su adversario.

Su aire distinguido i caballeroso, su actitud de hombre de mundo i de corte daban a sus canas cierto aire juvenil. Habia pasado ya los sesenta, pero ¡qué bien los llevaba!

«—Señora, beso a Ud. los piés, exclamó desde el umbral, inclinándose. Doña Pepita, siempre Ud. tan fresca... Doña Mercedes ¿qué receta ha descubierto para estar tan bien conservada? Señora Condesa, soi su adorador mas decidido, el rendido esclavo de quien ha venido a enseñarnos el soberano poder de la belleza.»

«—¿Sabe Ud. cómo se contesta esas cosas en mi tierra?» respondió la dama, haciéndole un asiento a su lado.

«—Nó, señora.»

»—«¡Guai que lisura.» Pero si Ud. sigue con sus galanterías le podria ir mal.»

«—¿I si le espesara que la encuentro una Diosa, que me parece adorable ¿qué me diría?» murmuró el viejo caballero.

«—I si yo me rindiese ¿qué haria Ud?» le contestó la Condesa en el mismo tono.

A todo esto las damas acosaron a preguntas al coronel i le refirieron lo ocurrido con todo jénero de comentarios i de exajeraciones.

«—Señoras de todo mi respeto», interrumpió un caballero entrado en años i de fisonomía burlona. «Si todo lo que Uds. me cuentan no es nada...»

Era don José Antonio de Rojas.

«—¡Cómol!»

«—Nada, comparado con lo que acaba de ocurrir hoi en el claustro pleno de la Universidad de San Felipe...»

Las damas acercaron sus asientos con suma curiosidad i se volvieron todo oídos. Hé aquí mas o ménos lo que contó el anciano. Año atrás habia sido elejido Rector de la Real Universidad don Juan José del Campo Lantadilla. Al año siguiente fué reelejido. Segun los estatutos cada rector solo podía serlo una vez. Al concluir el segundo período, obtuvo del Presidente Muñoz de Guzman, le alargara su período por un año mas. Como nadie creyera posible que el Rector pretendiese prorrogar sus poderes, se presentaron nuevos candidatos, la ciudad se dividió en partidos, i estos comenzaron a tejer sus intrigas. En la soñolienta vida colonial de Chile, los capítulos de Conventos eran sucesos de extraordinaria importancia que provocaban luchas reñidas, i con mayor razon la provision de un cargo de la importancia de Rector de la Real Universidad, no tanto porque fuera el santuario de la ciencia, sino por el gran número de pomposos títulos que podia procurar, halagando la vanidad injénua de la época. Habia ochenta doctores pertenecientes a la corporacion.

El claustro se celebró el 30 de abril de 1808. Cual no seria la sorpresa de los pacíficos vecinos al ver ese dia un gran despliegue de fuerza militar. Colocáronse

guardias de Dragones en las boca-calles de la plazuela de la Universidad, situada en el sitio del actual Teatro Municipal, suspendiendo el tráfico. Un destacamento de infantería custodiaba las puertas de la Casa Universitaria. Muchos doctores, reunidos en la casa del propio don José Antonio de Rojas, se dirijieron en cuerpo al recinto de la facultad. El antiguo Rector del Campo, en cuanto vió a sus amigos reunidos, ajitó la campanilla, abriendo la sesion ántes de la hora fijada, con gran estupefaccion de los demas doctores. Muchos protestaron.

«—¿Ha citado Ud. a todos los doctores de la Real Universidad de San Felipe?» habia preguntado el Rector.

«—Sí, señor», respondió el bedel.

«—Pues lea Ud. ese oficio del mui ilustre señor Presidente.»

Todos comprendieron de qué se trataba, i la trama urdida de antemano. El Presidente Carrasco iba a prorrogar por un nuevo período, contra reglamentos i costumbres, el rectorado del doctor del Campo.

La agitacion fué grande i la irritacion jeneral. El Cura Rector de Santa-Ana, don Vicente Martinez de Aldunate se puso de pié exclamando con voz alterada i con suma enerjía: «—Yo me opongo a esa lectura. Nos hemos congregado aquí, no para oír oficios sino para elejir Rector.»

Don Juan José del Campo hizo presente que no se podia atropellar la voluntad del Representante de la autoridad Real, del señor Presidente del Reino.

«—Yo pido el cumplimiento de nuestras constituciones», reclamó con enerjía creciente Aldunate. «Protes-

tó contra los golpes de fuerza. ¿I qué significa este aparato de tropa i soldados de caballería i de infantería? ¿Que conspiramos contra el órden público? Es la imposición de la fuerza arbitraria a los que pedimos sean respetadas las disposiciones del soberano.»

«—¡El señor está faltando al decoro debido a mi persona i a la corporacion!» exclamó del Campo.

Formóse un altercado violento, en que las voces i denuestos se cruzaban.

Miéntras tanto los doctores iban llegando, con lo cual quedaba en extremo reducido el número de los parciales de don Juan José, e inutilizado el fraude de la anticipacion de la hora.

El doctor del Campo consiguió que fuera leida la órden del Presidente Carrasco, prorrogando por un año mas su Rectorado. En seguida, como se formase un gran tumulto de protestas, el Rector agregó, poniéndose de pié, con gran violencia:

«—Señores doctores: la órden del señor Presidente ha sido leida. Uds. han sido convocados para que oigan i se retiren.»

La mayoría se quedó sentada. «—Nosotros respetamos a la autoridad, exclamó el doctor Vera, pero no obedeceremos hasta despues de ser oidos.»

El doctor del Campo, en vista de la resistencia, tan extraordinaria dentro de los hábitos de sumision de la antigua sociedad colonial, perdió los estribos, i llamó al jefe de la tropa:

«—¡Señor Oficial! le dijo con voz destemplada, «haga salir inmediatamente a estos señores.»

El oficial dió un paso, i se detuvo amedrentado. En

el salon se hallaban reunidos muchos de los mas ilustres patricios de Santiago, venerables por sus canas, su riqueza, su posicion social, pues el título de doctor era buscado con ahinco, atendido el deseo de honores i distinciones de los criollos, i la imposibilidad de conseguirlos en una época en que era gran cosa llegar a Rejidor, Alcalde o Maestre de Campo.

El clérigo Martínez Aldunate avanzó hácia los soldados. «Señor oficial, le dijo con voz embargada por la emocion, diga usted al señor Presidente que respetamos profundamente la autoridad real i el prestigio que trasmite a su persona, pero que le rogamos nos escuche ántes de pasar por encima de nuestras constituciones. Sin duda le han engañado. La Real Universidad acata su decreto, pero lo suspende hasta no ser oida...»

Las señoras escucharon asustadas el relato de Rojas. Todo eso era mui grave. Nunca en Chile, hasta entónces, se había visto un espíritu semejante. Se sentia palpar en la atmósfera algo estraño i nuevo. Los pacíficos habitantes de Santiago se desconocían a sí mismos en esas actitudes de resistencia hasta ese momento nunca sospechadas. Las damas estaban sobrecojidas; guardaron el silencio de las emociones profundas, hasta que se pararon para despedirse.

## VII

En cuanto se encontró sola, recorrió la Condesa detenidamente la misiva que le habia entregado i en la cual se le pedian algunos documentos para el juicio que ventilaba. Hizo traer una caja de cuero tallado i esculpido, con flores plateadas sobre fondo de un rojo oscuro. En ese cofre, de cerradura de plata, guardaba sus papeles. Yo no perdía ninguno de sus movimientos tan ájiles i elegantes. Con el ceño lijeramente fruncido los recorria tomando unos i dejando otros.

Me ofrecí para ayudarla, pero declinó cortesmente. En eso estábamos cuando anunciaron la visita del doctor Martínez de Rozas.

Vestía el secretario de Gobierno con elegante seriedad, como correspondia a sus años de edad madura, un frac azul con abotonadura de oro, medias de seda i zapato con hebilla. Quitóse la capa i avanzó con paso tranquilo. Una sonrisa se dibujó en los labios de la Condesa.

«—Aun no he tenido tiempo, doctor, le dijo, de registrar los papeles que usted me pide. Las visitas no

me dejan vivir; la última se despedía hace pocos momentos. Una viajera, un ave de paso como yo, no solo se pertenece a sí misma sino a los demas. Usted disculpará...»

«—¿I de qué conversaban ustedes, señora de mi respeto, sino es indiscrecion?»

«—Murmurábamos del Presidente Carrasco; se comentaban las elecciones de la Real Universidad de San Felipe, i el incidente de los caballeros que fueron despedidos por el brigadier con sus encomiendas de Santiago i todo. Francamente, en esta casa, la mas realista de Santiago i la mas devota de Su Majestad el Rei, se trataba de mala manera al Presidente que no representa su autoridad como corresponde...»

«—Malo, señora, malo. Siento que se espresen así de una persona tan respetable como el señor Presidente.»

«—Pero si no decíamos mas que la verdad...»

«—Creo que habrán cometido sus amigas alguna indiscrecion, i aun cuando sea verdad cuanto se espone, no por eso se ha de publicar. Antes por la misma razon se ha de meter bajo siete estados de tierra, i para que usted vea que en este mundo, en que tiene tanto imperio i poder la mentira, no hai cosa peor que decir la verdad, como dice don José Antonio de Rojas citando a un autor frances: «—Si yo tuviera todas las verdades metidas en el puño de mi mano, me guardaria bien de abrirla, porque he visto muchos mártires por haber dicho solo una».

Al pronunciar estas palabras, Rozas sonrió con finura.

«—Pues yo abriria la mano», replicó la Condesa.

Hubo un momento de silencio entre ámbos, i las luces que un criado traia iluminaron su frente, fresca i tersa como la de una vírjen, i sus ojos negros de mirar franco, sobre los cuales proyectaban como un nimbo sus cabellos de oro.

«—I a todo esto, ¿dónde están los papeles que yo le pedia?» preguntó el doctor con su tacto frio de abogado i de hombre de mundo.

La Condesa, con paso rápido, se dirijió al cofre i sacó un legajo.

«—Que lo examine el Secretario» espresó Rozas. I yo me dirijí a una de las mesas, en el extremo opuesto del salon, junto a la luz de un candelabro de plata.

La Condesa de San Juan permaneció de pié, con el brazo apoyado en el respaldo de una silla, jugando con los flecos de un chal de espumilla bordado, de color lila, con que habia cubierto parte de su escote. Sus movimientos, pausados i medidos, indicaban ese estado especial del ánimo en que se mezclan el interes con el respeto, una expectativa i deseo, no precisado, de llegar a cierto punto.

El doctor Martínez la contemplaba, tambien silenciosamente, acaso con la misma admiracion muda que yo sentia, pero manteniendo con admirable fuerza la máscara de frialdad que le daba el absoluto dominio de sí mismo. Tambien queria llegar a su terreno.

¿A qué vendrá el señor Secretario de Gobierno, cuando acaba de mandarme su escribiente? debió preguntarse la Condesa.

«—La señora tiene interes en que toquemos alguna cuestion que no hemos tratado i que debe de ser im-

portante, ¿cuál será? meditaba sin duda Rozas, con su sonrisa enigmática i fina.

Hubo un momento de pausa durante el cual solo se oyó el ruido de los papeles que yo registraba. La Condesa hizo una seña imperceptible, indicándome con un leve jesto, a lo cual contestó su abogado con otro movimiento que significaba «no haya cuidado».

«—Señora, agregó a media voz, la parte contraria ha presentado un escrito poniendo *posiciones*.»

«—¿Qué es eso de *posiciones*?» Preguntó la condesa. Supongo que no serán las que se usan en guitarra. . . .»

«—En lenguaje forense, i con arreglo a las leyes de Partidas, esto significa una serie de preguntas con las cuales se pretende cojer al adversario.»

«—Ya caigo.»

«—I sería conveniente, señora Condesa, que nos pusiéramos de acuerdo sobre la manera de absolverlas, para que no se vea Ud. envuelta en las redes de los tinterillos. . . .»

La señora alzó la frente, i con la mirada tranquila i el continente imperceptiblemente altivo;—«Doctor Rozas, le dijo, a las preguntas que me hicieren contestaré sencillamente la verdad.»

«—¿Aunque pierda el pleito?»

«—Aunque lo pierda. Yo soi así, como Dios me ha hecho. Ud. bien sabe, Ud. que tan jenerosamente me ha ofrecido sus servicios, que en este asunto corre peligro una parte considerable de mis caudales. Conozco el mundo; bien sé que si llegara a ménos, si mis dineros se perdiesen, acaso ya no sería la misma condesa de San Juan. Los pergaminos, sin fortuna, de poco

valen, i acaso muchas amigas se alejarían dejándome en la soledad i en la tristeza... talvez desamparada. Pero no se puede faltar a la verdad en una raza en que nunca se ha mentido.»

«—Aun cuando acepto sus ideas sobre el mundo, señora, replicó el doctor, sin necesidad de lisonjearla, puedo asegurarle que el mundo la respetaría siempre, pues los caracteres nobles, como el suyo, concluyen por imponerse, aun sin las condiciones personales que Ud. posee, sin su belleza, sin su ingenio, sin sus encantos, cosa que yo tengo el derecho de nombrarle porque ya voy bajando la pendiente en la colina de la vida i ya tengo canas...»

La Condesa se sonrió, afirmó el codo en la silla, la barba en la mano, i dejó rodar involuntariamente un extremo de su chal, quedando al descubierto su admirable brazo, de carne trasparente, de cutis tierno a travez del cual se hubiera podido ver circular la sangre por las venas azules.

«—En cuanto a su litijio, señora, yo se lo ganaré de todas maneras, pero veo que no apreciamos la cuestion desde un mismo punto de vista. La obligacion de un abogado no es tanto el hacer presente la verdad, como el servirse de cuanto puede ser útil a su cliente; porque las leyes han encargado, no al abogado, sino al juez, descubrirla i sostenerla. Por consiguiente, es ocioso buscar las verdaderas opiniones de un abogado en sus alegatos, porque la naturaleza de ellas no las lleva necesariamente consigo; i el mismo Ciceron habla tan claro sobre el asunto, que no nos deja esperanza de descubrir por este camino su modo de pensar.—Se en-

gaña mucho, dice, quien juzga de nuestras verdaderas opiniones por los discursos que pronunciamos en el foro. Aquel es el idioma del empleo i de los negocios, en el cual no se debe buscar al hombre sino al abogado. Si los litigantes pudieran esplicarse por sí mismos, no tendríamos necesidad de letrados. Nos llaman para que digamos públicamente, no lo que nosotros pensamos en nuestro interior, sino lo que pide el interes de la causa. Quintiliano, conformándose con estas ideas, juzga que el abogado mas prudente, mas pundoñoso i mas atenido a los principios de la justicia natural, no debe hacerse escrúpulo de valerse de toda suerte de argumentos para obtener la victoria en la causa que defiende.» (1)

La condesa le dirigió una mirada penetrante.

«—Ahora principio a comprenderle, doctor, le dijo. No necesito darle gracias, cuando las palabras en personas como nosotros, que ya se conocen, están de mas. ¿No es cierto?»

«—Así es, señora.»

«—I ahora, pasando de mi asunto al suyo, confíeseme, doctor, que esta visita, tan amable i que tanto aprecio, tenia tambien algun otro objeto.»

«—Así es, señora, veo que Ud. me va calando. Ud. tiene una sobrina encantadora, permítame decírselo, conociendo que nunca se debe alabar la belleza o

---

(1) *Nota*—Las palabras anteriores, que esplican toda su conducta en esa época fueron realmente escritas por Martínez de Rozas. Amunátegui, *La Crónica de 1810*, páj. 147. Muchas de las frases de los personajes que presentamos son igualmente históricas,

los encantos de una mujer delante de otra que tambien...»

«—Ya, ya... decia Ud. que mi sobrina, casi mi hija...»

«—Diga Ud. su hermana mayor».

«—Sabe muchas cosas, i no porque sea instruida; i algo que se roza con Ud.»

El ceño del doctor se frunció brevemente en una contraccion imperceptible para los que no tuvieran la costumbre de verlo.

«—¿I qué sabe de mí?»

«—Ha escuchado involuntariamente, los planes revolucionarios que Ud. espuso a sus amigos, en casa del conde de Quinta Alegre. Ud quiere que los chilenos se concedan a sí mismos un Gobierno, prescindiendo de las autoridades españolas. Eso puede llevar a la horca o a los castillos del Callao, doctor...»

«—Ya lo sabia. Pero quiero tener una patria aun cuando sea en el fondo del mar, o debajo de seis piés de tierra.»

La condesa le contempló sorprendida, sin ocultar un movimiento de emocion.

«—Señor doctor, le dijo, en cuanto a mí, todo lo pospongo a la fidelidad al rei i a mi devocion a Dios. Soi realista de raza i de sentimientos, por mis anhelos i por las palpitaciones mas intimas de mi alma. Estoi dispuesta a todo jénero de sacrificios para mantener mi fidelidad i la de mi familia al monarca desgraciado. Somos, pues, adversarios irreconciliables.»

El doctor Rozas se puso de pié i cojió su capa.

«—Ahora, señora condesa, le dijo en tono grave, me

voi tranquilo, despues de llegar con graves ansiedades. La conozco. Ni de Ud. ni de su sobrina abrigo el menor recelo; guardarán mi secreto fielmente i con la hidalguía tradicional de los Zavala i Loaysa.

«—Le juro, replicó la dama, que nadie sabrá por mí cosa alguna de lo que a Ud. pudiera referirse. I seremos amigos, agregó, alargándole su hermosa mano con espresion sincera i abierta.

I luego, despues de una breve pausa, dijo, cambiando de tono:

«—¿Querria Ud., señor licenciado, ser tan bondadoso que me sacara de una duda?

«—Con el mayor gusto, señora.»

«—¿Cuáles eran las famosas posiciones o preguntas, de cuya respuesta acaso dependian mi fortuna i el éxito de mi litijio?»

Martínez de Rozas abandonó por un instante su impenetrable máscara de frialdad i soltó una carcajada. En seguida, sacando de su bolsillo un pliego que tenia escrita la palabra «posiciones que deberá absolver la señora doña Dolores Zavala, condesa de San Juan», lo pasó a ésta con silenciosa i cómica gravedad.

Ella lo desplegó, abrió mucho los ojos i quedó perpleja: estaba en blanco.

«—Si Ud. me perdonara, señora, le confesaría que las tales *posiciones* jamas han existido. Yo quise someter a prueba el temple de su alma, i veo que su jenerosidad, su rectitud i su hidalguía están por encima de los intereses que mueven el comun de la jente. Por eso le dije que estaba seguro de mi secreto; gracias infinitas i perdóneme.»

Pronunciadas estas palabras, no sin emoción, el doctor Rozas besó con respeto la mano de la condesa i desapareció.

Miéntas yo cerraba el cofre separando los papeles que podían serme útiles, observé a la ilustre dama sentada en un sillón junto al braceró. Sus zapatitos bordados de plata se agitaban nerviosamente sobre el cojincillo del piso; su cuerpo flexible se inclinaba descubriendo las hermosas curvas de su pecho; sus ojos se perdían en vaguedades lejanas. Hubiérase dicho que doña Dolores de Zavala era la estatua de la meditacion.

## VIII

Los días se sucedían a los días en medio de la agitación creciente de los espíritus. Santiago ya no parecía la ciudad soñolienta i apática de la colonia, sino un cuerpo en el cual se revelan los primeros síntomas de la fiebre. La ciudad entera comenzaba a sentirse conmovida por un malestar inquieto, por algo que circulaba en la atmósfera sin que nadie se diera cuenta precisa de qué lo enjendraba ni en qué consistía. Suele pasar con las emociones morales lo que con las epidemias: estallan de repente, i producen una perturbación jeneral en el organismo humano, sin que nadie acierte a señalar el punto preciso en que el mal tuvo su comienzo. La conmoción del país era intensa. No se hablaba de otra cosa en calles i plazas, en las tertulias, en las reuniones de las casas particulares i de las tiendas, i en las barberías, particularmente donde el tío Lúcas, sino de la invasión francesa en la península. Los reyes habían sido depuestos. El Emperador de los franceses, el Napoleón que había vencido tantas veces a los ejércitos europeos pretendía hacerse dueño i señor de España.

La historia de Napoleon i de sus triunfos aparecia como una leyenda fabulosa i romántica. El pobre i flaco teniente de artillería que comenzaba a distinguirse en Tolon, i cojia la bandera del rejimiento en Arcola, para subir a jeneral en jefe, Cónsul, Emperador i árbitro de Europa, aparecia a los ojos de los americanos como un sér sobrehumano i fantástico.

¡I con qué estraño sentimiento no debian de mirar a un sér que se levantaba del pueblo llegando a la cima de los honores, esos pobres criollos de una colonia oscura, a los cuales solo tocaba como supremo aliciente el ser Maestres de Campo, el comprarse una vara de Rejidor, o ser Comandantes de Milicias! Pero se protestaba mucho i mui fuerte de la fidelidad al monarca, don Cárlos IV i su hijo don Fernando VII.

Miéntras tanto, yo continuaba en la casa de don Mateo de Erazo, que tan paternalmente me trataba, pero asistia diariamente a las Cajas Reales, para ayudar, como escribiente, al Asesor don Juan Martínez de Rozas. Toda la correspondencia de Gobierno pasaba por mis manos, tanto las notas con el Cabildo, como las cambiadas entre el Presidente i la Real Audiencia. Allí, tambien, por la secretaría comenzaba a notarse un olorcillo a pólvora i un viento de motin. La Audiencia rompía lanzas con el brigadier García Carrasco, a quien no perdonaba su violenta elevacion, postergando la persona del Rejente.

A las once en punto de la mañana, me encontraba enfrente de mi mesa de escritorio, pluma en ristre, esperando la llegada del doctor Martínez, hombre en extremo activo, ocupado en dictar cartas i notas, en

visitar a medio mundo, en concurrir a tertulias variadas, insinuando ideas, concertando planes i fraguando, en silencio, una vasta conspiracion que se ajitaba informe en los distintos círculos, sin que nadie presumiera de conspirador, como el personaje que hablaba prosa sin saberlo. I él mantenía los hilos que ataban a esos distintos círculos, ajitados por unas mismas aspiraciones, i sin conocerse entre sí. Metido en las intimidades de su gabinete, yo veía la intencion de su mirada fria e impasible para todo el mundo. No dejaba de notar cuando se refregaba las manos de júbilo, al ver que el brigadier García, por una violencia de carácter, se había malquistado con dos de las mas influyentes e importantes familias de Santiago profundamente heridas con el desaire.

Martinez de Rozas hacia su juego al estilo del rei Luis XI, dividiendo sin cesar; cortando una por una, las ligaduras que unian al poder real, al representante del soberano, con la sociedad santiaguina; haciendo que el Presidente chocara con la Real Audiencia, i, si era posible, con parte del clero i de las comunidades religiosas, que tanta influencia social ejercian. Al mismo tiempo, su accion converjia en aumentar i acentuar la fuerza del Cabildo de Santiago, para convertirlo en una especie de Convencion i eje del nuevo gobierno. Todas las partes de su plan se ligaban, pues, chocando el Presidente con la Audiencia, para apoyar i robustecer su propia accion tenia que aumentar la importancia i el prestigio del Cabildo.

Nada de esto aparecía en público. Miéntras el doctor Martinez trabajaba, llenaba yo carillas, en mi empleo

recibiendo humildemente a cuantos querian importunarme, a pesar de la tradicional soberbia i descomedimiento de los empleados públicos.

A eso de las diez ya comenzaba el movimiento en las Cajas Reales. Bajaba el señor Presidente i brigadier Garcia Carrasco al desempeño de sus importantes tareas de gobierno, tal como él las entendia. Resonaban sus pasos, un tanto lentos i pesados, como sus años lo consentian, i asomaba por las anchas galerías la figura bonachona, a veces adusta del Excelentísimo señor brigadier. Era de estatura mediana, en extremo cargado de hombros, i su cara tenia cierta espresion de desconfianza mezclada con debilidad. Como a todos los hombres indecisos, solian agradarle ciertos actos bruscos, violentos e inesperados que él tomaba como razgos de carácter, quedando, con esto, no poco ufano de su persona. Era en extremo vanidoso, i se complacia en desplegar cierto lujo ostentoso, una suerte de aparato militar en ciertos momentos. En cambio no daba ninguna especie de fiestas o saraos, ni gastaba el lujo i el buen tono de los Presidentes anteriores, del Pino, Muñoz de Guzman o Marin de Poveda, grandes señores de nacimiento, con quienes contrastaba así por su falta de distincion i de maneras, como por su carencia de boato i su oríjen modesto. El orgullo de los criollos no le perdonaba cosa alguna. Consideraban como un desacato el verse gobernados por un hombre de su especie; veian, en las disposiciones rejias que los colocaban en situacion semejante, una especie de humillacion impuesta a sus colonias por los soberanos.

A todo esto, miéntras resonaban los pasos lentos i

pesados del señor brigadier por los corredores de las Casas Reales, solía escucharse una voz atiplada que le gritaba desde el fondo:

«—Excelentísimo señor brigadier, vuelva usía, que ya está pronta la jícara de chocolate que le mandó el señor canónigo, con bollos de las reverendas madres Rosas. Vuelva usía, que está de chuparse los dedos ¿o quiere que se la mande para la sala de gobierno?»

Era la negra Rita, ya un tanto vieja, que asomaba su cara adornada con lacitos de cinta roja, i sus dientes blanquísimos i bien alineados, como filas de perlas ensartadas en una mancha de tinta. Se sacudía la cabellera ensortijada de la negra, ajitábanse sus labios gruesos i granates, i mantenía su diálogo a gritos con el señor Presidente que le contestaba dando voces desde el extremo opuesto del patio de las Casas Reales. A veces, con frívolos motivos, formaba la negra una alharaca de dos mil demonios, ajitaba manos i brazos, movía su cuerpo esbelto i firme todavía, en una discusion acalorada con el señor brigadier que en vano trataba de hacerla callar. Ella se le imponía, le dominaba, le mandaba con toda la fuerza del hábito i con tono a veces tan chillon como imperioso. ¿Era, en realidad, una Madama de Pompadour, una favorita al estilo de Luis XV pero de carácter tropical?

¿O bien, no pasaba de su carácter de llavera, mui entendida en achaques de cocina, en materia de guisos sabrosos, de postres, dulces i cosas domésticas? El punto no ha sido bien aclarado, a mi juicio. Sin embargo, en la aristocrática sociedad de Santiago, se hallaban todos convencidos de la culpa del Presidente Carrasco

i les condenaban, a velas apagadas, tanto a él como a su favorita. Es de presumir la indignacion de las virtuosas matronas de una sociedad estirada i de costumbres severas, ensimismada en sus algo fantásticos pergaminos i en sus tradiciones relijiosas, en las cuales la asistencia a misa, el rezo del rosario i el cultivo de las virtudes teologales consumian la vida entera.

Aquel dia el señor Presidente habia amanecido de buen humor. No puso dificultad en que le llevaran la jícara de chocolate al sitio en que administraba justicia, sentado sobre un sillon de baqueta detras de una alta mesa de nogal. Dejóse caer sobre el asiento, con las piernas abiertas, miéntras el oficial que le acompañaba a todas partes iba en busca del señor asesor. El escribiente, se arrimaba a un costado de la mesa i esperaba, atentamente, las decisiones del brigadier. Este se complacia, como llamaba él, en administrar justicia, oficio del todo ajeno a su carácter de Presidente. Como todas las causas importantes iban a la Real Audiencia, con arreglo a las disposiciones de las leyes de Indias, Carrasco se limitaba a los juicios menores de ratería, a los pleitos de artesanos i de jente de poco ménos, a los asuntos de policia, i a otras cosas del mismo jaez.

«—A ver esa pareja!» exclamó, divisando un roto de manta listada de colores, bonete maulino alto i puntiagudo, calzon corto, seguido de su mujer, una *china* con aspecto indíjena.

«—¡Acércate, no mas, que no me como a la jentel... El roto se quitó el sombrero, dándole vuelta entre las manos, i con pasitos de lado se fué arrimando a la mesa, con los ojos fijos en el suelo.

«—¿I por qué te traen preso, vamos a ver, bribon?» le dijo el Presidente.

«—Porque... Usía disculpará... dei que los probes no saben defenderse... ei e's...»

«—Anda lijero, que no tengo tiempo que perder, i debo despachar muchos asuntos» agregó Carrasco.

«—Pús... por enamorao...»

«—Ese no es delito», exclamó el Presidente i todos los asistentes, reos, soldados, escribientes i testigos se echaron a reir celebrando la respuesta del mandatario.

«—Lo trajeron preso porque le estaba arrimando una paliza a su mujer» agregó un sarjento.

«—¿I dei? no lo hicia yo? replicó el roto con voz triunfante. «Quien te quiere te aporrea... si me agarraron por enamorao...»

A todo esto la mujer, que permanecía callada, se echó a llorar a todo trapo, i el brigadier Carrasco, hombre de buen corazon, le dió un real para que se fuera contenta i amenazó al marido con un mes de calabozo para cuando volviera a las andadas.

Luego trajeron a un ratero que andaba robando bolsas en las iglesias. El brigadier, en tono burlon le pidió que a su presencia, le sacara la caja de rapé al Secretario.

«—Si lo haces sin que te descubra, te perdono, agregó. Tienes todo el tiempo de la audiencia.»

El ratero, un mozo largo i flaco, alias *el laucho*, quedó en libertad momentánea para obrar dentro de Palacio.

Miéntras el Presidente despachaba muchos otros

asuntos del mismo jaez, avisaron a Su Excelencia que venia a visitarle el Ilustrísimo señor Vicario doctor don José Santiago Rodriguez.

Carrasco, apresuradamente comenzó a componerse el chaleco, que se desabotonaba a la hora del almuerzo i del despacho, i se dirigió a la sala de recibo, haciendo una seña a sus amigos Damian Seguí, Jerónimo Villalba i Juan Bolados, para que le siguiesen. Eran estos, comerciantes españoles de mínima cuantía, quienes componian la tertulia íntima del brigadier Carrasco i solian acompañarle en sus paseos por las calles.

Entraron todos ellos con mal jesto a la sala del Presidente, pues no les agradaba ningun jénero de etiquetas.

«—Ardia en deseos de visitar a V. E.» dijo en tono cortésano el Vicario Capitular.

«—De igual modo me complace la visita de un prelado tan virtuoso i digno como Su Señoría» replicó galantemente el brigadier, añadiendo, miéntras el Vicario bajaba los ojos con falsa modestia. «Apesar de la mala reputacion que tenemos los militares, oigo misa todos los dias i me rezo mi buen rosario despues de cenar...»

«—Bueno... bueno... así se hace mejor la dijestion» agregó el Vicario con una sonrisita.

«—I así me hago perdonar mis pecados...» agregó el Brigadier.

«—¡Cómo! tambien peca Su Excelencia!» Agregó el Vicario. con un acento de admiracion que hubiera envidiado un abate del tiempo de Luis XV, hablando con el monarca, así como estrañado de que los grandes tambien pecaran.

«—¡Ja! ja! si, mi reverendo, tambien peco... soi aficionado a las cartas...»

«—¡Pero si una tan gran Santa como la nunca suficientemente ponderada Teresa de Jesus las escribia...»

«—¡A mi me gustan las de baraja!... i le confieso otro pecado, mi reverendo, yo me muero por las riñas de gallos...» agregó el brigadier.

«— ¡Las distracciones honestas moralizan la vida!»

Despues de un momento de silencio, el brigadier Carrasco, poniéndose de pié, invitó a su Ilustrísima a conocer sus gallos de pelea... si no le molestaba.

«—¡Con el mayor placer!»

Pasamos todos a un patio chico, en donde un muchacho fué sacando, uno a uno, diversos gallos que dieron su vuelta por el patio, aleteando, los unos, sin saber que hacerse, los otros, i como desorientados casi todos.

«—¿Qué le parecen mis gallos a Su Ilustrísima?» preguntó el brigadier con tono triunfante.»

«—Pues soberbios! señor Presidente.

«—Cada uno tiene su nombre, dijo con una risita el Presidente. «Ese gordo i viejo, de andar perezoso ¿a qué no adivina como se llama? Es don Nicolás Matarras.»

Todos los circunstantes soltaron la risa al oír el nombre de uno de los vecinos principales.

«—Ese otro gallo, jóven i vivo es... Don José Miguel Infante... I ese otro que marcha tan echado para atras, como si se hubiera tragado mi baston, es el señor Marques de Casa Real...»

I miéntras el Presidente mostraba sus gallos, uno por uno, enumerando prolijamente sus cualidades i defec-

tos, entre risas del Prelado, comentarios de Damian Seguí, chistes de taberna proferidos por Villalobos, i risas de los acompañantes, de cuando en cuando se aparecía el asesor don Juan Martínez de Rozas, decia dos palabras al oído de Carrasco i éste cojía la pluma para firmar los papeles que le pasaban.

En uno de sus viajes, el doctor Martínez alargó una série de órdenes que el Presidente firmó con lentitud.

«—Al gallo viejo que le mostré al principio me ha pedido la Rita que le mude nombre...» dijo...

«—Quiere que le ponga: «El Señor Conde de la Conquista»...

I luego, despues de escribir, añadió el Presidente: «Ahora sí que va a quedar contento el señor doctor Martínez de Rozas, mi ilustrado i digno asesor. Acabo de firmar los nombramientos de rejidores auxiliares del Cabildo de Santiago en los señores don Manuel Salas, don José Antonio Rojas, don Juan Manuel de la Cruz, don Antonio Martínez de la Matta, don Ignacio de la Carrera, don Francisco de Borja Larrain, don José Pérez García, don Tomas Ignacio de Urmeneta, don Joaquin López de Sotomayor, don Juan Enrique Rosales, don Antonio del Sol i don Pedro Javier Echevers».

«—Son todas personas mui respetables, espresó el prelado, frunciendo el ceño.

Carrasco que tenia un gallo cojido entre sus manos, observaba atentamente al prelado.

«—¿Que no le agradan los nombramientos al señor vicario?» Interrogó.

«—Francamente, contestó Rodríguez Zorrilla, encontrando que no pueden ser mas acertadas las designa-

ciones de Su Excelencia, debo confesarle que no soi partidario de las innovaciones. Yo no veo la necesidad de convertir el Cabildo en Asamblea Constituyente como la de Francia durante la revolucion».

Martinez de Rozas, que alcanzó a pescar la frase, le dirijió una mirada implacable i fria, burlona i sangrienta, que hizo bajar los ojos al vicario. Entre ámbos existia, por lo bajo, un duelo a muerte.

«—Ha sido preciso consultar los intereses superiores de Su Majestad, contestó el doctor. El Cabildo, compuesto de personas de considerable importancia ha pedido al señor Presidente que nombre doce vecinos para que, en calidad de rejidores auxiliares, concurren a todos los negocios i en particular acerca de socorrer a Buenos Aires para el caso de que este reino fuera invadido por sus enemigos. Con esta medida, el señor Presidente podrá atraerse la buena voluntad de sus gobernados, que andan ahora un poco frios i remisos en acudir al representante del Rei. Por desgracia, los salones de Palacio no andan llenos con las personas i adhesiones traídas al señor Presidente por los jefes de la Iglesia.

Rodriguez Zorrilla, al oir esto, se mordió los labios.

«—Por lo tanto, agregó el asesor, la medida que acaba de tomar el señor Presidente, aumentando el número e importancia del Cabildo, no puede ser mas acertada. ¿I si no esperan ni una pobre vara de rejidores, qué se puede ofrecer en cambio de su fidelidad, adhesion i sacrificio, a los vecinos de esta villa? ¿Piensa conseguirles títulos de Castilla, el señor vicario, utilizando para eso sus valiosas relaciones en la Corte?»

Rodriguez Zorrilla ni sabia qué contestar ni qué cara

poner, i sonreia bajando los ojos, esperando tomar su revancha cuando llegara el momento propicio.

El brigadier Carrasco soltó un gallo j6ven que se puso a cantar, mui entonado, en medio del patio. «Ese parece el doctor Rozas» le dijo al oido al vicario, como para consolarlo.

De ah3 a poco, todos volvieron a la sala. El doctor iba triunfante, sin poder disimular, a pesar de su ordinaria frialdad, el entusiasmo que le produc3a su triunfo con los nombramientos del Cabildo. El vicario pon3a buena cara a mal juego. Damian Seguí, en compa3a de Villalobos, iba comentando las cualidades i condiciones de los gallos. El Presidente los escuchaba con interes. En la puerta del segundo patio, un muchacho flaco i desmadejado se acercó al se3or Presidente, i puso en sus manos una tabaquera con rapé.

«—¿I tú qui3n eres?» le preguntó Garcia Carrasco.

«—¿Qu3 se ha olvidado ya Us3a de su encargo? Yo soi «*El Laucho*» i esta es la tabaquera del se3or secretario...»

«—¡Ah! pillol!» exclamó 3ste, mi3ntras el Presidente daba la se3al de la risa soltando una carcajada.

«—Vete en paz, «*Laucho*», i no abuses de mi paciencia!» dijo al pillol.

Entre tanto, el doctor Rozas, llamándome a una esquina, me dijo en voz mui baja:

«—Anda, Rafaelillo, a casa del marques Rojas i donde el de Quinta-Alegre i díle que los nombramientos est3n hechos i *que la cosa marcha*. Este es un dia memorable».

## IX

Sin saber cómo intimité relaciones con el alférez de Castro, a quien tocaba amenudo la guardia en las Cajas Reales, donde me encontraba empleado. El tiempo había disipado aquellos celos furiosos que tuve cuando le conocí en la casa de Quinta Alegre.

En realidad mis enojos eran injustos, pues el jóven no pensaba en cortejar a Carmencita.

Así lo vine a comprender, con lo cual desaparecieron las malas impresiones de la primera noche. No tardó él, por su parte, al ver que yo le interrogaba disimuladamente respecto a la niña, en darse cuenta cabal de mis sentimientos. Hube de revelarle, mui apesar mio, ese que yo juzgaba un loco sueño de ambicion amorosa. De no hacerlo así, quizás hubiera reventado con mi secreto a cuestras. Era tan dulce juntarme con alguien para hablar de ella, recordando sus frases, los rasgos de su carácter injénuo i puro; i ver, al mismo tiempo, que otros la encontraban linda i admiraban sus hechizos, si bien no podian comprenderlos como yo.

Al caer de la tarde, pues en el Santiago de entónces mucha jente comia a las cinco, solíamos ir a matar un

rato en el Café de Lampaya. No eran esos establecimientos como los de ahora, sino primitivos i pobres. Los altos, situados en el mismo lugar que ahora ocupa el Portal Fernandez Concha, tendrian unos tres metros de altura sobre el nivel de la Plaza. Formaban un gran salon, que servia tambien de comedor i de sala de juegos de *carteo*. Una multitud de personajes de edad madura i algunos jóvenes se sentaban a las mesas de madera de «patagua» buscando distraccion en la malilla, «el mediator», «la primera», «báciga» i el conocido «monte». Desde medio dia comenzaban a llegar los parroquianos.

Habia tambien una detestable mesa de billar, alumbrada en la noche con velones de sebo colocados sobre unas cruces de madera que pendian del techo. En los intervalos en que no se jugaba, se apagaban todas las luces ménos una, dejando la habitacion casi en tinieblas. En cuanto se *armaba* un partido, los jugadores cojian los tacos, emparejándoles con lima la punta que apoyaban en seguida en la pared, haciéndola jirar como si fuera molinillo. Las paredes estaban blanqueadas i llenas de hoyos por este motivo. Como los tacos no tenian suela, era frecuente rompiesen el paño, remendado al dia siguiente. Los mozos enrollaban sus camas debajo de la mesa del billar. En las mesillas se jugaba i se tomaba refrescos, en medio de la humareda de los cigarros, i del rumor de las conversaciones, interrumpidas por las disputas de los que discutian una jugada. Tal era el café de Lampaya en 1809.

El alférez Castro i yo nos sentábamos en una mesa del rincon, cerca de la ventana.

Las conversaciones estaban agitadas aquel dia. Comentábanse vivamente las noticias traídas por la *Gaceta de Madrid*. Despues de la revolucion de marzo, el Rei Cárlos IV habia abdicado la corona en su hijo Fernando VII, i éste habia pasado a ser prisionero de Napoleon. Los franceses querian adueñarse de España, pero jamas nos mandarian a nosotros.

Ya iba pareciendo difícil que pudiera mantenerse la independencia de la madre patria, desarmada i sin ejército, en presencia de los vencedores de Europa, con miles de cañones, i millones de soldados, abundantemente provistos de todo jénero de recursos. A muchos comenzaba a palpitarnos aceleradamente el corazon ante la idea de ser dueños de nuestro propio destino, de tener un gobierno propio i figurar entre los pueblos libres, en vez de ser una de las últimas colonias españolas. Pero esto se decia a media voz, como un rumor vago que alcanzaban a percibir, sin embargo, con furia los partidarios del réjimen español. América podia despertar; el pueblo de Buenos Aires, deponiendo al virrei Sobremonte, habia dado un ejemplo terrible.

En el café se hablaba de todo esto; decíase que el Cabildo de Santiago se habia declarado en contra del usurpador, pronunciándose por la fidelidad al Rei Fernando VII. Se habia resuelto, ademas, armar dieziseis mil soldados i disciplinarlos, para resistir una invasion extranjera, estableciendo nuevos impuestos para subvenir a las necesidades. Sin embargo, en los corrillos del café, muchos sostenian ya públicamente que era ilejítima la autoridad de la suprema Junta de Sevilla, por estar oprimido nuestro soberano i haber obedecido el

Consejo de Castilla despachos de Napoleon. Casi nunca los movimientos políticos van descubierta i francamente a su verdadero fin, sino de una manera velada i sufriendo en el camino, como las mariposas, una serie de metamórfosis.

Don Santos Chocano, sentado junto a una mesa, disertaba con otro caballero viejo sobre los asuntos del dia.

«—Dicen, espresó, que la Junta de Sevilla ha designado de Comisarios Réjios, para que la representen en Chile a los señores don José Santiago Luco, capitan de ejército i a su primo el alférez de navío don Eujenio Cortes. Es mui posible que el Cabildo de Santiago los reciba, pero creo que van a sacar un pan como una flor...»

I así sucedió efectivamente.

Poco despues el Cabildo de Santiago nombraba representante en la Corte de España a don Joaquin Fernández de Leiva, encargándole la modificacion de las leyes que se oponian a su desenvolvimiento industrial, i comercial así como el ensanche de las facultades i prerrogativas de los cabildos.

Don Santos Chocano habló tambien, acaloradamente, de los desaires que el Presidente Carrasco hacia al Cabildo, invadiendo sus atribuciones; ya se encontraban en lucha el Representante del Rei con la sociedad santiaguina. Por todas partes se veian intrigas i cábalas. El doctor Garfias, de prestigiosa posicion social, i de influencia decisiva en el gobierno de Muñoz de Guzman, por su habilidad artificiosa, habia encontrado en Martínez de Rozas un rival temible que le habia minado el terreno,

derribándole de su puesto de Escribano de Gobierno i haciendo poner en su lugar al clérigo Meneses.»

«¡I qué no se decia del escándalo del *Scorpion*, ese buque ingles cuyos tripulantes habian sido llevados insidiosamente a una celada infame para asesinarlos i robarles el cargamento del buque! Se habia tomado para esto el nombre de un marques, persona ilustre, ignorante de semejante crimen, en el cual aparecian complicados, nada ménos que Damian Seguí, el íntimo amigo de Carrasco, i un tal Arrúe, comerciante español de Santiago i tambien grande amigo de Carrasco, el subdelegado señor Carrera i otros personajes del mismo jaez. Decíase que el Presidente habia recibido una parte del producto de tan horrendo crimen. El Marques calumniado habia demostrado plenamente su inocencia, señalando a los verdaderos culpables. La opinion social, ya pronunciada en contra de Carrasco le señalaba con el dedo.

«—Yo creo que la codicia de la negra Rita ha empujado al Presidente,» interrumpió a don Santos su interlocutor.

Así a los ojos de todos, iba creciendo el desprestijio en que se hallaba envuelto el Presidente Carrasco. Manchas de sangre i de fango, exajeradas o calumniosamente atribuidas al brigadier gobernante le salpicaban a los ojos de la jente. En los estrados, en las barberías, plazas i cafés, se hablaba a media voz del asunto del *Scorpion* i se evocaba el cadáver del desgraciado capitán ingles asesinado con sus compañeros a traicion; junto con esto, aparecia como inspiradora la codicia de la negra Rita, la supuesta favorita i dominadora de

palacio, la Pompadour negra que mantenía hechizado a ese Luis XV.

Como se hiciera ya tarde, en punto que daba las nueve el reloj de los antiguos Teatinos, bajamos con el alferez de Castro la corta escalera que conducía al piso bajo i salimos a la calle. La noche estaba oscura como boca de lobo. Por aquellos tiempos corrían las acequias a tajo abierto por la mitad de las calles. El pavimento era detestable aun comparado con el que se usa hoy día. De cuando en cuando divisábase a lo lejos el farol del *chino*, como se llamaba al sirviente criado en la casa desde la infancia i en condicion de cosa mas que de hombre; tras de él marchaba de ordinario alguna persona que iba o volvía de visita. Aquella noche nos cruzamos con cuatro o cinco faroles, cosa desusada i que indicaba en la sociedad gran movimiento.

«—¿Qué pasa con tanto farol?» pregunté a mi amigo de Castro.

«—Creo que esta noche hai sarao en casa de don Julian de la Cerda, me contestó, con motivo del día del santo de la señora.»

Echamos a andar fumando un cigarrillo. No bien habíamos recorrido unas tres cuabras cuando vimos, de nuevo, a lo lejos la luz de otro farolillo.

«—Vamos, esos también serán de la fiesta, agregó el alferez.

El farolillo adelantaba, mientras nos deteníamos en la esquina para despedirnos; su lucecilla se movía como la de una ánima en pena, vacilando, bajando o subiendo con los accidentes del terreno en calles disparejas. De repente, la luz desapareció i se oyó un grito de «¡la-

drones! socorro!» Los asaltos al anochecer eran frecuentes en una época como aquella, sin alumbrado público i sin la vijilancia de los *serenos* que vinieron despues, custodiadas, tan solo por las rondas, cuyos movimientos vijilaban los malhechores por medio de «*loros*», para acometer a los pasantes en cuanto se alejaba la ronda.

Continuaban los gritos, por lo cual el alferez Castro desenvainó su sable i yo saqué mis pistolas, sin las cuales no salia nunca de noche. En la carrera que emprendimos en socorro de los asaltados Castro se fué de bruces. Yo acerté a ver la figura, que me pareció sospechosa, de un individuo que perseguia a otro i vi el relámpago de un disparo. Al punto huyó el asaltante. De un grupo formado junto a una puerta cochera se desprendió entónces otra sombra. Hice fuego al azar, pero con mala fortuna. El alferez, que se habia levantado, salió a cortarles el camino.

Miéntas tanto yo me acerqué a los del grupo, que debian de ser los asaltados. Oíase la voz de una señora que rezaba a grito herido, como era costumbre en aquellos tiempos en los grandes peligros como temblores i salteos.

«—No tengan cuidado, señoras, les dije, que ya ustedes están salvadas i los salteadores huyeron. La conduciremos a su casa en compañía del alferez de Castro que ahí viene...»

Oí entónces una voz i me pareció que soñaba. I la oí, como se oyen las músicas del cielo.

«—¿Es usted Rafael? pues que Dios se lo pague. No podia ser otro nuestro valiente salvador. La divina

providencia lo ha puesto en nuestro camino.» Era Carmencita.

Yo escuchaba esa voz que vivía en mi recuerdo encantado i feliz, interrumpiendo con protestas las exajeradas muestras de agradecimiento que proferían las señoras del grupo. Luego abrieron la puerta de una casa vecina, a donde hicieron entrar a las señoras i llegaron con luces a favorecernos.

Pude reconocer, entónces, a Carmencita, acompañada de su madre doña Josefa, de Isabel de Loayza amiga suya, i de la Condesa de San Juan. Todos hablaban a un mismo tiempo, sin poderse entender. En medio de los gritos i de las exajeraciones, comprendí que iban al sarao del señor de la Cerda, en compañía de don Jerónimo Santibáñez, del Coronel Figueroa i del chino. I cuando iban mas seguros, una pedrada derribó el farol, con lo cual, comprendiendo que venían salteadores hubo un «sálvese quien pueda». Don Jerónimo echó a correr por un lado i el chino por el otro, miéntras el Coronel perseguía a los ladrones haciéndoles fuego i las mujeres se guarecían en una puerta, esperando auxilio i dando gritos. Nuestra oportuna llegada i el estrépito de las armas de fuego habían contribuido a salvarlas.

Después de tomar un rato de descanso, resolvieron volverse a la casa.

Partimos, divididos en dos grupos. Adelante iban las dos jóvenes conmigo, i mas atrás las señoras con el Alférez de Castro i un sirviente. Carmelita apoyaba su brazo sobre el mio, atemorizada aun i palpitante. Era la primera vez que la veía tan cerca de mí. Los latidos

de su corazoncito me embriagaban con el calor delicioso de la esperanza. ¡No hai dicha comparable a tener veinte años, encontrarse junto a la mujer amada i creer en ella! Todo un mundo de ilusiones i de fantasias se abria ante mis ojos. Confieso que en esos momentos, aun cuando mi hazaña no habia sido mui grande, me juzgaba un héroe. Carmencita, con su alma llena de jenerosos sentimientos, con esa imajinacion de las mujeres inclinadas a exaltar las fantasias, debió creerme un paladin de la Edad Media, uno de esos caballeros que redimian el mundo llenándolo con sus hazañas, protejiendo la inocencia, aliviando a los menesterosos i salvando a los desesperados.

I al sentir la suave presion de su brazo que me decia todas esas cosas, me atreví a murmurar a su oido:

«—¿Puedo esperar que Ud. me quiera, Carmencita? ¿No se olvidará de mí? I en silencio, con otra suave presion me contestó lo que yo deseaba, i pronunció esta sola palabra: «¡Jamás!». Su acento misterioso penetró hasta las profundidades mas íntimas de mi alma i me sentí, por primera vez en mi vida, completamente feliz. Yo era el huérfano, el desamparado, el abandonado de todos, el mísero criado de caridad por un tio suyo, el pobre hijo natural abandonado en la vida en situacion tan falsa. I ella me levantaba hasta si; ella, de familia tan ilustre, de gran fortuna, destinada a brillar entre las primeras bellezas de la sociedad naciente, no se avergonzaba de quererme. ¡Santo Dios, qué inagotable manantial de bondades guardas para los que han sufrido, los que han hambre i sed de justicia, los desventurados sin consuelo! I al marchar por la calle oscura i

mísera del Santiago colonial, en compañía de ella, comprendí que no hai charca del camino, por infeliz i apartada que sea, en la cual no se refleje, de tarde en tarde, un pedacito de cielo.

## X

Mi vida marchaba con cierta regularidad en medio de la tormenta que poco a poco iba cargando la atmósfera. Asistía puntualmente a mi empleo en las Cajas Reales i me hallaba en contacto inmediato con los funcionarios de Gobierno, entre los cuales desempeñaba papel don Judas Tadeo Reyes, absolutista intransigente, i tambien con los amigos íntimos de García Carrasco, entre los cuales figuraba el obispo Rodríguez Zorrilla. En medio de mis trajines no dejaba de observar el ir i venir de intrigas en los corredores i antesalas de Palacio.

Se habia pronunciado ya la rivalidad mas acentuada entre los partidarios del orden de cosas antiguo i los innovadores a todo trance; entre los que se apoyaban en el orden tradicional de la monarquía de derecho divino, i los que aspiraban, con ánsia secreta, pero no bien disimulada, a los gobiernos populares, a que se estendiera la influencia de los Cabildos, a que fuera oida la voz de los vecinos de la colonia. Empezaba una lucha sorda, a cuchillo, implacable, en la cual no se

desdeñaba ninguna arma, ni terreno de combate. En tanto que se diseñaba el choque del Cabildo con el Presidente Carrasco, en el interior de la Casa de Gobierno se mantenía la misma irreconciliable rivalidad afuera. García Carrasco no sabía qué hacerse por un lado, el secretario de Gobierno, don Judas Tadeo Reyes, le imbuía todo jénero de ideas absolutistas i censuraba francamente la medida tomada al aumentar en el Cabildo el número de rejidores; por el otro, Martínez de Rozas empujaba al Presidente a las reformas. El obispo Rodríguez puso el formidable peso de sus influencias espirituales en la balanza en favor de Reyes.

Comenzaron entónces los alfilerazos, los pequeños desaires, las desatenciones del Presidente Carrasco para con el doctor Rozas. Este se mantenía con inquebrantable firmeza en su terreno i preparaba el campo revolucionario trabajando en la sombra, a medias palabras con los unos, francamente en medio de los otros, atizando los descontentos, fomentando las esperanzas como un gran director de orquesta que lleva la batuta. Don José Antonio Rojas, Vera i Pintado, Quinta Alegre, Salas, Carrera seguían sus inspiraciones, i muchos otros continuaban la obra con infatigable tenacidad en un rumor sordo i terrible de descontento que iba creciendo, en sordina, como los sonidos roncós de la tierra que preceden a la llegada del terremoto.

A veces, cuando nos encontráramos solos en su habitacion, cerrada ya la puerta, el doctor Rozas esclamaba: «—Ya no puedo mas, mi paciencia se agota. El Presidente desoye cuanto le digo, i noto como si el terreno estuviera minado debajo de mis piés. Aquí

en Palacio me siento solo. Don Judas Tadeo deshace la tela que yo tejo, contrarresta mi accion i trabaja, sin darse cuenta, en contra de los intereses del pais. Damian Seguí, Sanchez i otros mercaderes españoles de mínima cuantía, enconados porque yo condenaba los abominables planes en contra del desgraciado capitán del *Scorpion*, me han declarado la guerra i me hostilizan sin cesar. Noto las miradas de soslayo que me dirijen, i apuesto a que han azuzado en contra mia a la negra Rita. Voi doble contra sencillo a que a estas horas alguno de los gallos de pelea del brigadier Carrasco se llama el Martínez de Rozas. ¡Ingrato! se olvida de que a mí me debe la Presidencia...»

«—Pero, doctor, decíale yo para tranquilizarle, usted está por encima de todas esas miserias, i tiene que trabajar por intereses supremos para este pobre i olvidado rincón del mundo.»

«—Así es, me contestaba. I si así no fuera, ¿crees tú que yo continuaría un momento en esta atmósfera asfixiante? Hai horas en la vida en que uno ya no se pertenece a sí mismo. El soldado en el campo de batalla tiene que marchar hácia adelante i no me pertenezco. No me queda sino repetir con los gladiadores romanos: *«Ave Cesar! morituri te salutant!»*

«Vamos niño, pasemos a otra cosa. ¿Has copiado el escrito último en el juicio de la señora Condesa de San Juan?»

I yo se lo pasaba, despues de buscarlo entre los rimeros de papeles.

En otras ocasiones, solia llevarlos a casa de la señora Condesa, que me recibia con especial cariño, aun cuando

siempre con ese ligero matiz en el cual se marca la personalidad o se mantiene la distancia.

Mas de una vez acompañé al doctor Martínez i tuve ocasion de presenciar sus entrevistas con la gran dama limeña, en términos siempre respetuosos. El tocaba el límite de transicion al ocaso, ella vivia en la juventud de las mujeres hermosas.

Notábase un matiz de cortesía melancólica en esas relaciones de amistad, en las cuales nunca se pronunció ninguna frase de amor, entrecortadas de silencio i de respetuoso cariño, en el uno, de discreta i velada ternura en la otra.

Eran dos seres de esos a quienes todas las circunstancias de la vida separan i que acaso, en otras diversas, hubieran llegado a entenderse. Acontece a menudo que se cruzan, de paso, dos seres en los cuales existe un punto comun i todo lo demas es distinto sin que puedan llegar a establecerse lazos de ninguna especie, sino en las soledades del alma. El asesor se hallaba poseido de esa pasion avasalladora que domina a los hombres embarcados en una gran empresa; tenia que tender constantemente los hilos de sus planes, que precaverse de asechanzas de todo jénero i trabajaba por formar una patria, esponiendo su cabeza si el juego se descubria. La condesa de San Juan tenia que defender su propia fortuna comprometida en un litijio, era absolutista, partidaria del principio del derecho divino de los Reyes, aristócrata de raza i de temperamento. Existia entre ámbos, en comun, el mismo espíritu altivo, ardiente i jeneroso, como un lazo estrecho, pero todo en la vida los separaba.

Aun me parece verlos, tal como los contemplé, la última vez, por los espejos del salon vecino. La Condesa de San Juan jugaba con un abanico de estrecha banda de cabritilla pintada i de largo varillaje de nácar cincelado en forma de encajes i flores. La punta de flecos de su manton de seda clara, cubierto de bordados, caia por los brazos de la silla tocando casi el suelo. I las líneas delicadas de su cuerpo tenian inflexiones juveniles i frágiles.

«—Señora Condesa, le decia el doctor, será necesario que usted se dirija a otro licenciado porque me parece que yo habré de partir dentro de poco...»

«—No me lo diga... ¿I por qué nos abandona? No crea que al hacerle esta pregunta me mueva un interes egoista sino un sentimiento sincero de amistad que ha crecido yo no sé cómo...»

«—¡Ah! señora, es que siento que el suelo se estremece debajo de mis piés, en Palacio. He nacido para mandar i no para verme contrariado en todo. Hombres como del Pino, Muñoz de Guzman, don Ambrosio O'Higgins, atendian mis palabras i obedecian mis insinuaciones. Este militarote que yo he levantado, este infeliz que hice *alguien* en Concepcion, se me subleva, azuzado por personajes de mínima cuantía como un tal Seguí i otros, i tambien por algunos que debieran ayudarme. Yo, señora, puedo luchar con mis iguales, con los que se encuentran a mi altura, pero nó contra Damian Seguí, no con la negra Rita. Desde luego, todos ellos conocen por sus nombres los gallos del corral del Presidente i yo nó... Talvez me vaya, señora, i lo siento por usted solo... aunque nó... Talvez sea mejor que

nos separemos para siempre, guardando en el alma, por mi parte, ese recuerdo de santa poesía, el reflejo luminoso que dejan las mujeres perfectas como usted, cuando solo ha mediado con ellas un sentimiento de respeto profundo...»

Las palabras, pronunciadas con voz sorda, salían de su garganta con dificultad creciente, atragantándose, como entrecortadas por una emoción superior a la fuerza de su ánimo. La Condesa lo escuchaba serena en apariencia, con los ojos bajos, velados por sus largas pestañas, como las imágenes pintadas por Carlo Dolei, pero con un ligero temblor en las manos i una agitación incesante de los pies que salían i volvían a esconderse en el ruedo del vestido.

—«Creo, señor Martínez de Rozas, que usted debe partir. Mucho lo siento, acaso más de lo que usted se figura, pero conozco su situación en Palacio i creo que su dignidad vale más que todo: es necesario evitar siempre las situaciones equívocas. Pero también debo confesarle que por ciertas cosas... me alegro de su partida. Usted es un hombre superior, acaso la persona más hábil que he podido conocer, i trabaja usted con energía terrible, con una constancia que salta por encima de todos los obstáculos, para levantar este país, promover una revuelta, una asonada, otras cosas nuevas i desconocidas, qué sé yo, pero es en contra del antiguo sistema de la madre patria i talvez de la religión. I como en estos puntos soy intransigente, creo que su presencia en esta sociedad es un peligro enorme... Usted es un ejército...»

Martinez de Rozas se sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

«—Ya ve como el Presidente ya no me hace caso...»

«—Pero eso, ¿qué importa? Ud., en cambio, teje sus redes i los envuelve a todos...»

I luego, despues de una pausa, continuó la Condesa:

«Me alegro tambien de que Ud. se vaya por otros motivos... ¿Quiere que sea franca? Con un hombre como Ud. el disimulo está demas; pues quiero que se vaya; por mi. Al conocerle a Ud. he sentido un impulso raro, algo nuevo, que *no es el amor*, pero que yo me censuro a mi misma. He despertado mas de una vez pensando en eso, i por mas que he protestado en mi conciencia, aun cuando me diga que nada debo reprocharme, siempre salta dentro de mi una voz que me condena, algo estraño que no me esplico... Es mejor que nos separemos, agregó con aquella su voz tan dulce que parecia el eco suave de una música. Los hombres que me han querido marcharon al destierro o a la muerte. Vale mas que se vaya.»

«—Asi es, señora, agregó el doctor Martinez cojiendo su sombrero i despidiéndose con la sonrisa melancólica de los adioses i de los ensueños que se van. «Me voi; no solamente por los desencantos de Palacio, i por las contrariedades de los golpes que mis enemigos me procuran. Para eso es la lucha; para dar i recibir golpes. Pero junto con esto hai otros motivos mui graves.»

«—¿Cuáles son?»

«—Se dice que tenemos amores...»

«—¡Conmigo!

I al pronunciar estas palabras, la Condesa se puso de

pié, erguida, vibrante, emocionada, como una reina a quien se ofende en su decoro. En su jesto aparecía el orgullo de la raza, la convicción de su inmensa superioridad social i de su sangre azul mezclada con sangre de Virreyes, i el profundo desden con que miraba las murmuraciones de lo que ella consideraba los mercachifles i personajes anónimos.

Martinez de Rozas estaba pálido como un sudario, se despidió en silencio i, al llegar a la puerta se volvió para dirijirle desde allí el último saludo, bajando los ojos. La condesa, rompiendo el súbito muro de hielo con una mirada de sus ojos húmedos, le contestó con un impulso irreflexivo i espontáneo, dando un paso hácia él, i ámbos se separaron como huyéndose.

Salimos juntos i nos fuimos a dar paseo a orillas del Tajamar. Soplabá un vientecillo helado de la cordillera. Los hilos plateados del rio se reunían o se juntaban, segun los accidentes del terreno, como una multitud de serpientes. El Asesor estaba sombrío i su rostro marcaba la huella de las crisis morales. ¡Ah! la obra en que estaba empeñado no era tan sencilla. Un pueblo dormido, mantenido en la oscuridad i en la ignorancia por espacio de siglos no despierta de un momento a otro. Ni una sociedad como la colonial chilena alcanza a darse cuenta así no mas de su camino. ¿Dirijirse al pueblo? Cómo, cuando solo existía la masa del inquietud i de la gleba. ¿Levantar la sociedad? Era bien difícil, al verla impregnada en absurdas preocupaciones, en ideas vanidosas i atrasadas, producto de la ignorancia invencible o sumisa de muchas jeneraciones.

El sol se ponia en el ocaso. Nubes candentes i cela-

jes rojizos envolvían el cielo en resplandores de incendio como si también, allá arriba, se preparase una formidable explosión, uno de esos estallidos que arrasan con todo, con la fuerza invencible de los elementos desencadenados. I al percibir algo como preliminares de lucha, el espíritu de Martínez de Rozas se sintió aliviado, respiró a plenos pulmones como el león que se apronta a la pelea i se muere en la inacción, consumido.

Al enfrentar la Purísima nos salió al encuentro el señor Conde de Quinta Alegre, con su aire bonachor: i malicioso a la vez.

«—Feliz los ojos que lo ven, don Juan... ¿Con qué se encarama don Judas Tadeo?

«—¿Cómo así?»

«—¿Qué usted ignora las noticias? le dijo con sorpresa Quinta Alegre.

«Pues sépase que el Presidente García Carrasco se entrega en brazos de los reaccionarios i absolutistas. Acaba de revocar el nombramiento de rejidores auxiliares del Cabildo...»

Martínez de Rozas se irguió como un león que recibe la zaeta de su adversario.

«—¿Con qué sí? ¿he? con que sí? murmuró con voz ronca de cólera. «Pues mejor, que se aclararan las cosas.

«Con esa medida imbécil el militarcito Carrasco se echa encima la mitad de Santiago, emparentado por ángas o por mangas con los doce rejidores que despiende. Somos, don Juan Agustín, una sociedad esencialmente aristocrática en la cual todas las familias de posición i de fortuna se encuentran emparentadas.»

«Ahora Carrasco queda en lucha con el Cabildo, con

la sociedad entera, desprestijiado por el asunto del *Scorpion* i por la negra Rita; sin mas amigos que Damian Seguí, otros personajes igualmente equívocos, un par de bienaventurados i otro par de sotanas i sin mas sociedad que la de sus gallos. Está bien. Pues eso queria yo. Solo falta hacer pelear a Carrasco en contra de la Real Audiencia, el único apoyo que aun le queda, i ese dia habremos triunfado. Usted i los amigos se encargarán de eso. Miétras tanto creo mas conveniente mi presencia en Concepcion.»

«Ahí están mis canchas i el ejército de la frontera».

«—Entónces ¿usted nos abandona, doctor Martinez?» murmuró el de Quinta Alegre con desconsuelo.

«—Para eso, amigo, se ha inventado la escritura. Federico el Grande nos ha enseñado el arte de ganar batallas escribiendo papelitos. ¡Pero que divertido es el tal Carrasco! Ja! ja! A ver si aprende algo de sus gallos!...»

## XI

Mas de un año trascurrió desde la partida del doctor Rozas. La agitacion, entretanto, cundia como un reguero de pólvora al cual se prende fuego. Malas noticias llegaban de España; sus ejércitos eran batidos en todas partes por los franceses i no pocos personajes de encumbrada jerarquía habian reconocido al monarca usurpador. Tales cosas traian cariacontecidos a los partidarios del monarca. Mas de uno de los fieles se preguntaba entre sí ¿qué haremos si el usurpador Bonaparte se asegura en el trono de la península? No es posible que permanezcamos ligados al intruso despues de reiterados juramentos de fidelidad a nuestro amado Rei don Fernando VII. ¿Qué hacer en tales emergencias? Los innovadores, los revolucionarios, lo decian franca i abiertamente; «si esto sucede; i las continuas derrotas de los ejércitos de España así lo indican, no nos queda mas recursos que darnos un Gobierno propio, i mirar el porvenir de frente. Ahora bien, si los mas humildes lugares de la madre patria, han creído justo darse a sí mismos una Junta de Gobierno ¿por qué nosotros que formamos inmensas provincias de la monarquía es-

pañola, situadas a millares de leguas de distancia, no hemos de procurarnos tambien una Junta de Gobierno exclusivamente criolla? Hasta cuándo consentiremos en que se nos gobierne con absoluto desconocimiento de nuestras necesidades, de nuestras aspiraciones, de nuestra manera de ser? I junto con las graves noticias españolas cundia el descontento i se acentuaba la lucha del Presidente Carrasco en contra del Cabildo i de la Real Audiencia que debiera ser su baluarte.

Yo servia de portador a la incesante correspondencia enviada ocultamente por don Juan Martinez de Rozas, desde Concepcion, a los principales personajes comprometidos en el movimiento revolucionario. Dirijia sus cartas a don Mateo Lama de Erazo.

Fué aquel un triste dia, de cielo encapotado, en que caia sin cesar sobre la tierra menuda llovizna, calándolo a uno hasta los huesos. Me dirijí a la casa de don José Antonio de Rojas, situada en la Plazuela de la Universidad de San Felipe, esquina encontrada con el sitio que el Teatro Municipal ocupa ahora. La calle antigua era la de *La Muerte*. Esta casa se hallaba situada frente al convento de San Agustin o a los piés de la que fué casa solariega de la célebre Quintrala, doña Catalina de los Rios i Lisperguer. Los íntimos no penetrábamos nunca por la puerta principal sino por la calle atravesada, i para exceso de precaucion, por las últimas piezas de la casa. No sé por qué, aquel dia se me ocurrió pasar a las cocheras ocupadas por un tal Trigueros, español de nacionalidad i carpintero de oficio.

La habitacion estaba cubierta de tablones arrimados a la muralla, de virutas i trozos de madera. I como

Trigueros me hiciese pasar a la otra, donde tenia el brasero, para prender mi cigarro, sentí un ruido extraño de voces en la pieza contigua de la casa de Rojas.

No tardaré mucho tiempo en recordar este detalle.

Don José Antonio, de peluca blanca i calzon corto, envuelto en su larga capa i sentado en su silla de cuero, me recibió con el cariñoso afecto i la distincion de maneras que le caracterizaban.

«—Como te va, chiquillo. ¿Qué te habias hecho? ¿por qué andabas perdido por acá desde tanto tiempo?»

«—Esperaba, señor, traerle carta del doctor Rozas. I aquí viene una», le dije, pasándole mi oculta misiva.

Don José Antonio me leyó una parte en voz alta:

«Ud. me hace una juiciosa i prolija relacion de las cosas de Europa, escribia Martinez de Rozas, i le agradezco sobre manera, porque yo deseo saber la verdad, i no quiero mentir a mi razon ni engañarla. Hagan los demas lo que quieran. Desde que yo ví en las gacetas que se perdió Zaragoza i Aragon; que los franceses ocuparon a Galicia despues de haber batido a los ingleses; que Cuesta fué batido en Medellin i los enemigos ocupan a Estremadura, el duque del Infantado fué batido en la Mancha perdiendo toda su artillería; desde que yo ví todo esto, digo, ya no dudé un momento, ni dudo que todo está perdido i que la enfermedad no tiene cura»...

Los patriotas se empeñaban entónces en poner de relieve, aumentados si cabia, los desastres de las armas españolas en la Península, para que el lector sacara, como consecuencia forzosa e ineludible, la de un Gobierno propio e independiente.

Siguió leyendo en voz baja el señor Rojas, i se puso pálido suspendiendo la lectura.

«—¿Sabes lo que pasa, niño? Que ya hemos entrado al período crítico del movimiento; comienzan las persecuciones de las autoridades españolas a todos los patriotas, a los innovadores, a los que no tenemos mas delito que reparar las injusticias, la opresion i los errores administrativos que mantienen sumidas en la miseria a estas pobres colonias i sin contacto con el mundo. Hasta el propio Consejo de Castilla ha reconocido la opresion i miseria en que se nos mantiene subyugados, i, sin embargo, los tiranuelos que nos gobiernan aquí aprietan la mordaza. Carrasco no quiere consentir en que Chile mande siquiera delegados a las Cortes de Cádiz, temiendo le sean personalmente hostiles, i pone todo jénero de obstáculos a la eleccion, impidiéndola en absoluto. I para colmo, niño, mira lo que me dice el doctor Martínez...»

Me pasó un trozo de carta en que se comunicaba la prision de don Pedro Ramon Arriagada, oficial de milicias i antiguo rejidor del Cabildo de Chillan i del padre Rosauro Acuña, prior del hospital de San Juan de Dios. Ambos eran íntimos amigos de Martinez de Rozas, i de un jóven llamado Bernardo O'Higgins, de considerable fortuna i de mucho corazon, que ya se habia señalado como uno de los secuaces mas ardientes del doctor Rozas. Un piquete de dragones los habia apresado, conduciéndolos a Santiago, con destino al cuartel de San Pablo.

Varios golpes, repetidos a intervalos, convenidos,

anunciaron visita. Entraron a la sala dos personas: eran don Gaspar Marin i don José Gregorio Argomedo.

Ambos conocian la noticia. Argomedo agregó que el Oidor don Manuel Irigóyen instruia el proceso.

«—Pero hai algo mas grave todavía, agregó don José Antonio a media voz. El doctor Rozas me advierte en su carta que han comenzado ya las persecuciones en contra de los patriotas «por mantener conversaciones sediciosas i por sostener que» *así como estos pueblos se habian sometido al gobierno español por su propia voluntad, tambien podian separarse de él i vivir libres de tantas pensiones i pechas*».

«¿Se nos acusa de trabajar por conseguir al pais un gobierno propio e independiente? Pues tiene razon, eso queremos. Ahora comienzan las persecuciones, i el doctor Rozas me advierte que pongamos la barba en remojo.

«Tenga mucho cuidado, señor don José Antonio, me dice. He recibido comunicaciones secretas segun las cuales el Presidente Carrasco medita dar un gran golpe, tomándolos presos a Uds., al doctor Vera i Pintado i a don Juan Antonio Ovalle.»

«—¡No se atreveria Carrasco a tamaño desacato!» interrumpió Marin.

Argomedo guardaba silencio.

«—En cuanto a mí, agregó don José Antonio, viejo como estoi, no deseo otra cosa. No me he de esconder, no, señor, aun cuando me manden a los castillos del Callao, ni aunque me peguen cuatro tiros. ¡Pobres de ellos si nos tocan un pelo del traje! Sobre nuestra sangre se levantaria la cuna de un pueblo libre, dis-

puesto a luchar contra España, a pesar de su pobreza, en todas las playas de la tierra americana. Las grandes causas se inician con persecuciones en todos los tiempos. La cuna del cristianismo fué el Calvario i sus pañales las catacumbas...»

El anciano se enjugó el sudor, pasándose el pañuelo por la frente.

«—¡Cuidado, señor don José Antonio, le dije, no hable tan fuerte. Sus voces pueden ser oídas, i ya que el doctor Martínez de Rozas me tiene de agente i secretario suyo, para mantener sus comunicaciones confidenciales, no querria yo que Uds. llegaran a creerme indiscreto si sus conversaciones se publican. Sépanse que la pieza elejida para estas conferencias no puede ser peor. El tabique contiguo nos separa de la pieza que habita un tal *Trigueros*, junto a la cochera, i desde ahí se escucha cuanto aquí se dice en voz alta.

Don José Gregorio Argomedo se puso pálido.

«—No importa, agregó; las cosas han avanzado ya tanto, que si Carrasco pone la mano sobre don José Antonio de Rojas i sobre los amigos, levantaremos a la ciudad entera, alzaremos al pueblo, a la sociedad, a todo el mundo, correremos a las armas en el acto...»

«—¿A qué armas? preguntó con su acento dulce i apacible Marin. «Si no tenemos ninguna, i hasta las pobres lanzas que habia fueron enviadas por Carrasco al Perú, temiendo el estallido de una revuelta?

«—Pues con las piedras del rio, i con las hondas i mazas de los indios araucanos...»

Es lo cierto que todos andaban intranquilos, sin sospechar siquiera lo que pudiese ocurrir en el dia de ma-

ñana, pero temiendo un estallido de incalculables proporciones. El Presidente García Carrasco daba palos de ciego, un día al Cabildo, en el cual se encontraban los innovadores, otro a la Real Audiencia, en donde tenían su fortaleza los amigos del antiguo réjimen.

En el Cabildo predominaba sin contrapeso la influencia de don Francisco Antonio Pérez i Salas, relacionado por estrechos lazos de parentesco a la familia Larrain, por su mujer doña María Antonia Larrain i Salas. Era don Francisco amigo íntimo de Martínez de Rozas, a quien reconocían todos como jefe del movimiento. También figuraban en la corporación santiaguina, entre otros rejidores, don Marcelino Cañas Aldunate, don Diego de Larrain, don Justo Salinas, don Fernando Errázuriz, don Ignacio José de Aránguiz, don Pedro José Gonzalez Alamos, don Pedro José Prado, don Ignacio Valdes, don Juan Agustin Alcalde i otros.

Por indicaciones de Rozas, don Francisco Antonio Perez habia hecho elejir alcaldes ordinarios a don José Nicolas de la Cerda i a don Agustin Eyzaguirre, i de Procurador de ciudad a don Juan Antonio Ovalle, anciano de sesenta años, sumamente estimado de la sociedad por su nobleza, fortuna i condiciones personales. Los tres pertenecian al partido criollo, lo que produjo mala espina al Presidente.

Al recordar estos hechos, contaba el señor Marin que los miembros del Cabildo, en cuerpo, se habian presentado a Carrasco, llevando la palabra Eyzaguirre.

¿Cómo les habia recibido el representante real? Pues con pullas i burlas a este, a quien puso como chupa de dómine, i luego, encarándose con el Cabildo, acusó a

sus miembros de insubordinados, de que notoriamente «aspiraban a la independenciam.» Esta palabra tan peligrosa que los criollos daban a entender sin decirla, salió formidable de labios del Presidente, dejando pensativos a los rejidores. Ya no eran los humildes colonos, sino el propio representante de la autoridad real quien evocaba la imagen temible i pronunciaba la palabra tan sijilosamente ajitada en las conciencias de unos pocos, encendida como una antorcha.

—«¿Cómo andan los asuntos de la Real Audiencia, señor licenciado?» pregunta Rojas a Argomedo.

—«Bastante bien, contestó éste. Figúrense ustedes que Carrasco persigue encarnizadamente al asesor don Pedro Diaz Valdes.

»La Real Audiencia abrazó el partido de Diaz Valdes, ligado por vínculos de parentesco a la antigua aristocracia chilena. De aquí ha nacido la pelotera mas descomunal entre el Presidente Carrasco i la Audiencia del Reino. ¡Qué no se han dicho, santo cielo! La Real Audiencia, en vano, trató de mantenerle en su puesto en uso de sus atribuciones para velar por el cumplimiento de las leyes. Carrasco respondió en tono altanero i violento que la destitucion de Valdes era medida gubernativa i económica, del todo estraña a la jurisdiccion del tribunal.»

«—I miéntras tanto en Buenos Aires, observó Argomedo, los porteños preparan un formidable movimiento para darse gobierno propio, designándose una Junta de hombres patriotas i de ánimo esforzado. Acabo de recibir una carta de Lavalle i otra de Moreno en que me comunican hallarse próxima la hora del grito de liber-

tad a orillas del Plata. Es preciso, me dicen, que el movimiento sea simultáneo en las colonias españolas de América. Todas sufren las consecuencias de un régimen detestable, i si no aprovechan la serie de fracasos de las armas españolas en la península será imposible que alcancen ocasion mejor de conseguir autonomía...»

Durante largo rato siguieron discurrendo sobre estos i otros asuntos, encargándome inmediatamente escribiese al doctor Martinez de Rozas.

Recuerdo, que salí preocupado con el descubrimiento que habia hecho en la pieza de Trigueros. ¿Acaso no era posible que este individuo, para mí sospechoso, fuese a delatar algo de las conversaciones de la casa vecina? I esas ideas, fundidas en el corazon de los criollos, comenzaban a tomar un jiro violentamente sospechoso para las autoridades españolas. Andábamos al borde de un volcan.

I el mundo entre tanto seguia su camino. Al salir me encontré con el alférez Castro, mi amigo, que poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo todo preocupado:—«¿Has visto a la señora Condesa de San Juan?» ¡Pobrecillo! talvez estaba enamorado de ella.

## XII

La Casa de Gobierno parecia en esos dias revuelta i como dada al diablo. No habia quien aguantara al Presidente Carrasco, tan furioso estaba i tan fuera de sí. Por la mañana, segun me contaron, habia tirado unos platos a la cabeza de la negra Rita que echó a correr dando voces. Todo era ir i venir de personas que conferenciaban a puerta cerrada con García Carrasco el secretario Meneses i el escribano don Judas Tadeo Reyes. Junto con esto, resonaban las espuelas i los sables de los militares por los corredores. Cualquiera habria dicho que se trataba de prevenir alguna invasion de los ingleses. Así lo espresé, con toda intencion, i con el propósito de sacar de mentira verdad, como vulgarmente se dice, en conversacion con otro escribiente de mínima cuantía llamado Requena.

«—No hai tal, me dijo éste despues de cerciorarse de que nadie nos oia, sino que se trata de un secreto de estado. Segun parece, se ha descubierto una conspiracion i se siguen los hilos sijilosamente. Allá verás con cuánta enerjía i valor el Excelentísimo brigadier García Carrasco agarra del pescuezo a todos esos bandidos de

conspiradores i los manda bonitamente al otro mundo en un santiamen. Anteayer estuvo encerrado el Presidente en su sala, en compañía de Meneses, i desde el tragaluz, empinado sobre una silla, pude notar el rostro demacrado i lívido de éste, con el gran parche negro que le cubre la mitad de la cara. Entró un abogado, José María Villarreal, llamado por esquila; tambien vino un Juan Calvo, de Rancagua, i otros mas... No sé lo que han dicho, pero Meneses anda de mal talante i echa unos votos i reniegos que no le van en zaga a los del brigadier...»

Efectivamente, a mí me constaba la exactitud de lo que me referia Requena. Tambien habia visto entrar apresuradamente a multitud de personajes, i ademas a militares de alta graduacion, como el mayor don Juan de Dios Vial, i ayudante don Raimundo Sesé, el comandante del cuartel de San Pablo don Miguel Benavente, el coronel de artillería don Francisco Javier Reina, i otros. Pero no habia podido dar con el verdadero objeto de los trajines. Algo me dejaban entrever esas maniobras, por cierto, i era que los hombres de Gobierno tramaban algun golpe en contra de Martinez de Rozas i de sus amigos. Ya se encontraba perfectamente diseñada en la sociedad chilena una poderosa corriente criolla, partidaria de la innovacion i del Gobierno autónomo de una Junta, i la corriente autoritaria i ultra realista, que no queria hablar de nada nuevo, i se manifestaba dispuesta a obedecer a Bonaparte, si éste llegaba a triunfar en España. Entre tanto ¿qué planes i maquinaciones eran esos? ¿a qué obedecian los trajines», el ir i venir de personajes, las conferencias en

voz baja, el partir de mensajeros a galope, aun a horas elevadas de la noche i con el frio de un riguroso invierno?

Por fin me di una palmada en la cabeza. Era verdaderamente un inocente en no acordarme de mi amigo el alferez Castro. Casualmente estaba de guardia esa dia. Fuí como en otras ocasiones a saludarle i llevándole a un rincon del patio para que liáramos un cigarrillo, traté de inquirir la verdad. Mi amigo andaba siempre tras de mi con este objeto, i no bien me pescaba, llevaba la conversacion, afectando un aire indiferente a cuanto se relacionaba con la condesa de San Juan. Aquel dia inició su charla como de costumbre.

«—Pues te encuentro mui a tiempo, le dije, pues necesito saber algo que se relaciona con la señora Condesa. Como en otras ocasiones te he dicho, don José Antonio de Rojas atiende ahora sus negocios, corriendo con la parte judicial don José Gregorio Argomedo. Pero he llegado a traslucir por el movimiento extraordinario de Palacio, i mediante ciertas frases oscuras de Requena, el escribiente, que algo se trama. Talvez se piensa dar algun gran golpe, mediante prisiones o ejecuciones capitales en contra de los vecinos tildados de patriotas. ¿Cómo supiéramos quiénes habrán de ser las víctimas designadas? Estarán entre ellas Argomedo, Rojas u otro de los amigos de la Condesa de San Juan? lo cierto es que algo pasa, i es preciso saberlo.»

En el mismo instante en que yo pronunciaba estas palabras cruzó por los corredores el coronel Reyna, en compañía de Sesé, con la espada debajo del brazo. Castro, no bien los hubo mirado, me dijo a media voz:

«—Dentro de media hora nos encontraremos a la entrada del puente de Cal-i-canto.»

Nunca se había visto en Palacio el ir i venir de militares que presencié ese día. Se notaba la expectativa ansiosa que precede a las novedades. Un síntoma revelador: Frai Francisco Cano, Padre de la orden de Santo Domingo i confesor del brigadier Carrasco, quien solia consultarle casos graves de Gobierno, no salia de Palacio, encerrado en la sala del Presidente.

En la ciudad, miéntras tanto, estas cosas no habian pasado desapercibidas, por cierto. Los vecinos se esforzaban en esplicarse la causa de semejantes inusitados trajines. Algunos hablaban de preparativos para resistir una invasion extranjera, otros, de ciertas comunicaciones misteriosas enviadas por los Virreyes del Perú i de Buenos Aires, i los ménos de persecuciones políticas. Pero comenzaba a despertarse una ansiedad indescriptible, a la espera de algo, tanto mas terrible cuanto mas desconocido.

Una hora despues me paseaba a la entrada de los Tajamares, en el punto preciso en que el puente comenzaba a delinear sus arquerías.

Aníbal de Castro me sacó de mis meditaciones, diciéndome en voz baja: «—Sígueme; no conviene que nos vean juntos en este sitio».

Atravesamos el puente, i echamos a andar por la orilla opuesta, poblada entónces de «ranchos» i de miserables habitaciones.

Junto al banco abandonado de un herrador, bajo unos sauces próximos al Puente de Palo, nos detuvimos a conversar.

«—Tenias razon, me dijo Castro. El Ayudante Sesé, con el mayor secreto, me ha pedido bajo de juramento, que le acompañe esta noche al golpe de fuerza que piensa dar el Presidente Carrasco. Se tomará presos a don Juan Antonio Ovalle, a don Bernardo Vera i a don José Antonio Rojas, quienes serán conducidos a Valparaiso, para ser enviados al Perú.

«—Allí se les formará proceso, i si resultaren culpables, seran pasados por las armas».

«—¡Pero qué horror!» son dos caballeros ancianos...

«—¿Qué me dices a mi? replicó Castro encojiéndose de hombros. Eso es de cuenta del Presidente Carrasco, i él sabrá por qué lo hace. Acabo de oirle al coronel Reyna que el brigadier anda preocupado con dos oficios que ha recibido de los Virreyes de Buenos Aires i de Lima en que le informan de un movimiento revolucionario que se prepara en Santiago para conseguir la independenciam i el nombramiento de una Junta de Gobierno, designada por los vecinos.

Se ha resuelto prender a esos señores a quienes él juzga comprometidos en conversaciones subversivas del orden público i del respeto a las autoridades...»

«—¡Pero, hombre de Dios! Si no es posible tomar a la jente por conversaciones!»

«—Así será, pero el coronel Sesé me ha pedido mi concurso, i espero me jures de la manera mas solemne guardarme el secreto, pues juego mi cabeza...»

El caso era grave. Si avisaba lo ocurrido a mis amigos, corria peligro de perder al alférez Castro. Prometí el secreto, mas, al mismo tiempo, indiqué a mi amigo una idea salvadora:

«—Es necesario que lo sepa la Condesa de San Juan, le dije, pues don José Antonio Rojas corre con sus asuntos, i si lo prenden, arrebatarán todos sus papeles i documentos a la Condesa, dejándola en una situacion crítica, en estos instantes en que se ventila la parte mas importante de su fortuna...»

El alferez Castro palideció. Habia tocado su cuerda sensible. Entónces comprendí que se hallaba enamorado de la hermosa dama.

Se agarró la cabeza entre ambas manos, i meditó profundamente. «Voi a verla, me dijo. Me entrego en los brazos de Dios, venga lo que viniere. Voi a confiar el secreto a la Condesa. Si me tiene simpatía, sabrá guardarlo, salvando a Rojas».

Hablaba con el acento melancólico de los enamorados i con pocas esperanzas. ¡Pobre muchacho!

### XIII

Serian las siete de la noche cuando la Condesa se encaminó por la calle del Rei.

De trecho en trecho se divisaba algun bulto embozado en la capa, con aire misterioso. Era que se vijilaba la casa de Rojas.

La Condesa penetró a ella con paso tranquilo. No bien hubo llegado cuando se encerró en el escritorio con don José Antonio echando llave a las puertas.

Don José Antonio se sintió sobrecojido por la viva ajitacion que dominaba a la Condesa, i la contempló en silencio, con mirada escudriñadora.

«—¿Qué pasa, hija mia?» le preguntó cariñosamente.

«—Es menester que Ud. huya al instante, si quiere conservar su vida. ¿Me jura Ud. absoluta reserva? ¿que no dirá a persona alguna lo que oiga de mis labios?»

«—Lo prometo...» balbuceó el anciano, mas con el jesto que con palabras.

«—Pues bien. Acabo de saber por un conducto reservado que esta noche misma, a las doce, prenderán a Ud., en compañía de don Bernardo Vera i de don Juan

Antonio Ovalle, para conducirlos a las casamatas del Callao, formarles proceso, i fusilarles como a rebeldes a España i al Rei...»

«—¡A mil... a un viejol!» exclamó Rojas palideciendo. «Si yo no he conspirado nunca en contra del Rei Fernando VII. Solo quiero para Chile, una Junta de Gobierno, como en todas las provincias españolas...»

«—¿Pero lo sabe Ud. de buen oríjen? Por su semblante veo que me dice la verdad. ¡Santo Dios! Es preciso que avisemos inmediatamente lo que pasa a Ovalle i a Vera, para que se pongan en salvo...»

«—Eso nó, exclamó la Condesa con enerjía, eso nunca, señor Rojas. Tengo su palabra de guardar un secreto absoluto, i le pido me cumpla su juramento. ¿Cómo cree que yo podria prevenir a los conspiradores, cuando debo estar siempre de parte de mi Rei? En semejante caso, dirá Ud. debiera habérselo callado a Ud. mismo. ¡Pero le debo tanto cariño i tan jenerosa amistad! Si el golpe se frustrase, poniéndose en salvo los conspiradores, me haria cómplice de los insurrectos, i ademas, el pobre oficial que me ha comunicado su secreto, perderia su carrera, comprometeria hasta su vida. Eso no puede ser...»

El anciano se paseaba ajitadamente por la habitacion; de súbito se detuvo junto a una mesa sobre la cual un crucifijo de márfil estendia los brazos descarnados bajo la luz que a medias alumbraba la estancia con fulgores melancólicos.

«—Entónces, dijo, doi a Ud. las gracias, señora Condesa; prefiero correr la suerte de mis amigos. No puedo abandonarlos en las horas de prueba i de amar-

gura. Que nos persigan juntos, que nos arrastren a los calabozos fétidos, que nos lleven al banquillo. Está bien, aun cuando inocentes de toda culpa, nos resignamos. Pero el día en que comencemos a sufrir, el día en que corra nuestra sangre, alcanzaremos la felicidad i la libertad de esta pobre tierra. Ese desgraciado que nos persigue ignora que en el calvario comienza el triunfo de los humildes, de los pequeños, de los miserables, de los que han hambre i sed de justicia. Le agradezco en el alma, señora Condesa, sus buenas intenciones i su ánimo jeneroso, pero yo me quedo aquí. Esperaré la llegada de los esbirros i de los verdugos, no diré tranquilamente, porque eso no es posible, pero si con el ánimo de los que cumplen su deber...»

I luego, pasándose la mano por la frente sintió un sudor frio, i agregó: «Váyase Ud. en el acto, no se comprometa conmigo, váyase». Luego, asiéndola suavemente de un brazo, la llevó a la puerta i la abrazó.

Entónces penetró en la estancia, mui ajitada, su esposa doña Mercedes Salas.

«—Qué pasa, José Antonio? ¿A qué ha venido la Condesa, que salia hace un momento apesadumbrada i cariacontecida? ¿qué pasa?»

«—No puedo decírtelo, no puedo.»

«—¿Ni despues de una vida entera de absoluta intimidad i de cariño sin reservas? Vienes a callarme cosas que deben de ser graves, cuando jamas has tenido secretos para tu vieja amiga. Eso no lo esperaba, francamente...»

La pobre señora se dejó caer sobre una silla.

A todo esto, el anciano cojió una pluma, una hoja de

papel i sentándose a la mesa comenzó a escribir, arrojando luego la pluma para preguntar a su mujer:

»—¿Habrá unos tres mozos en la casa para mandar misivas urjentes a Manuel Salas, a Argomedo i a Matorras?»

«—No lo sé...»

I miéntras la señora se paraba, Rojas la cojió del brazo, i le dijo variando de ideas.

«—Quédate un momento aquí, Mercedes, despues irás para adentro. Toma la Biblia i léeme algo, que estoi con el alma llena de tristeza.»

Ella cojió un viejo libro guardado en un armario, abrió al azar las hojas amarillentas i comenzó «La Oration en el huerto de los Olivos». Leia pausadamente i con la tristeza de una amargura que se traga, el Capítulo XVI del Evangelio de San Mateo:

«—Entónces llegó Jesus con ellos a la aldea que se llama Getsemaní, i dice a sus discípulos: «Sentáos aquí, hasta que vaya allí, i ore». I tomando a Pedro i a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse i a angustiarse en gran manera. Entónces Jesus les dice: «Mi alma está mui triste, hasta la muerte; quedaos aquí, i velad conmigo». I yéndose un poco mas adelante se postró sobre su rostro, orando i diciendo: «Padre mio, si es posible, pase de mi este vaso; empero no como yo quiero, sino como tu.»

I vino a sus discípulos, i los halló durmiendo, i dijo a Pedro: «¿Así no habéis podido velar conmigo una hora? Velad i orad, para que no entreis en tentacion: el espíritu, a la verdad, está presto, mas la carne enferma.»

El anciano ya no pudo mas, i dejando rodar sus lágrimas la apretó en estrecho abrazo.

«—Reza, mejor, Mercedes, reza por si hemos de separarnos, para que Dios te consuele i nos levante el alma a la altura de todos los sacrificios...»

## XIV

La tranquila i soñolienta ciudad de Santiago, ardia. Los vecinos recorrian las calles comentando la noticia, a media voz los unos, poseidos los otros de la indignacion mas profunda. Formábase corrillos en las calles, en las barberías, en los cafées, en las tiendas de la calle del Rei, en la Plaza. Unos a otros se trasmitian la noticia que rodaba por la vetusta ciudad colonial, i poco a poco, ancianos i jóvenes, mujeres i mőzos, pobres i ricos, todos se iban sintiendo poseidos de una fiebre contagiosa, de la impresion colectiva de las multitudes que lo barre todo a manera de huracan, i la bola de nieve, rodando, se habia convertido en una masa destructora, imponente, colosal, reflejo de un alma comun, resúmen i concentracion de todas las almas, revelada por primera vez a esos pobres colonos, sumisos hasta entónces, e ignorantes de la nueva fuerza de la opinion pública. Nacia el alma popular chilena.

El movimiento era estraordinario. En los corrillos se comentaba con la mayor indignacion lo acaecido. Al pasar por la esquina de la Plaza, vi a don Santos Cho-

cano, don Ignacio Carrera, don Alejo Eyzaguirre i otros caballeros que departian en términos del mayor acaloramiento. El hecho habia pasado de este modo, segun referia Chocano, siempre mui bien informado en los cuentos de la villa. «A eso de las siete de la noche, apénas habia entrado don Bernardo Vera a casa de don José Antonio Rojas, golpeaban a la puerta de calle el ayudante mayor don Raimundo Sesé i el escribano de Gobierno don Juan Francisco Meneses, quienes intimaron órden a Vera i Ovalle para que les siguieran, entregando las llaves de su estrado i papeles. Conducidos al cuartel de San Pablo, les encerraron en calabozos inmundos i fétidos, separados i con centinela de vista. No habia ni una silla en esas habitaciones; al poco rato les tendieron un colchon en el suelo. A don Juan Antonio Ovalle lo habia tomado preso en la misma noche del 25 de mayo el sarjento mayor don Juan de Dios Vial, en la calle de las Monjas Agustinas. A las doce, el capitan don Miguel Benavente notificaba a los tres presos la órden de conducirles inmediatamente a Valparaiso para embarcarles en la *Astrea* con destino al Callao.

«—¡Jamás se ha presenciado un atentado mas vergonzoso ni mas inícuo!»—esclamaba con la mayor indignacion—don Ignacio Carrera. «Pensar que el pobre doctor Vera no tenia para vivir mas que el producto de su bufete, en el cual cifraba su subsistencia, la de su mujer i la de su hijo... I le obligan por la fuerza a separarse, abandonándolos en la miseria... ¿Cómo pudo pasar por la cabeza perturbada de Carrasco la idea de encerrar a dos viejos, como Ovalle i Rojas, i mandarlos

al destierro i quizas a la muerte, sin delito alguno, por simples sospechas de una supuesta conjuracion?»

I luego les habian conducido a media noche, medio desnudos, con todo el frio del invierno, a caballo, sufriendo todo jénero de penalidades, sin respeto a sus canas, a sus años, a sus achaques, ni a la posicion tan considerable que ocupaban en la sociedad chilena.

«—Si así tratan a varones tan ilustres por su sangre, por su honorabilidad, su prestigio social i su fortuna ¿qué no harán con nosotros? exclamaba uno de los presentes.

«—Don Nicolas Matorras ha escapado a uña de caballo, pues estuvo estendida la órden de prision en contra suya i solo faltó firmarla», agregó álguien.

Todos se indignaban profundamente del atentado en contra de tan respetables vecinos. Se comparaba a Carrasco i Neron. El brigadier se habia convertido en blanco de todos los odios.

«—¿Pero qué le ha pasado a ese hombre, señor? decía don Santos Chocano. Si no cabe duda que se ha vuelto loco. Solo así se esplican estos actos de tiranía desenfrenada con un pueblo pacífico i manso.

Otro contaba la escena de lágrimas i sollozos de la familia cuando llevaron a Rojas a la cárcel. Era cosa de partir el alma.

Este referia el acuartelamiento de las tropas, echando parte considerable de la indignacion popular sobre los Consejeros, Meneses, el secretario don Judas Tadeo Reyes i del Campo Lantadilla. El de mas allá ponía de oro i azul a la Real Audiencia, ensañada en contra de sus compatricios.

Referíase que a las siete i media de la noche, el Presidente Carrasco habia reunido en Palacio a los cinco Oidores del Tribunal Supremo, esponiéndoles cuáles eran los antecedentes de las prisiones decretadas.

Carrasco vestia su traje de parada i banda roja de Capitan Jeneral. Los Oidores se habian inclinado ante el militarote, con humillante bajeza, considerando que *«las circunstancias actuales demandaban aplicar remedios oportunos i eficaces, para contener a los habitantes del Reino en la fidelidad i vasallaje que hasta ahora han acreditado a nuestro augusto soberano, no debiendo en ningun caso difundir conceptos i opiniones subversivas del buen orden i tranquilidad, como son las que se dirijen a adoptar ideas de independenciam con trastorno del orden que han jurado.»*

Tales eran, testualmente los conceptos de la Real Audiencia que circulaban de boca en boca.

Todos los juzgaban increíbles.

En un grupo de mozos, en que se hallaba mi amigo Pepe Santibañez, peroraba con suma exaltacion un jóven de buena presencia i de constitucion atlética: — «No queda mas recurso, compañeros, decia, que acabar con este réjimen putrefacto. Ya no están contentos con tratarnos como a negros de injenio de café, látigo en mano. Ahora, ese pobre diablo anónimo, ese Carrasco, pretende aplastar a la aristocracia de Santiago con el taco de su bota. Pues bien, niños, no queda mas recurso que arrojarlo de su puesto a puntapiés. Nada mas digno de un pueblo hidalgo que dar de patadas a los malos gobernantes. Se acabó la época de los Nerones. Es preciso arrojar de la Presidencia a Carrasco, acabar

con las bajezas vergonzosas i humillantes de la Real Audiencia. ¡Al diablo con los viejos Oidores de peluca! Solo con nuestro empuje seremos dignos de ser hombres libres. La libertad se impone espada en mano, nunca se implora de rodillas...»

El tumulto crecía, i como los del grupo se preguntarían unos a otros qué harían.

—«Levantarnos, pues, i deponer a Carrasco, gritó el mismo jóven con acento furibundo, i si Uds. no lo hacen, juro a fé de Luis Carrera que yo mismo lo despacho al otro mundo de un balazo...»

Miéntas la ajitacion cundía, i aumentaban los corrillos de momento en momento, me dirijí a Santo Domingo, en donde celebraban festividades esos dias.

A la salida de misa vi pasar a Carmencita en direccion a la calle de las Ramadas en compañía de una vieja sirvienta. Su cuerpo delgado i gracioso, con la flexibilidad i la pureza de un lirio, no podía confundirse con otro alguno. Me acerqué a ella i conversamos un momento. Ya sabía todo lo ocurrido, i estaba sobrecogida de congojas i de temores fantásticos.

—«Tengo miedo por mi hermano Pepe, me dijo. No sea cosa que vaya a pasarle alguna mano. Es tan loco, i ademas anda metido casi todo el dia con Luis Carrera, que recibe cartas del doctor Martinez de Rozas. Ahora dicen que nos aprontemos para ver cosas mui grandes. En el último patio de la casa han introducido un barril de pólvora i se llevan fabricando cartuchos. Yo tengo miedo, Rafael; vele por mi hermano. Quien sabe que cosas tan terribles se acercan...»

Le contesté calmándola.

Entónces ella, con aire melancólico, me dijo que tenía malas noticias para mi.

—«No vaya a casa, por nada, agregó. Han sabido por una beata maldita, por Misiá Encarnacion Zelaya, que Ud. está enamorado i que me pretende. Esta noticia ha sacado de juicio a mi madre.

«Me han prohibido del modo mas estricto que le dirija la palabra. Y cuando le hice notar a mi padre que no era posible tratar de esa manera a una persona a quien debiamos la salvacion en la noche en que nos asaltaron los ladrones, se puso todavia mas furioso. «Eso ha sido una farsa de mal gusto» me dijo.

...Créame que lo siento en el alma, i miéntras mas injustamente se porten con Ud., yo le profesaré... una amistad mas sincera.»

Al decir estas palabras, desapareció rápidamente Carmencita, dejándome con el espíritu desolado.

Entónces comencé a sentir que me pasaba una cosa mui rara; yo, que había podido contemplar los sucesos con una frialdad relativa, sentí que poco a poco se me iba calentando la sangre i enardeciendo el espíritu. Comprendí que todo andaba malo, que era necesario un gran trastorno para mudar lo existente. Las palabras del doctor Rozás sobre libertad, sobre la igualdad de los derechos, sobre la supresion de los privilejios me volvian a la mente con caractéres de fuego. ¿Por qué me miraban en ménos esos aristócratas imbuidos en preocupaciones españolas. ¿Tenia yo la culpa de mi oríjen desgraciado? Ah! nó. Tenia que conquistarme, a viva fuerza, un puesto en la sociedad rejenerada.

Sin saber cómo vine a encontrarme en el centro de jóvenes audaces capitaneados por los Carrera.

## XV

El Presidente Carrasco se puso de un humor endemoniado, a medida que llegaban a palacio las noticias de la conmoción popular creciente. En vano hizo dictar un bando para poner atajo a las conversaciones subversivas. Los corrillos continuaban imperturbables en calles, plazas, en los estrados, por los atrios de los templos, en cafés i barberías. Mientras tanto, el brigadier se paseaba por sus salones como un león enjaulado. Constantemente mandaba recados a sus consejeros íntimos, al Vicario Capitular Rodríguez Zorrilla, cuyos sentimientos realistas le inspiraban confianza, a frai Francisco Cano, su confesor, al sombrío Meneses, a don Judas Tadeo Reyes, fanático realista i fervoroso partidario del sistema absoluto. Entraban unos i salían otros, con opiniones diversas, inclinadas las de Reyes a la benevolencia, i las de Meneses a la energía inquebrantable i atropelladora. Bien hubiera querido Carrasco evitarse molestias i sinsabores, dejando a todo el mundo en su casa. Pero ahí estaba como un centinela pavoroso don Juan Francisco Meneses, el secretario de gobierno, recordándole los anuncios de los vi-

rreyes del Plata i de Lima, encendiéndole la imajinacion, picándole su amor propio de gobernante burlado, diciéndole que entre los amigos se murmuraba de su tibieza para con los conspiradores. Su puesto corria peligro si vacilaba, en tanto que revelando carácter iria al virreinato del Perú como O'Higgins.

Carrasco habia procedido con precipitada violencia en contra de Rojas, Ovalle i Vera. Ahora llegaban, uno en pos de otro, los oidores Concha, Aldunate, Bazo i Berri, despues de registrar concienzudamente la correspondencia i papeles de estos caballeros. No habian encontrado cosa alguna sospechosá, ni ménos pruebas de conspiracion ni de aprestos de motin. Junto con esto, se hallaban todavía bajo la influencia de la opinion social que se mostraba ensañada en contra de Carrasco. Habian presenciado escenas desesperadas en casa de las familias de las víctimas. A su juicio, era preciso tranquilizarse. El servicio del Rei exijia calma i moderacion.

Cuando conferenciaban con Carrasco pidió audiencia el señor don José Ignacio de la Cuadra, suegro de Vera. Traia una presentacion en favor de los reos firmada por ochenta i dos de los vecinos principales de Santiago, pidiendo su regreso a la capital i ofreciendo en garantía las vidas i las fortunas de los firmantes. El señor de la Cuadra venia visiblemente conmovido.

El Presidente no sabia qué hacerse. Mandó llamar al secretario Meneses para revocar la órden. Este se inclinó, con mirada fulgurante.

«—Está bien, señor, le dijo. Serán acatadas las órdenes de V. S.; los reos serán traídos a Santiago para que

conspiren a sus anchas i derriben a Vucencia i al Gobierno de Su Majestad. Pero no se olvide un momento de que las concesiones i las flaquezas traen consigo las catástrofes... »

A su turno, don Judas Tadeo recordó la teoría del derecho divino de los reyes, a los cuales no se debían encarar las multitudes, i espresó que el señor brigadier encarnaba la autoridad del Soberano.

Carrasco permanecía perplejo. Entretanto la ajitación social cundía como una mancha de aceite. El Cabildo, que encabezaba los movimientos de la opinion desde que Martínez de Rozas lo inspiraba, dirijió a Carrasco una nota respetuosa en la forma, pero enérgica i contundente en el fondo, demostrándole que el paso dado en contra de los presos era inoportuno e inconveniente, i pidiéndole volviere atras.

Dos dias despues los Oidores de la Real Audiencia, sintiendo el peso de la opinion pública i de la influencia social a que no podían sustraerse, volvían sobre su acuerdo, pidiendo al Presidente dejara a los presos en Chile, para poder carearlos i examinarlos, declarando que no existían pruebas suficientes, todo en nombre de la quietud del vecindario.

I miéntras la duda se apoderaba del Presidente al ver, por primera vez en su vida, un movimiento de opinion tan formidable, se sintió quebrantado. Poco despues se presentaba el dean don Estanislao Recabárren, a nombre del Cabildo eclesiástico, a pedir en favor de los presos.

Carrasco, esta vez, cedió, enviando a Valparaiso la órden de que fueran desembarcados. Don Juan Fran-

cisco Meneses salió de Palacio bufando como un toro. Por su parte, los amigos de los presos, si bien se apaciguaron un tanto al ver que les dejaban en Chile, quedaron desasosegados e intranquilos pensando en lo inseguro de su suerte.

Nadie confiaba en la palabra de Carrasco. Veían que mientras ponía cara blanda a los vecinos principales, conferenciaba con el jefe de la Artillería, coronel Reina, i daba órdenes a la tropa.

En la sociedad entera cundía ese malestar sordo, innominado que precede a los grandes estallidos. La vieja sociedad colonial de Chile, país esencialmente oligárquico, se sentía profundamente humillada con la conducta de Carrasco, i doblemente pisoteada con la prisión de Ovalle, Vera i Rojas, cuya inocencia defendían numerosos deudos a grito herido. I como casi todas las familias se encontraban unidas entre sí por lazos de parentesco, resultaba que muchas enteramente estrañas al movimiento salían mas resueltas i ardorosas que nadie a la superficie social en ebullicion.

Sentíase el resonar de los sables i las culatas de los fusiles. De día i de noche la ciudad era recorrida por patrullas de soldados, como si debiera estallar de un momento a otro el movimiento. Carrasco, a grandes voces, anunciaba el reinado del terror i de las medidas de fuerza. Se pudo ver entónces un fenómeno moral estraño i nuevo: la sociedad mas pacífica de América se ajitaba paralelamente a las exhibiciones de fuerza. Sus hombres mas tranquilos aprontaban sus pistolas o sus escopetas, se procuraban armas, se daban en voz baja la voz de orden. En casa de don Gregorio Argo-

medo se reunian el Conde de Quinta Alegre, los Larraín, los Carrera i muchos otros vecinos, se leian las correspondencias incendiarias de Martínez de Rozas i se tomaban disposiciones para reunir partidas de huasos en los fundos vecinos i tenerlos a la mano para el momento oportuno. Rosales dirijia la resistencia. El movimiento ardiente de las capas superiores de la aristocracia, bajaba en busca del viento popular. La sociedad mas llena de preocupaciones nobiliarias de América se dirijia al pueblo.

Entretanto, el Cabildo iniciaba, de frente, la lucha con el brigadier Carrasco, i designaba de Procurador de ciudad, en reemplazo de don Juan Antonio Ovalle, preso por órden del Gobierno, al doctor don José Gregorio Argomedo, nada ménos que a uno de los jefes mas enérgicos i acentuados de las nuevas corrientes de opinion, casi al caudillo de combate. Se arrojaba la capa al toro. Carrasco se puso furioso. Meneses le echó en cara su reculada, Reyes le aconsejó que nombrara procurador al doctor del Campo. Entónces el Cabildo avanzó un paso decisivo i resuelto, negándose.

¡Oh tiempos gloriosos de las primeras luchas políticas de Chile! Un puñado de hombres de instruccion escasa, de ninguna preparacion administrativa, sin armas, sin dinero para la lucha, se encaraban con la autoridad real, mantenida i consagrada por las sagradas tradiciones de muchos siglos. I esos hombres ni siquiera tenian a sus espaldas el apoyo de un pueblo consciente de sus derechos i preparado para la libertad. Estaban solos.

Precisamente, en esos dias llegaba a Santiago la no-

ticia de un gran movimiento americano. El pueblo de Buenos Aires habia depuesto al virrei Hidalgo de Cisneros, instalando en su lugar, el 25 de mayo, una Junta compuesta de criollos argentinos; se daba un Gobierno propio i tomaba personalidad.

Ahora todo el mundo hablaba con franqueza por las calles de Santiago, tratándose abiertamente de organizar una Junta de Gobierno. Las conversaciones alcanzaban a los cuarteles, subian a la Real Audiencia, se espresaban veladamente en el Cabildo, llegaban por vias disimuladas a Palacio.

Se hablaba de establecer en Santiago una Junta como las de los pueblos de España, como la de Buenos Aires. El Padre Cano subia las escaleras de Palacio a comunicar estos rumores al brigadier Carrasco; lo mismo le decia el coronel Reina.

Meneses i Reyes, comprendiendo claramente la situacion, le aconsejaban la resistencia por medio de la fuerza, de prisiones i que se hiciera partir, al instante, a los tres reos de Valparaiso. Despues de una buena discusion, Meneses redactó personalmente la nota, i Carrasco escribió una carta a su amigo Damian Seguí, para que aprontase sus hombres. Las comunicaciones con la órden fatal, selladas i lacradas, fueron remitidas a Valparaiso con el mas riguroso secreto.

Al dia siguiente, se esparcian por la ciudad los rumores de la probable partida al Perú de los ilustres presos. El desasocio en el vecindario fué considerable. Redoblaron los empeños, i el Cabildo hizo una respetuosa presentacion al Presidente para que los hiciera regresar a Santiago. A todas las representaciones,

a todos los empeños, Carrasco respondía imperturbablemente que los prisioneros permanecerían en Chile.

Serían las 6 de la mañana del 11 de julio, de 1810 hora en que las tinieblas del invierno envolvían la ciudad en un velo de tristeza melancólica; la neblina se arrastraba por las calles, cuando se oyó en la de Santo Domingo un precipitado galope.

El jinete, que venía a revienta cinchas, se descolgó del caballo todo cubierto de lodo i de espuma. Don José Gregorio Argomedo, según me refería momentos más tarde, no hizo más que oír la llegada del propio i saltó de la cama lleno de tristes presentimientos. En efecto, los dos nobles ancianos, tan queridos de todos en Santiago, don José Antonio Rojas i don José Antonio Ovalle, a pesar de las promesas de Carrasco, habían sido embarcados en la fragata *Miantinomo*, ya próxima a partir para el Perú.

Argomedo se echó a correr por la calle, como un loco, llevando la misiva fatal de casa en casa. Luego supo que otro *propio* había traído una comunicación idéntica.

Se pisoteaba sus canas, su honorabilidad, su prestigio; se humillaba a su familia, al Cabildo, a la Real Audiencia, al Cabildo eclesiástico, a la sociedad entera con la orden de destierro a los ilustres ancianos. I mientras tanto, Carrasco negaba hasta la más remota idea de enviar los patricios al Perú.

La indignación popular estalló por calles i por plazas, en templos i salones, en cafés i lugares públicos, de una manera incontenible. Hombres i mujeres, pobres i ricos, recorrían las calles comentando la perfidia. Se

comenzaba a ver grupos mas o ménos numerosos de jente del pueblo pidiendo a voces la convocacion de un Cabildo abierto. Por todas partes se ajitaban: corrían los jinetes montados en robustos caballos del pais, haciendo saltar las piedras. En la Plaza del Mercado la algazara subia de punto, entre los gritos de las vendedoras i los insultos que por todas partes se oían junto con maldiciones a Carrasco. Las pocas armas, pistolas i sables, de las tiendas, fueron vendidas en un santiamen.

A eso de las nueve de la mañana, los miembros del Cabildo hicieron abrir de par en par las puertas, por las cuales penetraron mas de trescientas personas de las clases acomodadas i otras invadian las escaleras i pasillos. La multitud llenaba poco a poco la Plaza, formando remolinos, profiriendo gritos, en actitud amenazante. En vano circulaban los piquetes de tropa a travéz de las calles; la exaltacion crecia por momentos. Cerca de la esquina divisé un grupo de jente en el cual noté al escribiente Requena. En otro de caballeros divisé la figura enérgica i decidida de Argomedo que se dirijia a la sala capitular en compañía de Infante, jesticulando con ardor.

Por la esquina de Monjitas vi pasar en esos momentos a la Condesa de San Juan, en compañía de Cármen. El corazon me palpitó con fuerza, como si quisiera irse en pos de ella. ¡Ah! me cerraban las puertas de su casa, pero yo sabia proceder de manera que se abriesen de par en par; una era grande i nueva se acercaba. Parecíame que cuando todo cambiase, seria rico i poderoso, talvez un jeneral que alcanzara los mas altos

puestos luchando por la nueva patria, qué se yo qué, pero algo mui grande. El horizonte se abria, desplegando perspectivas inmensas. A favor de la apretura pude juntarme un momento con Carmencita i decirle al oido: «No sea imprudente, no salga a la calle que van a pasar cosas terribles. Tendremos combate...» Le hablaba yo con el aplomo de los héroes a quienes espera un gran papel. Ella se sonrió. «—No sea tonto, me dijo, i cuidese de que no le vaya a pasar algo...»

Entretanto, en la sala del Cabildo reinaba una excitacion espantosa; todos hablaban a un tiempo i proponian ideas diversas i contradictorias, predominando en el tumulto las protestas indignadas por la prision de los ilustres ancianos. Por último se nombró una diputacion presidida por don Gregorio Argomedo, para que exigiese la vuelta inmediata de Rojas i de Ovalle, embarcados i a punto de partir.

Carrasco no quiso recibirles. Se encontraba en la sa'a de Palacio rodeado por Meneses, Reyes, el coronel Reina, del Campo Lantadilla, dos o tres amigos i unos cuantos oficiales subalternos. Habia pasado revista a los cuarteles, en los dias anteriores, i manifestaba gran confianza en su tropa, amenazando barrer las calles con sus cañones cargados a metralla.

Apénas apareció Argomedo, en la puerta, dando cuenta de la actitud insolente del brigadier se oyó un clamor de indignacion, resonó un grito formidable salido de mil pechos: «¡Abajo Carrasco! ¡Abajo el tirano!» i la voz repercutió en los ámbitos de la Plaza, con el movimiento de una tempestad desencadenada. I se produjo un gran silencio, un silencio pavoroso, mas formi-

dable todavía, como si todos le tomaran el peso a la gravedad de la situación que comenzaba a diseñarse.

Después de la pausa, estalló con más furia la tormenta i el torrente humano se encaminó al Palacio de la Real Audiencia. En ese instante divisé, deslizándose junto a la puerta de palacio la figura de Trigueros; me sentí sobrecojido de una indignación profunda. «¡Ese fué el traidor que los denunció!» exclamé señalándolo. El carpintero vecino de Rojas se escabulló en el cuarto de guardia, más pálido que un papel, mientras resonaba el grito de: «¡A muerte! mátenlo!» I la multitud repitió el grito que resonó con las roncadas i estremecedoras vibraciones del alma popular... ¡A muerte!

El tropel invadía el palacio de la Audiencia, llenaba las escaleras, los corredores, los patios, la plaza. En la masa humana se mezclaban todas las condiciones en una misma trepidación ardiente. Los oidores, partidarios en el fondo de su espíritu del régimen español, no sabían qué hacerse, sobrecojidos de terror ante una explosión tan inesperada. Los alcaldes Eysaguirre i Cerda esponían las quejas de los vecinos, en medio de los ecos del inmenso i fúnebre clamor que venía de fuera.

El Presidente Carrasco era soldado i hubiera querido resistir. Tenía cien hombres con el arma al brazo, en el patio, i esperaba la llegada de la artillería. Don Júdas Tadeo Reyes, se inclinó a su oído. «—Será una locura, señor. Es imposible contener a la muchedumbre. No dejarán llegar la artillería hasta nosotros; se tomarán las piezas por asalto en el camino, con cuchillos, la multitud está loca...» En ese instante un soldado de caballería, todo cubierto de polvo, ponía una carta en

manos de Carrasco. El Gobernador Alos, le comunicaba desde Valparaiso, que habian robado muchos quintales de pólvora misteriosamente, asaltando en la noche uno de los fuertes. El Presidente se puso meditabundo. ¿Acaso no seria peligroso resistir a la muchedumbre enloquecida, al océano en movimiento?

El Oidor Irigóyen penetró a la sala en compañía del Escribano de cámara. Venia por la comunicacion interior de ambos palacios. Le dijo a media voz que los vecinos i el pueblo le citaban a la Audiencia. Irigóyen traia el rostro descompuesto, i tartamudeaba, olvidando toda fórmula de etiqueta. Carrasco vacilaba, mas el ver el aspecto del majistrado, su voz, su actitud, pudieron mas que toda elocuencia humana. Se puso de pié, se ajustó la banda roja, cojió la espada, i atravesando por los pasillos interiores de palacio, penetró en la sala de la Real Audiencia, donde se detuvo un instante perplejo al hallarse en presencia de aquella no esperada multitud de personajes ilustres i de patricios. Los gritos subian como un ronco e inmenso clamor desde fuera. El rostro de Carrasco tomaba un color cetrino que trataba de encubrir con una sonrisa nerviosa, involuntaria, en forma de mueca, i su jesto, en esos instantes críticos revestia un aire trájico, mitad escarnio i mitad locura. Tomó el asiento que le correspondia i esperó.

Entónces un hombre se puso de pié, dominando el tumulto con su figura imponente i su rostro pálido, en el cual fulguraban los ojos de un ave de rapiña pronta a destrozar su presa. Era don José Gregorio Argomedo. Le ví transfigurado. La enerjía de su temperamento, la decision inquebrantable, la indignacion contenida por

tanto espacio en una sociedad entera estallaban en su voz vibrante i sonora que se hacia mas apasionada aun cuando bajaba el tono. ¿Qué dijo? No recuerdo. Habló de los vejámenes sufridos en silencio por tan largo espacio, de los atropellos continuos al Cabildo, del desprecio a la sociedad, del atentado contra los ciudadanos a quienes se desterraba i al pais entero, de los abusos de la administracion entera. Las palabras salian de sus labios como puñaladas en contra del Presidente que le escuchaba mudo, aplastado, con los brazos caidos, en medio del silencio trájico de la asamblea. Argomedo concluyó pidiendo la inmediata revocacion de la órden de destierro, i la destitucion inmediata del secretario de Gobierno don Júdas Tadeo Reyes, del asesor del Campo i de Meneses. El pueblo exijía que en adelante las órdenes del Presidente llevaran la autorizacion i la firma del Oidor don José de Santiago Concha. Una salva de aplausos estalló en la sala cuando Argomedo concluia su discurso en tono vibrante.

Yo nunca habia oido hablar en público. Esperimenté una sensacion extraordinaria i nueva, esa sensacion colectiva que sacude todo el cuerpo como si lo agarraran a uno de los cabellos. Me pareció escuchar la voz de los profetas que conmovian al pueblo de Israel. El ruido de los aplausos se propagaba a la calle, a los corredores, a la Plaza, sin saberse cómo.

Carrasco se puso de pié, todo alterado i convulso. Era hombre de bríos, i sentia dentro de sí confusamente el peso de la investidura real. Pensó, por un instante, en resistir, en esperar la llegada de mas tropa, de la artillería, quien sabe de qué; la humillacion lo abruma-

ba. Quiso ganar tiempo i tartamudeó disculpas, negando que Ovalle i Rojas se hubieran embarcado; afirmó reiteradamente que estaban aun en Valparaiso. Se formó entónces un tumulto nuevo; la indignacion i las protestas estallaban con furia. Dijéronle que mentía. El Presidente, furioso, perdió la cabeza. «¿I creen Uds. que escapan con vida?» exclamó con voz ronca.

La indignacion dejó muda a la concurrencia. Un joven se desprendió de la muchedumbre, i avanzando hácia Carrasco le apuntó una pistola: «En la Plaza, le dijo, hai dos mil hombres armados como yo i dispuestos a morir o a matarle...» Era don Luis Carrera. Entre los amigos le sujetamos de los brazos, desarmándole.

García Carrasco paseó por la masa compacta de cabezas una mirada sombría. Allí habia militares de alta graduacion, personajes ilustres de toda especie, ancianos eondecorados con las órdenes de Santiago i de Calatrava, títulos de Castilla. Se sintió solo, completamente solo i con una mirada de agonía pasó a la sala de Deliberaciones de la Real Audiencia.

Entretanto afuera los clamores aumentaban, se impacientaba la multitud, se proferian gritos de muerte, i los soldados de Carrasco, bayoneta calada, presentian el momento del choque irreflexivo, sangriento, implacable.

Un oidor anunció desde el balcon que el Presidente cedia, destituyendo a Meneses, a Reyes i a Del Campo, i que el alférez don Diego de Larrain partia a Valparaiso con la orden de traer a los desterrados.

Se alzó entónces un grito inmenso, una voz de victo-

ria, i los grupos comenzaron a dispersarse. Infante, sin embargo, salia con rostro descontento. «Doctor, le dijo a Argomedo que marchaba con él, esto no ha concluído todavía. Debemos arrojar a Carrasco».

## XVI

Al pasar por la casa de don Antonio Hermida, noté que diversas personas, en pequeños grupos, penetraban a ella. Pocas noches mas oscuras que la del 14 de julio de 1810. De tarde en tarde se divisaba a lo léjos el farol del caminante, o se oia el grito melancólico de un tortillero. El ruido sordo de los pasos de las patrullas o de caballerías turbaba la tranquilidad como anuncio de muerte. La ciudad habia tomado un aspecto militar, con movimiento continuo de tropa, al cual solo faltaba el ronco rodar de los cañones.

No dejaba de infundir pavor al tranquilo vecindario. Pero a mi no se me daba un ardite aquello de verme envuelto, cuando ménos lo pensara, en alguna terrible pelotera. Aquella noche debia ir a la casa de Pepe Santibañez, donde celebraba reunion uno de los numerosos círculos de jóvenes iniciados en el movimiento. El jefe de nuestro grupo era Luis Carrera que andaba juntando jente en las chacras vecinas a Santiago; un joven Larrain, pariente del baron de Juras Reales, debia mandar otro; i así se habian organizado muchísimas partidas. Confieso francamente que junto con el placer

de figurar entre hombres dispuestos a todo, abrigaba la esperanza, para mí deliciosa, de ver a Carmencita. Bien podía ser que por casualidad nos encontráramos. Así es la vida: en medio de los mas grandes sucesos uno jamas puede olvidarse de sus asuntos propios, sobretudo cuando son cosas de corazon. Efectivamente, en los instantes en que golpeaba a su casa oí su voz que preguntaba desde adentro: «¿Quién es?» Era que su hermano la habia colocado allí como de centinela, para que no entrasen sino los amigos, que ella conocia, haciéndole llamar cuando la voz era sospechosa. «Todas las precauciones son pocas en estos casos», me dijo con su voz dulce. I luego agregó en tono de cariñosa reconvencion: «De fijo que usted anda metido en todas las peloterias, i que así seguirá hasta que le toque un tiro.» Yo protesté una i otra vez de que seria prudente; si andaba en esto era para hacerme digno de ella conquistando una patria, la igualdad de todas las condiciones, la libertad.»—«Imposible; no lo creo», replicó: «Usted hará disparates como todos los jóvenes; ¡Chit! que viene jente. Rezamos el rosario tres veces al dia, i yo lo encomiendo en mis devociones a la Vírjen Santísima, i pido que se arreglen *ciertas* cosas. Adios!»

Con el alma llena de ensueños i el corazon palpitante penetré a la pieza de Pepe, habitacion enorme como todas las de la época. A la luz de un candil colocado en un candelero de cobre departian varios jóvenes, de los cuales uno cargaba tranquilamente su par de pistolas. Otros se paseaban, entre ellos un militar, el teniente Celis. Los ánimos estaban acalorados. Habia llegado la noticia de que los ancianos presos habian partido en un

buque para el Callao, quedando solamente en Valparaiso el doctor Vera, gravemente enfermo. Carrasco les engañaba. Continuaba despachando con sus íntimos; i habia preparado sesenta órdenes de prision en contra de los mas respetables vecinos. Entre los nuevos reos figurarian Argomedo, Cerda, don Manuel Perez Cota-pos i don Jerónimo Santibañez, el padre de Pepe. El Presidente habia visitado nuevamente los cuarteles dando instrucciones reservadas a los jefes de la tropa i repartiendo cartuchos. No las tenia todas consigo. Disponia de trescientos hombres de línea, i setenta artilleros, pero solo tenia confianza plena en los Dragones de la Reina, mandados por el capitan Ugarte. Los Dragones de Concepcion, mandados por Benavente, le eran sospechosos, recelando el trabajo subterráneo de Martinez de Rozas que podia minarle esa tropa. Tampoco tenia plena fé en el coronel Reina que mandaba la artillería.

«El movimiento puede estallar de un momento a otro, teniendo órden de la «Junta» de estar listos» me dijo Pepe, con la mirada brillante de entusiasmo. Sucesivamente se oyeron varios golpes a la puerta, i penetraron en la habitacion diez o doce jóvenes, llegando a formar un total de veinticinco, provistos de pistolas, puñales, barras de fierro o espadas. Todos andábamos nerviosos, tiritando debajo de las capas, a la expectativa de un choque inmediato.

«En la Plaza principal están reunidas mas de mil personas armadas con escopetas, pistolas, sables i machetes», dijo un joven que entraba. «No se veia mas que bultos negros, como si estuviera un ejército en descanso. Todos están animosos i prontos a pelear. En

esta sí que no va quedar títere con cabeza... Como unos cien hombres de caballería guardan las esquinas...»

Dos lijeros golpes dados en la ventana llamaron nuestra atención. Un jovencito imberbe, que no conocíamos, penetró, sacando un papel que entregó a Luis Carrera.

«—¡Arriba, muchachos! nos dijo éste con voz ronca. ¡Todos firmes!... adelante i en silencio...» Confieso que sentí un vacío en el estómago i como un vuelco en el corazón. Me santigué con fervor, notando que los otros hacían lo mismo, i salí con mis demás compañeros a la calle. El frío era intenso i el cielo estaba encapotado i triste. De cuando en cuando la luna rasgaba los negros nubarrones, iluminando las calles, por las cuales cruzaban innumerables grupos organizados exactamente como el nuestro, encaminándose casi todos a la Plaza. Allí, la muchedumbre apiñada en silencio, tenía un aspecto de resolución sombría. Nosotros tomamos por la calle del Rei en dirección a la del Chirimoyo. Nuestros pasos resonaban en el silencio de la noche con aire lúgubre. En medio de la marcha sentí que algo sonaba en el suelo. Se me había caído el puñal. Después de buscarlo a tientas i de hallarlo en la oscuridad, eché a correr hacia el grupo, pero choqué con un bulto en el camino. Al oír el juramento que arrojaba, reconocí la voz: era mi amigo el alférez de Castro.

«—¡Hombre, le dije, ¡tú aquí! ¿no sabes que de un momento a otro puede levantarse la ciudad? ¿Harán ustedes los de línea fuego contra el pueblo?»

«—Sigue tu camino, adios», me contestó con voz ajitada.

«—¿Quién es ese individuo?» preguntó una voz a Castro.

La luna, rasgando las nubes, me permitió ver el bulto; por la voz i por el aspecto reconocí al Excelentísimo Señor Presidente, García Carrasco.

Una vez instalados los de la partida en la esquina del Palacio de la Moneda, se nos comunicó la orden de asaltar las piezas de la artillería, si el coronel Reyna intentaba sacarlas. En las otras esquinas esperaban diversas partidas, i mas de cien hombres de a caballo.

Carrera me envió, como ayudante, a ponerme a las órdenes de «la Junta» reunida en casa de Hermida. Era esta una especie de *Comité* del Cabildo, como ahora se dice a la francesa, que dirigia los grupos revolucionarios. Partí en compañía de una patrulla. Todo el movimiento se hallaba organizado i obedecia a un plan militar. El cuartel de San Pablo estaba vijilado por un destacamento de ciudadanos, con cerca de cien hombres. Otros vijilaban las entradas de la Plaza i las habitaciones de Carrasco. La tropa de línea se mantenía acuartelada i sin moverse.

No faltaria una cuadra para llegar a la casa de Hermida, cuando se produjo un incidente. El teniente Celis, que marchaba conmigo, al divisar varios bultos, gritó con todos sus pulmones:

«—¡Viva el Cabildo! abajo Carrasco! muera!...»

A la luz de la luna vimos desprenderse un bulto del grupo contrario, contestando en tono de desafío «¡Viva el Rei! viva el Excelentísimo Presidente Carrasco!... mueran los insurjentes!...»

Celis, entónces, con la rapidez del rayo, saltó sobre

él con la espada desenvainada. Los dos grupos enemigos se detuvieron, emocionados, anhelantes, comprendiendo que si se disparaba un tiro la ciudad ardería.

La luna, iluminando el centro de la calle, me permitió ver al Alferez de Cástro, mi amigo, con la espada desenvainada por la causa realista. El choque fué breve; relampaguearon por un momento las espadas, se oyeron unos cuantos golpes i luego una voz: «¡Favor, me han herido...» Era el Alférez.

Salté a recogerle en circunstancias en que se desplomaba, i luego, entre varios, le condujimos a la casa mas próxima. Allí vivía don Martín Alvarez de Toledo. Fuertes aldabonazos pusieron la casa en movimiento.

«—¡No abran! que deben ser los revoltosos i amotinados, jente sin Dios ni lei,» decia la voz de Misiá Mercedes.

«—¡Por supuesto! cómo han de abrir» agregaba otra voz que parecia la del ama de llaves.

A todo esto seguian las carreras, trajines i voces en el patio.

«—¡Es un herido!... abran por Dios» gritábamos nosotros.

«—¡Favor al reil!» gritó álguien. «No importa, hánganlo en nombre de la humanidad...» ordenó una voz femenina de timbre plateado.

I al abrirse con ruido de goznes i estrépito de cadenas la vieja puerta colonial, apareció de pié, a la entrada, envuelta en un chal i con una luz en la mano, la aristocrática i elegante figura de la Condesa de San Juan.

«—¡Virjen Santísima! viene cubierto de sangre».

«—Viene herido el insurgente, exclamaba don Martin».

«—Eso no, contestó con voz desfallecida el Alférez Castro, a quien conducíamos entre varios. «He caído defendiendo la honra i la persona del brigadier Carrasco, soi soldado de Dragones de la Princesa».

La Condesa, al reconocerle, se estremeció, i cambiaron por primera vez, una mirada larga. Despues de esto volé a la Casa de Hermida.

## XVII

Hallábase situada cerca. Para que abrieran, era necesario golpear en la ventana i darse a conocer mediante una palabra de órden: *Junta Nacional*. La persona que custodiaba la puerta, prévia observacion por la ventanilla de hierro, abria una hoja pequeña. Entre el primero i segundo patio, en un estrecho corredor, habia dos guardias para evitar toda sorpresa. Las sombras, las palabras en voz baja, la luz que oscilaba en el fondo, llenaban la imaginacion de sobresalto.

Solo al penetrar á la sala pequeña del segundo patio, noté que me hallaba todo manchado de sangre, i cuando me interrogaron, hube de referir el incidente. ¡Ah! si el choque se hubiera empeñado formalmente esa noche, acaso habria seguido el combate jeneral en toda la poblacion, ensañado i sin cuartel. Mas vale así, que las cosas terminaran con un duelo. Por los corredores se veia discurrir una cantidad de jente; muchos con espuelas i de manta, habian dejado sus caballos en el corral del tercer patio, pues la casa, como casi todas las de aquella época ocupaba gran parte de la manzana. Multitud de jóvenes entraban, pedian órdenes i salian.

Parecia que se pusiera riendas al entusiasmo, pesándose cada palabra i meditándose cada detalle. I en medio de aquella tranquilidad aparente se notaba exaltacion, espíritu de sacrificio, el deseo de luchar hasta morir en contra del odioso i detestado sistema colonial. Sentia una alegria indecible; ya me veía de actor de una gran tragedia, aun cuando sin darme cuenta cabal de la importancia histórica de los actos que estábamos ejecutando.

Unos cuantos candiles de sebo, despidiendo mucho humo i colocados sobre una especie de cruz de madera, pendiente del techo, iluminaban a medias, la desmesurada habitacion que servia de comedor a la casa. Un escaparate era el único adorno a mas de un gran crucifijo de madera, en el cual Cristo parecia chorrear sangre, tan a lo vivo se hallaba pintado. En torno de la mesa estaban casi todos los miembros del Cabildo i muchos vecinos respetables, partidarios todos del movimiento para establecer una Junta de Gobierno nacional. En medio de aquellos hombres en la fuerza de la edad, o próximos a la vejez, de considerable posicion social todos ellos, aparecia la figura vigorosa i acentuada de don Gregorio Argomedo.

A su lado estaba don Juan Enrique Rosales que encarnaba la voluntad i la accion. Su palabra estallaba de repente, sin admitir contradicciones, con la firmeza del caudillo. Fuera de dos o tres teóricos o pensadores del movimiento, que traian ideas i doctrinas, como don José Miguel Infante i don Manuel Salas, allí los mas eran hombres de accion como Rosales, Argomedo, don Francisco de Borja Larrain, don Pedro Javier Echevers,

don José María Vivar, don Juan Manuel de la Cruz, don Marcelino Cañas Aldunate, don Pedro José González Alamos, Martínez de Matta i otros que ni recuerdo. No se discutía, por ahora, la forma teórica del Gobierno futuro, pero todos estaban de acuerdo en el establecimiento de una Junta Nacional. Mas tarde se arreglarían cuentas. I para conseguir ese gran propósito se preparaba un movimiento armado.

Era Rosales un caballero delgado, alto, avellanado seco, de fisonomía fina i maneras imperiosas; escribía sin cesar, en pequeñas carillas de papel, las órdenes. Parecía, a primera vista, enteramente extraño que en una reunion tan numerosa pudiera existir una opinion de tal manera uniforme que fuera dable tomar medidas sin largas discusiones. Así era, sin embargo. En el alma de todos aquellos hombres existía un propósito comun tan firme, que se marchaba derecho al grano. Un jóven delgado i apuesto solía tomar parte en las deliberaciones, esponiendo ideas militares que eran acogidas con atencion por los miembros del Cabildo, i aceptadas casi siempre. En su fisonomía de líneas cortantes i severas se notaba la decision que produce el hábito en la vida del soldado: se llamaba José Miguel Carrera, i debía desempeñar un gran papel en tiempos no lejanos.

«—Si no nos apuramos, decía Salas, a media voz, a don José Miguel Infante, el brigadier Carrasco nos caza en el momento ménos pensado en una trampa de ratones. Ahora si que lo haría con razon, pues conspiramos de veras.»

«—Yo no conspiro sino que salvo al país», contestó

Infante, con ese dogmatismo tan dado a fórmulas que constituía la esencia de su personalidad moral.

Entretanto, don Antonio Hermida circulaba por el comedor, atendiendo a la jente, ofreciendo refrescos i cosas de comer que tenia preparadas en la pieza vecina.

«—Recapitulemos la situacion, decia Rosales, i veamos las fuerzas del enemigo, partiendo del hecho de que una lucha a muerte se impone. O nosotros, con una Junta de Gobierno, i la rejeneracion política, o ellos con el réjimen vetusto, leyes opresoras, gobernantes ineptos enviados desde España, sin instruccion, sin cultura, sin industria en el pais. O nosotros vencemos, con la libertad de comercio, la entrada de los extranjeros con civilizaciones superiores, ciudadanos, instruccion pública, justicia, igualdad de clases, riqueza i bienestar privados a la sombra de un Gobierno propio, o ellos nos aplastan, i continuará la tiranía degradante de un Carrasco asesorado por una negra, las prisiones arbitrarias, la ignorancia, la persecucion a los que estudian, a los que leen libros prohibidos, a los que trabajan en el comercio, a los que cultiban el tabaco, a los que salen de visita pasada la hora de la *queda*. ¡Ah! esto no es vida. Ha llegado el momento de que seamos hombres i nos aprontemos a derramar hasta la última gota de sangre. ¿Que caeremos en la empresa? Otros vendrán despues i triunfarán. ¿Que seremos olvidados, que nadie recordará nuestros sacrificios? Eso no tiene remedio...»

«—La ingratitud, agregó Argomedo, como dice el doctor Rozas, es propia de la condicion humana, resig-

némonos a ella, al olvido i sigamos nuestra marcha en la lucha ya iniciada ..»

«—Todo eso está mui bien, i pensamos de igual manera, interrumpió un caballero gordo i de fisonomía resuelta, llamado Joaquin Lopez de Sotomayor. Eso es bonito, pero se trata de otra cosa. Tenemos que echar abajo al Presidente Carrasco i reemplazarlo con una Junta de Gobierno, compuesta de vecinos enérgicos, presidida por el Conde de la Conquista...»

Un clamor unánime acogió estas ideas, de las cuales Argomedo tomaba apunte en un papel. Los circunstantes se hallaban seguros de que el señor Conde de la Conquista, caballero anciano i achacoso, seria manejado con facilidad por los representantes del Cabildo.

«¿Quiénes compondrán la Junta?» preguntó don Nicolas Matorras. Hubo un silencio. «—Eso no debemos discurrirlo ahora,» le replicó Argomedo con tono cortante i que no admitía réplica. Era que deseaba evitar a toda costa los motivos de division, las vanidades heridas, los pequeños recelos o rencores que pueden perturbar un movimiento.

«—Veamos la situacion militar. El brigadier Carrasco, para defenderse cuenta con doscientos soldados de infantería de Concepcion; cincuenta Dragones de la Reina, i setenta artilleros a las órdenes de don Francisco Javier de Reina. Ademas le acompañarán todos los empleados públicos, que son españoles i muchos comerciantes de esa nacionalidad, dispuestos al sacrificio para sostenerlo. Carrasco puede darles armas, reuniendo seiscientos o setecientos hombres, de los cuales la mitad sean tropas de línea. El vecindario, en cambio,

solo dispone de unas cuantas escopetas, algunas pistolas, puñales i machetes.»

«Pues para eso nos hemos organizado desde ayer, interrumpió don Francisco de Borja Larrain, ademas podemos reunir en los alrededores, en el Llano de Maipo, en lo Hermida, en la Palma, i en los Pajaritos, en la Chinba, grupos de caballería con todos los huasos de los alrededores, armados como se pueda i provistos de lanzas de *colihue* con fierros en la punta... Todo eso fuera de la jente que tenemos armada en la ciudad a estas horas.»

Luego, en voz baja, se distribuyeron el mando de las columnas los miembros mas activos del Cabildo.

Quedó establecido que el golpe militar se daría el 17 de julio. La conversacion continuaba ajitada. Sentíase en la atmósfera el peso de tan graves preocupaciones; cerníanse encima de las cabezas el temor de tantos peligros que, sin saber cómo, uno se sentia invadido por un sentimiento de tristeza. Ya no habia tiempo de discurrir. Se tocaba la hora de la accion. A cada minuto salia un jinete a impartir una órden. Noté, sí, que don Juan Enrique Rosales entraba a cada momento a una pieza oscura, de donde salia llevando instrucciones. Era claro que allí se encontraba encerrado el personaje misterioso que hasta esos instantes hacia de jefe militar del movimiento, i que por razones especiales no se descubria. ¿Quién era? Sin duda algun jefe de posicion i de prestijio.

Talvez don Juande Dios Vial, mayor de ejército. Ignoro quién seria, pero estoi seguro de que se encontraba escondido allí, pues un movimiento tan bien combinado,

los grupos tan acertadamente distribuidos, las órdenes impartidas con golpe de vista militar, indicaban la presencia de un soldado.

En los corredores hervía la jente, con la impaciencia de los caballos prontos a partir a una carrera. Allí todo era entusiasmo, alegría, decision incontenible.

## XVIII

Era la casa de don Martin Alvarez de Toledo una de las mas encopetadas de Santiago.

Bastaba cojer el aldabon i golpear para sentirse uno como sobrecojido i mareado con los humos i pretensiones de los moradores. Don Martin se tenia por emparentado con la ilustre familia española de los duques de Alba, i doña Mercedes, cuando se tocaban estos puntos de nobleza perdia los sentidos, i se iba en busca de su libro jenealójico, forrado en terciopelo carmesí, para mostrar la lista de matrimonios sucesivos i de escudos heráldicos de los suyos.

Tanto don Martin como doña Mercedes conocian al dedillo los oríjenes de las familias santiaguinas, i tenian formado en la conciencia un índice, con arreglo al cual quedaba clasificada la sociedad entera en nobles i plebeyos, es decir, en justos i criminales, en seres a quienes se acataba i en entes vulgares que solo existian como los caballos, las vacas i otros de los cuales se suele obtener algun provecho. A casa de don Martin no dejaban entrar a los plebeyos por nada de este mundo.

Algo de esto se traslucía en el saludo protector con

que fuí recibido por don Martin, marcando la inmensa distancia que mediaba entre los seres superiores, como él, i las vulgares medianías plebeyas como yo.

«—Vamos a ver ¿qué se te ofrece hijo? ¿Está buena la salud del señor don Mateo Erazo, a quien Dios guarde i conceda prosperidad en los negocios?»

«—Bien, gracias, señor. Venia a visitar a mi amigo el Alférez de Castro, que se encuentra herido en su casa.

«—Está bien... está bien, me haces formar buena idea de tí al afirmarme que... eres conocido de don Aníbal de Castro, buen súbdito i defensor de la causa del Rei. Está bien: díme con quien andas i te diré quien eres... eso reza contigo.

A todo esto, miéntras hablábamos, habíamos llegado frente a una puerta del segundo patio, sobre cuyo ancho marco se leia la frase latina «*Ave Maria*». Encima de cada una de las demas puertas del patio se ostentaba otro rótulo con palabras latinas igualmente. Despues de señalarme la habitacion de mi amigo Castro, don Martin me dirijió un lijero saludo protector i desapareció con majestuoso paso.

¡Pobre amigo mio! Se encontraba recostado en un angosto i pobre lecho i en sus ojos brillaba la luz de la fiebre. Pero me llamó la atencion que en medio de su modestia, la pieza estuviera tan limpia i arreglada, sin rastro de sangre, ni nada que ofendiera la vista. Habian quemado incienso, lo que procuraba un olor agradable. Sobre una mesa se alzaba un gran vaso con una cantidad de flores escojidas. A la cabecera de Aníbal habian puesto un pequeño crucifijo de mar-

fil, de cruz enchapada en plata, i colgado de una cinta que formaba un artístico lazo.

«—Vamos, Aníbal, ¿cómo te sientes?»

«—Regular, nada mas... pero qué gusto me da el verte por aquí. Parece que no todos se olvidan del pobre militarillo... »

«—No te quejes, picaron, le contesté, señalando las flores. Por aquí se ve una mano de mujer, lo que siempre es agradable. Vamos...

El militar sonrió tristemente. Nos habíamos vuelto grandes amigos desde los tiempos en que yo concebí contra él celos infundados en la casa de Quinta Alegre, creyendo que cortejaba a Carmencita. Cuando la suerte, por obra de Martínez de Rozas, nos puso en contacto casi diario en las Cajas Reales, vine a conocer la naturaleza verdadera del jóven militar. Era apasionado i sincero. Como no me hablaba de otra cosa si no de la crónica social, abrumándome a preguntas que se referian a la señora Condesa de San Juan, vine a caer en la cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ella. Así debía ser, pero el pobre i humilde oficial subalterno, bien comprendia la distancia que mediaba entre la orgullosa dama de la nobleza de Lima, i el oscuro soldado, que comenzaba su carrera, con modestísimos antecedentes i sin fortuna. Comprendia su triste i amarga posicion, análoga, aun cuando un poco superior, a la que yo ocupaba, i esa analogía echaba entre nosotros lazos que me habian llevado, sin saberlo, a sentir por él un cariño sinceramente fraternal. ¡Pobre amigo! era leal como un perro, i guardaba sus impresiones en el pecho, aun cuando le torturasen, con una

rara especie de pudor. Temia profanar su nombre, si hubiera confesado que la amaba. I recuerdo que cuando le conté la primera visita que hice a la Condesa, en compañía del doctor Martínez de Rozas, le brillaban los ojos con una ánsia inestinguible, como si personalmente la hubiera contemplado. En los primeros días que siguieron a esa visita, noté en el alferez cierta reserva para conmigo i casi odio para con el doctor. Hasta ese instante, las opiniones de Castro en política eran inciertas. Francamente no se preocupaba mucho de lo que pasaba, i si abrigaba simpatías, esas debian de ser, como las de todos los jóvenes, en favor de lo nuevo. Sin embargo, ¡cosa rara! desde ese momento se volvió furibundo partidario del réjimen antiguo. ¿Era por odio a Rozas? ¿le movian celos ocultos? Estraño e impenetrable misterio de la psicología humana; imprevisto i perpetuo cambio del ser ajitado por la vida pasional, que da profunda exactitud a este concepto de que el corazon tiene razones ignoradas del entendimiento.

«—¡Qué buen olor tienen tus flores, Aníbal!»

Mi amigo, entretanto, sonreia, como si estuviera en otro mundo. Era que tenia constantemente a la vista la hermosa imájen de quien habia colocado allí el florero. Acaso llegó a bendecir la mano que le habia herido, permitiéndole providencialmente llegar hasta ella, verla, sentirla cerca de sí a todas horas, notarla inclinada junto a su lecho, como santa enfermera, llevándole medicinas i bebidas para disipar la fiebre. Castro me refirió sus impresiones. El herido hubiera querido no sanar; hubiera aspirado a permanecer eternamente en ese delicioso estado de sopor en que solia ver junto a

sí la vision pálida, esbozada i vaporosa Sentia un hormigueo en todo el cuerpo, una alternativa de ardores sofocantes i de frio glacial; los oidos le zumbaban, i resonaba su cuerpo entero como un horno lleno de combustible.

Parecíale que unos gigantes feroces, como en los cuentos, le daban sobre la cabeza con martillos, i él se achicaba mas i mas, hasta convertirse en átomo, en hormiga, en ser imperceptible que escapaba riendo porque ya no le alcanzaban los golpes de su adversa fortuna. Al despertar se sentia mas aliviado, con la cabeza mas fresca. La llavera de don Martin le sostenia miéntras la condesa de San Juan le administraba remedios. ¡Qué delicioso despertar! I allá sobre la mesa apareció el vaso con flores, miéntras la silueta elegante de la ilustre dama se deslizaba, sin hacer ruido, como las visiones de los ensueños. Aníbal no acertaba a darse cuenta de si la fiebre continuaba o si era verdad lo que veía.

«—¿Se siente usted mejor, alferéz?»

«Sí, señora. Gracias a su caridad, que nunca olvidaré, la fiebre va pasando. Estoi de tal manera contento que desearia continuar en este estado.

«—¡Chit! Poco a poco. Veo que la fiebre sigue.

«—Señora, si usted me ha salvado la vida...»

«—En ese caso habria pagado parte de la deuda contraida cuando nos asaltaron en la calle, aquella noche».

Así, en charlas íntimas habian pasado las horas. No necesitaba decir mucho, mi amigo, para que yo comprendiese que, en realidad, habia llegado a la parte

mas peligrosa de la historia de su vida. I como los hombres felices experimentan cariño por la humanidad, Aníbal me preguntó por mis asuntos con interes.

«—¿Cómo andan tus cosas, hombre? ¿Se mantiene siempre don Jerónimo en guerra? Carmencita ¿qué dice?»

«—¡Ail amigo mio. Esa jente sigue empecinada en mi contra. A Carmencita solo puedo verla de tarde en tarde. Creo, a lo ménos me figuro yo, que tengo alguna simpatía de su parte. Sus miradas parecen decirme en silencio: «Rafael, cuenta conmigo, aun cuando todos te abandonen o se declaren en contra tuya. ¡Ail amigo, agregué suspirando. Solo poseo un aliado franco, la llavera de la casa. ¡Bendita sea la invencion de las llaves que ha traido consigo a las llaveras!»

Miéntras estábamos en estas divagaciones amistosas, se oyeron dos golpes a la puerta, i entró la condesa con su largo i suave paso, i las leves ondulaciones flexibles de su cuerpo. Sus ojos tenian esa humedad luminosa de la mirada en ciertos ojos negros, ese brillo en que hai ternura, súplicas, pureza, como en las vírgenes emocionantes de Cárlos Dolci; se fijaban, de ordinario, distraidos, de manera que cuando un destello de interes los animaba, se desprendia de ellos algo estraño.

Noté, no sin sorpresa, la solicitud con que se acercó al lecho del herido. Vi cómo, de manera imperceptible, se iba inclinando su alma hácia el enfermo; comprendí que la debilidad, cuando es producida por la fuerza mayor omnipotente de las cosas, en forma de achaques, desgracias o heridas, coloca a la mujer en íntimo consorcio con el hombre, la hace sentirse

igual a él, superior acaso, i protegerle con la fuerza maternalmente cariñosa que gasta con los pájaros i con los niños. Por eso, la experiencia de la vida, nos enseña que suele entrañar peligros la compasion de las mujeres. La Condesa de San Juan sentia por mi amigo esa compasion profunda e íntima que despiertan los abandonados, los náufragos, los heridos. Además habia caído en defensa, no de un hombre que poco le importaba, sino de su propia causa, «de Dios i del Rei».

Como pasé largas horas en casa de don Martin Alvarez de Toledo, tuve ocasion de notar un hecho de que hasta entónces no me había dado cuenta cabal. Esa casa era un nido realista, un centro de resistencias i de hostilidad a las reformas, una fortaleza levantada en contra de los que ya comenzaban a llamarse «los rebeldes». Habia respirado, hasta entónces, entre los partidarios mas ardientes de las innovaciones, llegando a convencerme de que todo el mundo, salvo unos cuantos empleados i comerciantes españoles, pensaba de igual manera. Ahora, en casa de don Martín, habia venido a comprender que parte considerable de la sociedad chilena, varios mayorazgos, muchos de los títulos de Castilla, bastantes de los personajes mas acaudalados estaban en contra del movimiento reformista i revolucionario Querian dejar las cosas como estaban, manteniendo la autoridad de los Gobernadores, la influencia decisiva de la Real Audiencia i de los viejos pergaminos en contra de la autoridad naciente del Cabildo—que miraban casi como una Convencion francesa—i de la democracia en marcha. ¡Ah! los Alvarez de Toledo, como los Carvajal, los Ruiz de Azúa, los

González Andía, los Marqueses de Cañada Hermosa, Casa Real i tantos otros personajes influyentes o ricos se habian declarado en contra de las innovaciones. Podian ser hostiles a Garcia Carrasco, a quien despreciaban, pero sostenian el principio español en el fondo de su alma.

Entre esos se contaban la Condesa de San Juan, su amiga la señora Dumont de Toro, i muchísimas damas de encumbrado linaje. Al ver la solicitud ardiente de la Condesa en torno del herido, i hasta el interes manifestado por el propio don Martín, comprendí que entraba ya en juego el fanatismo político i relijioso de una causa.

¿Pero no habia nada mas? ¿Hai alguién que conozca los misterios de una cabeza de mujer?

Este nuevo incidente de mi vida me distrajo un tanto de la parte activa del movimiento. Habia llegado a sentir por Castro un cariño de hermano. ¡I cuánto se revelaba en su mirada triste el agradecimiento del pobrel Representaba para él la familia, el anhelo de cuidados que todos poseemos, ese cariño íntimo que se agradece hasta en los perros que forman parte del mísero rancho de campo.

La Condesa, entre tanto, iba i venia, acudiendo a los mil detalles del cuidado de su enfermo. En vano le decia la vieja llavera que no se molestara, que semejantes trajines no convenian a una dama ilustre, sonreia i seguia inpertérrita.

Yo charlaba por cuatro, en mi afan de distraer al herido. No por esto dejé de notar que la casa se hallaba en movimiento.

«—Mucha jente hai en la sala, señorita,» dijo la lla-

vera con ese aire de las servidoras antiguas que no son ya sirvientes ni alcanzan a señoras. «Cuando pasé por ahí estaban conversando el Oidor Aldunate, con los Oidores Irigóyen i Concha i los señores Lazcano, Luco i Echenique. Acaban de llegar don Félix Maria Bazo i Berri, el señor Marqués de Cañada Hermosa i el de Casa Real i varios militares. Hai mucha jente, i todos hablan con calor. Debe pasar algo mui grueso, cosas terribles deben de ser. ¡Que nuestra señora del Socorro nos ampare!»

Al poco rato entró doña Mercedes Alvarez de Toledo, toda sofocada.

«—¡Uf! hijita, exclamó, abanicándose. «Están pasando unas cosas terribles. Figúrate que los revoltosos del Cabildo, preparan nada ménos que un motin. Van a juntar como cuatro mil hombres, un verdadero ejército. Han tenido reuniones los cabecillas, en compañía de los del Cabildo, en casa de Hermida i donde Quinta Alegre. Quieren tomar preso al señor Presidente i nombrar en el acto una Junta de Gobierno al estilo de Buenos Aires. ¡Dios miol qué va apasar... ¡Protéjenos, María Santísima!»

«—¿I cómo sabe usted esas cosas, doña Mercedes? preguntó la Condesa, alzando la cuchara con que batia un remedio casero. «¿Quién se lo ha dicho?»

Entre tanto yo, conociendo la verdad, palidecia intensamente al ver descubiertos los planes.

«—Por que se han reunido aquí muchos de los vecinos serios i sensatos. partidarios fieles de Su Majestad el Rei i de la Relijion. El señor Oidor Irigóyen trajo la noticia del señor Rejente don Juan Rodríguez de Balles-

teros, a quien se lo contó esta mañana uno de los que asistieron a la reunion.»

Esperimenté, al oír estas palabras, un sentimiento de amarga congoja; me palpitaba el corazón con fuerza, como si ya viera a todos los conjurados, i yo entre ellos, marchando al patíbulo. El pobre Castro adivinó, sin duda, lo que por mi interior pasaba, temiendo que por un jesto suyo pudiera delatarme Doña Mercedes, viéndome tan amigo del alférez, i sabiendo que era empleado de Palacio, me creía de los suyos.

«—Pero los revoltosos se quedarán con los crespos hechos, agregó la señora, porque entre Martin i el Rejente Ballesteros arreglarán las cosas para el mejor servicio del Rei. Acaban de conferenciar todos los Oidores i principales vecinos de la mas alta nobleza con el Presidente García Carrasco, el coronel Reyna i los jefes militares. Está resuelto que no haya Junta, i el brigadier Carrasco tan impopular como ustedes saben, agregó la dama, recordando los agravios de don Martin, el brigadier se irá tranquilamente, eso sí que con sueldo. Esta noche tomará el mando, como Presidente, el señor Conde de la Conquista, don Mateo de Toro Zambrano. Como es de América, ya con esto los caballeros i nobles quedarán contentos i todo concluirá en paz i gloria. Se acaba el cuento i se lo lleva el viento... ¡Uf! qué calor!»

Me quedé todo perplejo. La Real Audiencia, con una maniobra audaz, exigía a Carrasco su renuncia para quitar al pueblo i a los vecinos el pretesto del mal gobierno i mantener, a toda costa, el réjimen antiguo. Ya teníamos de Presidente, o próximo a serlo, al Conde de

la Conquista, i fracasaba la Junta. ¿Qué dirían de esto los patriotas amigos del Gobierno nacional, Argomedo, Rosales i los demas vecinos? ¿Sabían acaso que habían sido traicionados? Una fiebre de impaciencia me ajitaba. A mí me parecía imposible de evitar el golpe tan hábilmente combinado por los Oidores. De todas maneras, con esto, quedaba diseñada la lucha entre la Real Audiencia i un considerable número de vecinos partidarios del régimen antiguo, por un lado, i los partidarios de la Junta nacional, de las libertades públicas i de nuevas instituciones, por el otro. Sea cual fuere el resultado, se veía en el fondo oscuro del horizonte la guerra civil diseñada. ¡Qué no hubiera dado yo en esos momentos por dirijirme a casa del doctor Argomedo i por contárselo todo! Cojí mi sombrero i me despedí precipitadamente, pero Castro alcanzó a pronunciar algunas palabras confidenciales al oído de la Condesa que salió por la otra puerta.

Al llegar a la de calle la encontré cerrada con llave, como solía acontecer en los grandes peligros. Cuando volví en busca de la llavera ésta me dijo tranquilamente que había recibido la orden, de parte del señor Oidor Irigóyen, de no dejar salir a nadie. Luego añadió con una sonrisa maliciosa que la señora Mercedes pedía me quedase a comer, agregando que no ayunaría, pues tenían huachalomo salpreso i otras golosinas atrayentes. De buena gana la hubiera dado al diablo, pues sentía la imprescindible necesidad de partir para comunicar a don Gregorio Argomedo los graves sucesos que se preparaban. Desde ese instante concerté mi plan con la rapidez del relámpago.

Con cualquier pretesto me dirijiría al huerto situado en el fondo, i de allí saltaria, trepándome por las paredes, a la casa vecina para salir a la calle. Una vez que Argomedo, Rosales i don Tomas O'Higgins conocieran el plan de los oidores podrian impartir las órdenes precisas para dar el golpe inmediatamente i designar la nueva Junta Nacional de Gobierno. A mi turno, prestaria con esto un gran servicio a la patria, con lo cual el doctor Martínez de Rozas tendria que recompensarme dándome por lo ménos un puesto de capitán en un batallón o cosa igualmente honorífica i lucrativa. Ya casi sentia sobre mis hombros el dulce peso de las charreteras.

Como lo pensé lo hice. Con diversos pretestos alcancé hasta el último patio lleno de árboles frutales. Allí, saltando sobre tinajas de greda en que se guardaba el vino i trozos de tablas, conseguí arrimar una viga a la muralla que separaba la casa del predio vecino. Con bastante dificultad, i rompiéndome la ropa que cuidaba de ordinario como hueso de santo, logré llegar hasta lo alto, i corriendo por encima del alero del tejado alcancé hasta un punto en que tocaba la rama de un árbol del predio vecino. Me dejé caer con gran cuidado; deslicé en seguida por el tronco i me hallé sano i salvo en la casa colindante.

«Ahora si que soi dueño de la situacion, me dije entre mí. El servicio que voi a prestar a la causa i al doctor Argomedo no tienen con qué pagármelo.»

No bien habia comenzado a echar mis cuentas alegres, cuanto sentí unos ladridos feroces. Era un perro, al parecer de dimensiones colosales, que se venia ciego

sobre mí. Eché a correr... i el perro detras. Ya me alcanzaba, ya casi me devoraba las pantorrillas, cuando acerté a darle con un pedazo de teja, con lo cual le contuve un instante, lo suficiente para treparme a un árbol. Entre tanto, a los ladridos del perro se habia armado en la casa vecina furibunda pelotera. «¡Por ahí andan ladrones!» gritaba una voz ronca. «¡Mátenlos!» respondia otra. A todo esto caian las sombras de una noche oscura. El estampido de un naranjero o escopeta vino a turbar el silencio como respondiendo a la consigna. Casi me dí por muerto. Solo tuve ánimo para deslizarme por una rama a la casa vecina, en donde eché a correr hácia el fondo, en el cual brillaba una fogata. A lo ménos habia escapado con bien de los perros i de la escopeta.

En cuanto llegué a la habitacion iluminada, escuché una voz que me interpelaba cariñosamente.

«—Don Rafael ¿qué se habia hecho que no podíamos encontrarlo en ninguna parte para ir a la cena?» Era la llavera de don Martin. Estaba involuntariamente de vuelta en la casa. ¡Dios mio! en qué estriban los sucesos de este mundo! Si alcanzo a salir a tiempo i voi con las noticias del plan de los oidores donde Argomedo, el dia nacional de Chile i la instalacion de su Junta de Gobierno se hubieran celebrado el 16 de julio.

Me fuí a cenar contra toda mi voluntad. Cuando estábamos en los postres llegó un mensajero con un recado: «García Carrasco dejaba el mando; el Conde de la Conquista acababa de asumir el gobierno del Reino.

## XIX

Los sucesos se precipitaban con rapidez. Ahora ya no se luchaba en contra de Carrasco; la querrela se habia pronunciado con ardor entre la Real Audiencia apoyada por el partido español, enemigo de las innovaciones i los patriotas sostenidos por el Cabildo.

Era una perpétua guerra de intrigas i de cábalas entre unos i otros, en torno del Presidente.

El Conde de la Conquista, era un anciano achacoso, i su ánimo se habia debilitado así como su intelijencia. Tanto los oidores i el partido español, como los rejidores del Cabildo i los patriotas hacian poderíos por adueñarse del espíritu flotante del nuevo mandatario.

Estábamos en la buena, puesto que el doctor Argomedo habia sido nombrado secretario de Gobierno, tomándome de escribiente, lo cual me obligaba a ir a casa del señor Toro Zambrano llevándole el despacho para la firma. Allí andaba siempre listo don Gregorio Argomedo, i cuando no él, se hallaba el doctor Marín u otro de los patriotas seguros, para evitar las influencias de algunos miembros de la familia sobre el Conde. Mas de una vez me crucé en los corredores con la señora

Condesa de San Juan que iba de visita donde la señora Josefa Dumont, esposa del hijo primojénito del Conde de la Conquista. En sus departamentos, que eran los de los altos, se conspiraba en favor de la Real Audiencia. Allí encontraban los patriotas el rompe-olas; en cambio contaban con el apoyo de otros hijos varones del Conde, de donde resultaba en la casa una verdadera guerra.

No recuerdo cuantas señoras de ilustres familias ví pasar por aquellos salones, en busca de la señora Dumont que formaba el núcleo de la resistencia femenina a las innovaciones i al Cabildo.

«—¿No te parece, Rafaelillo, que con estas cosas que han inventado i estas Juntas de Gobierno que pretenden, el diablo va a llevar de una oreja a todos los americanos?» Así solía hablarme familiarmente la señora Dumont.

En otra ocasion, el señor Oidor Irigóyen entró de visita en momentos en que el Conde de la Conquista firmaba las comunicaciones. »¡Ah! Señor, le dijo, sin reparar en mí. Los revolucionarios nos conducen al abismo; pretenden establecer una Junta de Gobierno popular. Luego querrán elejir un Congreso i separarse de España.

«Entónces el pais vivirá en perpétua zozobra, pasando del gobierno de la multitud irresponsable, ignorante i anónima, que todo lo atropella, a la dictadura personal que provoca los motines. No veo, señor Conde, cómo se pueda hacer un gobierno popular en un pais donde no hai pueblo, donde el campesino i el roto ignoran los elementos esenciales, donde aun en las clases

mas aristocráticas hai personas que ni siquiera saben leer—vergüenza da confesarlo. Dar un gobierno propio a un pais en semejantes condiciones; levantar las multitudes ciegas e inconscientes, para hacerlas dueñas de nuestros destinos, es un acto de demencia.»

«—Creo, afirmó por su parte el Oidor Concha, que eso equivaldría a una navaja de afeitar en manos de un niño. Basta con ver que el nivel del bajo pueblo está atrasado de doscientos años.

«Si Vuestra Señoría cede al Cabildo en sus pretensiones, llegaremos a un falso gobierno popular que se asemeje a la torre de Babel, en caso de que sea honrado i nos gobierna el pueblo; mas si éste solo alcanza las esterioridades, i el gobierno efectivo permanece en manos de uno solo, entónces, francamente, yo no veo a qué conduzcan tales innovaciones. ¿I no sufrirá con ellas el prestigio de la relijion? Los innovadores, fácilmente transformados en revolucionarios, i demagogos, ¿respetarán las propiedades?»

Tales eran los discursos que le fletaban los Oidores i sus amigos al Conde de la Conquista. Francamente, confieso que me hicieron meditar, i que mas de una vez, al ver mas tarde los efectos de la guerra civil, me sentí inclinado a darles la razon.

Por su parte, el señor Conde, todo cabizbajo, se pasaba la mano por su cabellera blanca, sacaba su caja de rapé, i decia con aire convencido: «Tendré a raya a los insurjentes... conmigo no se pondrán las botas...»

Mas apénas salia de hacerle visita el Oidor Irigóyen, Concha, o el Marqués de Cañada Hermosa, entraban

por otra puerta, con semblante risueño, Argomedo o el señor Marin: «El país espera mucho del espíritu discreto del señor Conde, le decían. Es preciso reformar muchos abusos; crear escuelas para instruir a los pobres; preparar ejército para evitar que la América sea presa de filibusteros o enemigos: fundar hospitales; construir caminos carreteros; permitir el desarrollo de la industria. Para eso necesitamos mucho dinero, de contribuciones, i para arreglar los servicios públicos con entero conocimiento de causa es menester escuchar la voz de los interesados, de los vecinos pudientes, de los hombres de saber. La Junta Central de España, a cuatro mil leguas de distancia, ignora en absoluto nuestras necesidades i solo puede tener los informes maleados i equívocos de un mandon cualquiera, enviado, cuando ménos pensamos, a reemplazar a V. S. ¿Quién podrá ejecutar una labor tan compleja sino una Junta compuesta de los vecinos mas respetables de la ciudad, por su familia, sus antecedentes i su fortuna? Pues désígnela Su Señoría, el país se lo agradecerá i su nombre será escrito con letras de oro en las páginas de la historia.»

El Conde quedaba perplejo; veía levantarse ante sus ojos el fantasma de un Gobernante enviado de España, por el estilo de Carrasco, i sentía vacilar su espíritu de ochenta i cinco años. Entónces en el oleaje de su voluntad aniquilada i de su criterio vacilante, comenzaba a tomar cuerpo la idea de convocar a un Cabildo abierto para designar una Junta de Gobierno. Mandaba redactar inmediatamente la órden para firmarla.

Tal era el estado de su espíritu, segun recuerdo,

cuando entró a la sala doña Josefa Dumont, acompañada de la Condesa de San Juan. Al ver a las damas el anciano se puso de pié i se acercó a ellas con el aire bondadoso que constituía el sello de su persona. Quería recordar los años de hombre galante.

«—Señoras, beso a ustedes las manos respetuosamente. Si tuviera veinte años me parece que no vacilaría un momento en cortejar a la señora Condesa.

«—No vacile, señor, atrévase, le dijo ésta alegremente. I si la Condesa Toro nos sorprende creerá que se trata de una equivocación...»

«—¡Picaruela! i su pleito, ¿cómo va?

«—Con el paso tardo, anciano i respetable de los señores Oidores... Pero andan corriendo que el señor Presidente piensa convocar una Junta...

«—¡Eso no es posible!» exclamó la señora Dumont acaloradamente. «Aun no estamos en una casa de locos.»

I las damas paseaban su sonrisa triunfante, derramando los atractivos de su elegancia i de su belleza sobre el anciano a quien, como a todo hombre, deslumbraba la gracia.

El Conde me hizo una seña: «Amigo, dígale al doctor Argomedo que dejaremos el asuntito para mañana. Debemos consultar estas cosas con la almohada. ¡Adios, i que Dios me lo guarde!»

## XX

Me parece aun sentir la emocion de aquella mañana de primavera en que recibí un papelito de mi amigo Castro diciéndome que me esperaria sin falta a las tres, pues me tenia reservada una sorpresa. Me deshacia en conjeturas. Recordaba la última conversacion íntima que habiamos tenido a solas. Aníbal me habia referido, con voz honda, apagada casi, los secretos inefables de sus amores. Se sentia de tal modo feliz que callarlos era imposible. Necesitaba confiarlos, hablar de esa mujer tan bella, de esquisita distincion, de refinada elegancia i de noble espíritu. La Condesa de San Juan le amaba. La roca, habría realizado el milagro de conceder un poco de agua para la sed. Lo que le parecia un imposible era ya un lecho. El pobre oficial, sin mas bienes de fortuna que su modesta espada, era querido por la Dama que habia sorprendido i dominado a la sociedad de la colonia. Uno por uno habia presenciado yo los progresos de aquel cariño, las primeras flores dadas, las palabras afectuosas, las miradas que abren horizontes al cariño revelando mundos nuevos. Mas de una vez pude contemplar al herido convale-

ciente, apoyado en el brazo de la amada, ensayando sus primeros pasos como un niño. La fortuna le sonreía de tal modo que parecía casi un sueño. No se hubiera cambiado ni por minero que obtiene un alcance fabuloso en su mina, ni por el jeneral que alcanza una gran victoria. I luego, a la hora en que se hacen las confianzas, me daba a entender, con voz que temblaba, los misterios de su dicha.

Por mi parte, lo confieso, no dejaba de sentir cierta envidia al verle tan feliz. Mis horizontes se habian cerrado de nuevo. ¿Para qué habia llegado a conocer a Cármen si un abismo nos habia de alejar, si a cada instante se aumentaban los obstáculos, si sus padres ponian mala cara a esos mis despreciados amores? Algo, dentro del pecho, me decia que debia contar con su cariño. Ni mi persona, ni mi posicion modesta podian procurarle, en mi, la vanidad de una conquista. Tenian que ser sinceras las manifestaciones de su simpatía, medio envueltas en el misterio, desapercibidas para el mundo, pero visibles para mí. Todos los días, en las primeras horas de la mañana, aun en las ocasiones mas ajitadas i llenas de preocupaciones, la esperaba para verla salir de Santo Domingo. Si constancia existe, no pudo haber mayor que la mia. Hubo momentos en que sentí pasar sobre mis ojos el velo turbio de la desesperanza, i luego, al contemplar, desde lejos, su cuerpo delicado de lirio, animado por un soplo de gracia tímida, sentia crecer en mi pecho un torbellino de ansiedad ardiente. ¡Qué no hubiera dado por hablarle!

A la hora fijada hallábame en casa de don Martín. Hi-

ciéronme atravesar la casa hasta llegar al segundo patio, donde estaba el huerto de tan duros recuerdos.

El mes de setiembre habia despertado a la primavera con su inmensa esperanza de vida que se deshace en botones i en flores, para eterna renovacion del mundo i para infinita expansion de la humanidad que sufre. Los aromos embalsamaban la atmósfera con su perfume i deleitaban la vista con sus florecillas doradas i redondas, como minúsculas manzanitas de oro; las flores blancas de los guindos formaban como una nevazon ténue sobre los árboles coposos i caian entre los velos rosados de las flores del durazno, en perspectivas diáfanas que permitian casi contar las líneas finísimas de las ramas.

I el sol caia dorado, risueño, con alegría infinita sobre aquel huerto de una morada santiaguina. Era el sol de los grandes acontecimientos, de las agitaciones de un pueblo, de la intensa renovacion de vida en una sociedad entera que traia tambien sus rayos para los desamparados como yo. I al saltar por entre matas i plantas, buscando el sendero semi-borrado, vi un grupo, allá por el fondo, i en ese grupo estaban la Condesa, Aníbal Castro i... Carmencita. Si era mentira, si no podia creer a mis ojos, sino parecia verdad que la distancia se acortara, i que yo pudiese hablar con ella nuevamente, sin trabas, ni humillaciones... ¡Dios mio! Me sentia tan feliz que tenia ganas de llorar.

Reinaba un silencio poderoso i fuerte. Un mar de hojas se perdia por el horizonte, en una gran esplosion de vida primaveral, entre los tallos finos de las yerbas, las ramas de los árboles, las flores. El sol describia su

cortinaje de oro sobre el jardín en crecimiento, sobre la marea de las hojas i las guirnaldas de las plantas trepadoras subidas a los árboles de una manera salvaje. Balanceábanse las ramas lenta, vigorosamente, como enormes brazos abiertos i ajitados por la esplosion de primavera. Junto a un grupo de rosados duraznos se derramaba una mancha de luz violácea, entre las yerbas que cortaban mas allá las hojas dilatadas i brillantes de un plátano con su tono verde tierno, i formaba su ángulo que parecia un traje de verdura.

En medio de aquella vejetacion rústica, en que los árboles, las plantas i las flores crecian a su capricho, sentia yo la afebradora delicia de ver a Cármen, a mi Cármen. La Condesa i Aníbal me saludaron sonriendo i comenzamos frases que yo no entendia, ocupado en observar el color sonrosado i púdico de mi amada, sorprendida i tímida, i sintiendo que me invadia tambien un oleaje de sangre i que el corazon me palpitaba de prisa.

La Condesa, mas dueña de sí misma, habló de los sucesos últimos, del estado inquieto i alarmante de la ciudad de Santiago, del temor de movimientos militares.

Era que en esos dias se sentia en la atmósfera un peso profundo, algo como el rumor que precede a los grandes trastornos de la naturaleza, la inquietud nerviosa de los espíritus, la expectativa de acontecimientos que se aproximaban. ¿Habria lucha? ¿Correria la sangre en nuestras calles? Esa muchedumbre tan amenazadora de las jornadas de julio ¿llegaria hasta últimos e inesperados extremos? Allí estaba, infatigable i oculto, obrando incesantemente, el pensamiento de Martínez

de Rozas i de sus amigos. I ante la inquietud de los sucesos, la Condesa debía sentir la necesidad de la proteccion, de afecto, esa presion trájica en la cual se desarrollan i maduran los sentimientos con ardores precipitados de conservatorio. Mi amigo Castro estaba intranquilo.

Se veia en el jesto nervioso de sus manos que ajitaba, esa excitacion anormal de las horas largo tiempo esperadas que se acercan en la precipitacion de los sucesos.

Luego, sin saber cómo, nos separamos en dos grupos i nos sentimos perdidos en el huerto.

Por primera vez estábamos solos. El sol, la esplosion primaveral de las hojas i de las yerbas nos servian de cómplices, ayudados por el gran silencio que se formó entre nosotros dejándome oír el ruido de mi corazon que palpitaba. Cómo hubiera querido evitar que sus piecitos de niño se enredaran en las malezas de los senderos, levantándola entre mis brazos dulcemente... Con qué placer ardoroso alzaba las ramas que se enredaban a nuestro paso, como si tuviera celos de su ruda caricia. Cármen vacilaba al pisar las malezas; la cojí suavemente del brazo, sin que protestara, ni se negara a mi presion, pero sentí un suave estremecimiento de tímido pudor sorprendido, algo como el temblor asustado de la paloma. I dentro de mi alma, observaba el inmenso júbilo que su temblor me producía, el sentimiento de orgullo viril, unido a la conciencia de su infinita pureza. Cuando el sendero era mas estrecho, daba algunos pasos delante de mí, dejándome contemplar las líneas virjinales de su cuerpo de lirio. El sol caía sobre nosotros con ardores de verano, desplegando

entre los árboles su manto de oro sobre la muelle alfombra de verdura que pisábamos sin hacer ruido. Un olor embriagante de flores me aletargaba; me mareaban las líneas de su cuerpo, la silueta deliciosa de Carmencita animando con soplo de vida nueva i humana la esplosion de vida del huerto. Sentia el vértigo de sus mejillas sonrosadas, del mirar aterciopelado de sus ojos, de su brazo que mi mano oprimía suavemente. I por cima de todo, la naturaleza, como una gran cómplice, al desbordarse en las salvajes esplosiones de un huerto incul-to, nos incitaba al desfallecimiento de los musgos, de las flores i de las ramas. Sentíase el zumbar de las abejas, los prolongados cuchicheos de las yerbas, el hervor de insectos desconocidos entonando el inmenso ¡hosanna! de la naturaleza en busca de una vida nueva, el canto de boda de las violetas junto al despertar de las rosas que se besan a traves de los aires.

«—¡Carmencita...Carmencita mia...no puedo vivir sin tí, necesito que me quieras eternamente, hasta que se apaguen las estrellas i los soles que nos alumbran, i nosotros salgamos de esta vida.»

«—Ingrato, ingrato. ¿Que mas puedes pedirme, apesar de la guerra que te hacen en casa? Mi madre dice que me verá muerta o monja ántes que casada contigo. Pero la Virjen habrá de ampararnos i todo se arreglará con la gracia de Dios...»

¡I como sonaba en mis oidos la santa invocacion de mi amada en medio del silencio triste i grave de la esplosion de vida en primavera!

Entónces, sin hablar, la estreché contra mi pecho, la dí un beso en las mejillas, i sentí que apartaba rápida-

mente su rostro, mientras vibraba su cuerpo todo con un estremecimiento involuntario, espontáneo, como el de los tallos de las yerbas, como el de las hojas de los árboles. I esa timidez recatada me subia a la imaginacion como un perfume embriagante, como si hubiera sido el primer hombre que se hubiera desfallecido en el primer beso.

De los rincones mas apartados, de la espesura fresca de los boscajes, de la alfombra de césped quemada por el sol, de los árboles, de las yerbas, de la penumbra silenciosa subia una misma esplosion de vida con el poderoso empuje de la savia. Junto a nosotros, en un prolongado silencio, oimos tambien rumores de besos...

«—Vámonos,...hasta luego,...no me olvides ..»gritó Cármen echando a correr como una chiquilla.

Sentí el goce infinito de contemplarla en la plenitud de su pureza i de su hermosura como el ángel que anuncia la primavera.

## XXI

La ciudad de Santiago hervía nuevamente. La lucha entre los revolucionarios i los conservadores del antiguo réjimen habia llegado a su término. En vano Rodríguez de Ballesteros, Bazo, el marqués de Cañada Hermosa i otros asediaban al conde de la Conquista. La señora Dumont ensayaba, tambien sin resultado, los recursos casi siempre invencibles de las insinuaciones de familia. La mayoría de la sociedad chilena se pronunciaba francamente por la instalacion de una Junta de Gobierno, i el Presidente comprendia la imposibilidad de resistirla. Entónces comenzó a tomar nuevas formas el movimiento popular. Vimos el hormigueo inquieto de julio. Durante la noche recorrían las calles patrullas de ciudadanos armados para contener al partido español e impedir que éste se apoderase de la artillería por sorpresa. Su jefe, el coronel Reina, español de nacimiento, era uno de los pocos militares que apoyaban el réjimen antiguo.

El doctor Argomedo me mandó con órdenes para los distintos cuerpos, encargándome secretamente estudiara el estado de ánimo de las milicias. Partí á caballo hácia la Cañadilla, en donde se encontraban acuartela-

dos los Dragones del Príncipe, a las órdenes de su comandante, el marqués de Montepio. Aun me parece oír el estrépito del galope del caballo en las altas horas de la noche. Las patrullas me detenían a cada instante; acababan de tomar a unos españoles que iban armados i les llevaron al cuartel de los Dragones. El marques me recibió con visible regocijo, al ver que iba con el santo i seña de Argomedo.

«—Los nuestros están listos, me espresó. »Dígale al doctor Argomedo que si no se halla instalada mañana la Junta de Gobierno, yo no puedo responder de lo que pase. Vamos a tener una San Bartolomé.»

Los soldados improvisados manifestaban grande entusiasmo bélico. Me contaron que el ayudante mayor de plaza, don Juan Mackenna, había llevado los cañones de la artillería al cuartel de San Pablo, colocando fuertes destacamentos de tropa frente a la plazuela de la Moneda. El sarjento mayor, don Juan de Dios Vial, i los capitanes Ugarte i Benavente se hallaban a las órdenes del partido revolucionario.

—«Tenemos tres mil hombres, agregó el marques de Montepio, contando el rejimiento de mi compadre el rejidor Prado, acuartelado en la quinta del Tajamar; las milicias de Melipilla, que trajo el coronel don Manuel Barros, i las compañías del marques de Casa Larrain, traídas de Rancagua. Si los *godos* resisten, les daremos fuerte i feo...»

—«¡Viva la Junta Nacional!» gritó uno de los oficiales.

—¡Viváa!... repitió la tropa.

El eco se perdió en las profundidades de la noche,

como una inmensa voz de clarín de guerra, franco i desembozado, como la revolucion en marcha, con estrafias sonoridades que repercutian en el silencio nocturno, turbado hasta ese instante solo por el débil murmullo del rio.

Cuando montaba a caballo, algunos oficiales amigos me abrazaron:

«—Mañana cumpliremos nuestro deber».

De otro galope, a la orilla del rio, me puse en medio de la tropa mandada por el rejidor Prado. Calentábase a la lumbre de grandes fogatas que iluminaban el campo con intensos resplandores. Desde léjos, uno creia ver un incendio junto al San Cristóbal, cuyas líneas se alzaban imponentes como las de una fortaleza. Santiago se habia trasformado en campamento, con gran desesperacion del partido realista que, si bien no era el mas numeroso, contaba en sus filas con hombres de fortuna i de considerable situacion social, distinguidos entre los criollos i con cerca de dos mil españoles, comerciantes o empleados.

Las reuniones de los hombres dirigentes de uno i de otro partido eran numerosas. El teniente Célis, con quien me junté en el camino, me dijo que acababa de asistir a una en casa del canónigo don Vicente Larrain. Se encontraban allí militares, algunos caballeros i varios frailes i clérigos. El canónigo estaba furioso con la propaganda organizada en el púlpito por el vicario Rodríguez Zorrilla, partidario acérrimo del réjimen español. En medio de todos ellos se encontraba un emisario enviado por la Junta de Gobierno de Buenos Aires, para acelerar el movimiento.

«Las velas iluminaban a medias la sala llena de jente patriota, me referia Célis. Todos nos sentíamos sobrecojidos. Una ráfaga de viento apagó una luz, i en medio de la penumbra se formó un silencio lleno de amenazas.

»La sombra, la noche, el silencio, qué se yo que nos despertaron un sentimiento de terror, como esos pánicos producidos sin causa aparente en medio de la tropa. ¡Buena cosa con el susto grande, compañerito! I de repente vimos que avanzaba una sombra blanca, poquito a poco, del fondo de la sala. Venia con el paso resuelto de los que juegan el todo por el todo. Era el padre frai Joaquin de Larrain. De súbito una luz resplandeció entre sus manos con una llamarada i era un puñal de ancha hoja, i alzándolo sobre su cabeza, exclamó con tono firme:

«—¡Ya se guardará cualquiera de oponerse a la instalacion de la Juntal...»

«I luego, avanzando en medio de nosotros, nos hizo jurar sobre un crucifijo que cumpliríamos todos nuestro deber, llegando, si era preciso, hasta lo último.»

»Los oficiales sacaron sus espadas, los paisanos pistolas i puñales. Todos juramos en silencio. A uno le tiritaban las carnes con sangre de pollo, compañero, de puro emocionado.»

La tropa de dragones, mandada por el rejidor Prado, nos recibió con algazara. Algunos dormian, otros tomaban mate, pasando la bombilla de boca en boca, otros jugaban al naipe. Ahí nos contaron que ya se habian repartido cerca de cuatrocientas cincuenta invitaciones para un cabildo abierto, que tendria lugar el 18

de setiembre. Se refirió que habian sido hechas las invitaciones en la imprentita de la Universidad de San Felipe.

«—Creo que tendremos pelotera», dijo un oficial.

«—Como que viene en camino, desde Quillota, el Marques de Cañada Hermosa, con tres mil hombres armados para combatirnos», agregó un capitán.

«—Bueno, entónces nos agarraremos, para que todo se acabe de una vez...»

Después de continuar desempeñando mis diversas comisiones, llegué a casa del doctor Argomedo, i me eché, mas muerto que vivo, sobre un sofá, donde dormí profundamente hasta el amanecer, en que me despertaron remeciéndome de los hombros. El doctor estaba todo amarillo con la trasnochada i tenia grandes ojeras.

A pesar de que apénas clareaba el dia, ya se notaba un desusado movimiento en las calles al amanecer del dia 18 de setiembre de 1810. Don Juan Enrique Rosales impartia órdenes i despachaba emisarios, unos en pos de otros. Hizo vijilar las casas de algunos personajes sindicados de enemigos del movimiento, dando la órden de arrestarlos a la mas simple alarma. Los ojos de Argomedo brillaban con luz de fiebre. Junto a él despachaban don Francisco de Borja Larrain, Matorras, Vivar i otros que yo no conocia. A cada instante partian emisarios de a caballo, a todo galope. Iban que echaban chispas. Cuando me tocó mi turno, impartieronme unas cuantas órdenes breves, en voz baja. No dejé de notar la impresion producida por aquel grupo de hombres ya maduros, con las caras trasnochadas i amarillentas de los jugadores, sentados junto a una mesa

sobre la cual ardian cuatro velas en candeleros de cobre. Su luz macilenta palidecia en medio de la claridad matinal que ya entraba a chorros por las ventanas, sin que nadie se cuidara de apagar los cirios todos llorosos.

En las calles se veia, desde las primeras horas, desusado movimiento de tropas i de vecinos. Recorrílas al trote de un mancarron bastante celoso.

La Cañada, que era entónces un antiguo basural por donde hubo lecho de rio, se hallaba cubierta de tropa. El Rejimiento de caballería de la Princesa, apoyado por las milicias de Rancagua i de Melipilla, debia cortar las comunicaciones entre una i otra parte de la poblacion, aislando el costado sur, poblado entónces de ranchos i de jente miserable. Se temia que el populacho aprovechara la ocasion para saquear las casas de los españoles i ¿por qué no decirlo? de muchos criollos partidarios del réjimen antiguo. De allí salian esas multitudes amenazantes que se desparraman de repente, incontenibles i feroces.

El Rejimiento del Príncipe custodiaba el acceso al Consulado. El Rejimiento de milicias del Rei ocupó la Plaza Mayor, haciendo retirarse al populacho que avanzaba por la calle del Rejente. La tropa era mandada por el Comandante de Armas don Juan de Dios Vial. Para cruzar la Plaza era necesario mostrar la invitacion o dar el santo i seña.

Numerosos personajes desfilaban en direccion a la Sala del Consulado, en donde debia celebrarse la reunion del Cabildo abierto. Los vecinos mas notables por

su posición social i su fortuna, algunos títulos de Castilla i mayorazgos. Maestres de campo i subdelegados de diversos partidos, acudían con paso lento i grave, recién afeitado el rostro, la peluca empolvada, de calzón corto i casaquines de gala con bordados de oro i de plata los más de ellos. Seguían, con paso grave i solemne, en dirección a la Sala del Consulado que se iba llenando poco a poco. Muchos oficiales de milicias iban a aumentar la concurrencia convocada a la ceremonia.

En el camino divisé a don Santos Chocano que pasó todo perfumado i con su traje de gala junto a mí.

— «¡Hola! Rafaelillo, me dijo en tono protector, parece que eres de los nuestros. Por fin se realizan nuestras antiguas aspiraciones. ¡Ay! amigo, si supieras cuánto he trabajado para eso. Ayer, no más, tuve una larga conferencia con el Conde de la Conquista, pero parecía vacilante. Con decirte que la señora doña Josefa Dumont tuvo una escena de lágrimas, de sollozos i de ataques de nervios, pidiendo al señor Conde que revocara la orden de convocatoria, pues el Gobierno de la Junta Nacional era contrario a los principios de nuestra santa religión católica. ¿Qué te diré, hijo, sino que en estos propios momentos el Doctor Argomedo acaba de hacer al señor Conde de la Conquista declaración terminante de que si la Asamblea se suspende, él ya no responde de la sangre que corra por las calles. Amigo, agregó don Santos con importancia, gracias a los consejos que no ceso de darles, Rosales, Argomedo, Echevers se han mantenido en la brecha, alcanzando el triunfo de este hermoso día... »

Me quedé estupefacto. Cualquiera habria dicho que a don Santos Chocano debíamos el primer Gobierno nacional.

«—Me han hablado, amigo mio, agregó, para que forme parte de la Junta como vocal, pero no quiero. Mi modestia me lo impide. No sirvo, como tú bien lo sabes, para las exhibiciones. ¿I cómo está de salud, mi amigo don Mateo Lamas? ¿bien? Salúdalo i que Dios me lo guarde muchos años....»

Diciendo estas palabras, el buen caballero, saco de murmuraciones i chismes santiaguinos, penetró con paso mesurado al palacio, otorgando a derecha i a izquierda, saludos protectores. Era él quien triunfaba en ese dia, en efecto, con otros de la misma laya i mucho me quedaba que aprender en materia de mundo.

La Sala del Consulado, de vastas proporciones i aspecto severo, tenia su aire imponente con las inmensas murallas blanqueadas, la luz que descendia de sus grandes ventanas i los sillones de terciopelo carmesí que se alzaban en el fondo, sobre un estrado de regular altura. Un crucifijo destacaba los brazos macilentos de Cristo sobre aquella apretada concurrencia de militares, de brillantes uniformes. hidalgos de casacas bordadas con cruces de Calatrava, de Santiago i de Montesa, sacerdotes de diversas órdenes relijiosas i vecinos. A lí divisé la fisonomía fina, distinguida i enérgica de Rosales, al Marques de Montepío i al Conde de Quinta-Alegre, el rostro pálido de Vera, el perfil militar de Frai Joaquin de Larrain, dominando la Asamblea con su nariz corva i su elevada estatura, el rostro macilento de don Fernando Errázuriz, don Nicolas Matorras, gordo i entu-

siasta, rebosando júbilo, don Marcelino Cañas, don Juan Bautista Aeta, don Tomas O'Higgins i tantos otros, todos vestidos de gala, con las fisonomías pálidas i preocupadas los unos, ardorosas i entusiastas los otros.

La marea humana comenzaba desde las nueve, i ya no habia dónde poner ni un alfiler en la sala. En todas partes veia cabezas canas o calvas de ancianos en aquella asamblea que parecia un Senado.

De repente se produjo un gran movimiento, i se pusieron todos de pié. Era el señor conde de la Conquista, el anciano i meritorio caballero que llegaba con el paso lento i difícil de sus ochenta i cinco años, seguido de Argomedo, de Marin i acompañado por el Cabildo en cuerpo. Don Mateo de Toro llevaba un semblante firme i resuelto, cruzado el rostro con las arrugas de infinitas preocupaciones, de la inmensa responsabilidad del futuro, de las solicitudes encontradas de su propia familia. Al partir, su esposa lo habia abrazado llorando, como si fuera al patíbulo. El conde se puso de pié; no era ni un orador ni un letrado, pero tuvo un jesto sencillo i noble de gran señor, que conmovió a la asamblea.

«—Aquí está mi baston, dijo, disponed de él i del mando.»

I luego, volviéndose a Argomedo:

«—Significad al pueblo lo que os tengo prevenido.» I se sentó, con rostro impassible, como si voluntariamente se inclinase para dar paso a los acontecimientos que se precipitaban en la incesante i solemne renovacion de la vida en una sociedad.

Se produjo un inmenso silencio, uno de esos silen-

cios que son como la espresion de la conciencia de un pueblo, el de los ancianos que callaban, el de los soldados que presentian la hora trájica i sangrienta de la inevitable lucha, el de los hombres de estado como Argomedo, José Miguel Infante, Salas, que sentian la infinita gravedad de esa hora en que nacia un pueblo, dándose gobierno propio, asumiendo la responsabilidad de sus actos para crearse personalidad moral.

Argomedo se puso de pié. Todas las miradas se concentraron en su rostro pálido, de ojos brillantes, i se dejaron seducir por las sonoridadés de su voz plateada i firme. «Señores, dijo, el mui ilustre señor presidente hace a todos testigos de los eficaces deseos con que ha procurado el lleno de sus deberes. La real órden de sucecion de los mandos lo elevó al puesto que hoi ocupa, lo abrazó con el mayor gusto, porque sabia que iba a ser la cabeza de un pueblo noble, el mas fiel i amante a su soberano, a su relijion i a su patria. Persuadido de estos mismos sentimientos, se ofrece hoi todo entero a ese mismo pueblo, aguardando en las circunstancias del dia las mayores demostraciones de ese interes santo, leal i patriótico. En manos de los propios súbditos que tanto lo han honrado con su obediencia, deposita el baston, i de todos se promete la adopcion de los medios mas ciertos de quedar asegurados, defendidos i eternamente fieles vasallos del adorable monarca Fernando...»

En seguida habló don José Miguel Infante, enumerando las desgracias de España, la acefalia del trono i la organizacion de Juntas.

Tanto sus palabras como las de Argomedo produjeron en la Asamblea un visible entusiasmo.

La sorpresa i el desagrado fueron grandes cuando el señor Manuel Manso, administrador jeneral de aduanas, se puso de pié para combatir las innovaciones i el cambio de gobierno. Fuertes murmullos le interrumpieron i un oleaje amenazante de indignacion le hizo abandonar la sala. Otro comerciante español le acompañó. Pero luego se hizo sentir la opinion jeneral de un modo formidable. «Junta queremos!» exclamaron algunas voces, otras lo repitieron, el grito llegó a los corredores, a la calle i se propagó el ruidoso clamor de *Junta... Junta...* como un grito inmenso, como un estallido de las almas.

Infante se puso de pié, i fué proponiendo uno por uno los nombres de los vocales de la nueva Junta. El conde de la Conquista, de presidente; el Obispo don José Antonio Martínez de Aldunate, de vice; don Fernando Marquez de la Plata, don Juan Martínez de Rozas i don Ignacio de la Carrera, de vocales.

Uno de los concurrentes pidió que se agregaran dos mas. Fueron elejidos el coronel Reina i don Juan Enrique Rosales. Don José Gaspar Marin i don Gregorio Argomedo fueron nombrados secretarios.

Cinco horas habia durado la asamblea. Comenzó entónces el desfile, en medio de aplausos i de vivas del pueblo entusiasmado. La expectativa estallaba en un júbilo incontenible que se propagaba como un vasto incendio. I miéntras los notables del vecindario—que habian hecho tan considerable cambio político, de proyecciones i de trascendencia ni siquiera sospechaban por los mas—salian satisfechos i orgullosos de haberse dado

a sí mismos un gobierno, sentian otros el peso de as responsabilidades del futuro.

Corrian los jinetes a galope, repartiendo la fausta nueva. Gritaban i saltaban los chicuelos en las calles, miéntras los vecinos preparaban la iluminacion nocturna.

Salí pensando en el doctor de Rozas, cuyas cartas i prédicas incesantes habian dado rumbo al movimiento. Se hallaba léjos de nosotros, allá en Concepcion para tener en su mano el ejército de la frontera. Pero el soplo de su alma enérgica vibraba en los primeros i rudos movimientos de un pueblo que nacia.

## XXII

Pocos dias se presentaron mas hermosos que el 1.º de noviembre de 1810. El sol doraba las campiñas, los árboles, los techos de las viejas casas coloniales, los caminos. La multitud de jinetes alzaba nubes de polvo, entre gritos, clamores, banderas, alegres mantas de vistosos colores i cohetes. Una multitud entusiasta se dirigia hácia el Conventillo, en la Chácara de Salamanca. Numeroso concurso de coches i de calesas conducia a la jente de pró, a los representantes de las corporaciones relijiosas i civiles, del Cabildo i Audiencia. Los batallones de infantería i la artillería estaban en movimiento. La alegría era indescriptible en todos los semblantes. Era que hacia su entrada triunfal el doctor Martínez de Rozas, Vocal de la Junta de Gobierno. En él se encarnaba, a los ojos del vecindario el esfuerzo tenaz, la consagracion de todas las ideas a ese gran fin de la instalacion de una Junta Nacional de Gobierno. Las multitudes no comprenden los principios abstractos: necesitan encarnarlos en hombres, para odiarlos o endiosarlos.

Santiago entero corria hácia la Cañada, viviendo a

Martínez de Rozas. Un piquete de Dragones de la Reina habia pasado a todo galope, para servirle de escolta como a Capitan Jeneral. Los cañones de la Artillería brillaban, con su bronce lustroso i refulgente, heridos por los rayos del sol. Las campanas repicaban incesantemente, ajitadas por la alegría de los sacristanes i del vecindario entero.

Junto a mí, en un grupo, vi pasar a Requena, el antiguo compañero, escribiente de las Cajas Reales, saludándome con aire satisfecho; iba montado en un caballo tordillo, i llevaba puestas unas botas nuevas. El teniente Célis le seguia, todo ronco de vivir a la Junta, i mas atras una nube de amazonas. Era una revoltura de gritos, saltos, caballos desbocados, nubes de polvo, calesas, jente de todas edades, muchachos aleonados, destacamentos de milicias, i en medio de todos, Frai Joaquin Larrain con las sotanas arremangadas corria vivando a la Junta. La llegada de Martínez de Rozas parecia una entrada de Jeneral despues de una gran victoria.

Tambien marchaba a recibirle, seguro de que en el triunfo no me faltaria mi parte que se traduciria siempre de algun modo provechoso. ¡Que quieren ustedes! la naturaleza humana es tan frágil, i, como dijo nuestro Salvador, no solo de pan vive el hombre...

Iba mui contento i despreocupado, forjando castillos en el aire, cuando me alcanzó un muchacho que, sujetando la rienda a mi caballo me pasó un papelito. Era de mi amigo Castro que me llamaba urjentemente. De buena gana le hubiera enviado al diablo, pero soi así, no puedo resistir a los llamados de la amistad.

Volví riendas, i todo malhumorado regresé, torciendo hácia la calle tapada de Santo Domingo en donde se alojaba el alférez, desde que le dieron de alta.

Me esperaba en su pobre pieza, con reja de fierro i ventana a la calle. Estaba sentado sobre un escaño, junto a una mesa. Una caja forrada en cuero en que guardaba la ropa, un lecho de hierro, un modesto lavatorio i un par de sillas de brazos completaban el ajuar de su mísera habitacion. Ya no se veian sobre su mesa los vasos de flores de la casa de don Martin Alvarez; ya nadie le cuidaba.

Al entrar, le sorprendí limpiando una caja con pistolas.

«—¿Qué hai hombre? qué te pasa? qué araña te ha picado en un dia como el de hoi?» le dije.

No me respondió, pero en la penumbra de la pieza noté que las lágrimas rodaban por sus mejillas, en una tristeza que parecia sin consuelo. I yo que le habia visto tan feliz un mes ántes, cuando nos paseábamos en casa de don Martin, en aquella tarde que nunca se borrará de mi memoria... Yo, que habia sido testigo de sus amores con la Condesa... yo que había sentido el rumor de besos furtivos en la enramada... No podia comprender ahora la inmensa tristeza que le destrozaba el corazon. Era algo increíble...

«—¿Qué te pasa?» repetí.

Entónces, con frases entrecortadas de maldiciones i juramentos, me contó que la condesa de San Juan se iba en breve a Lima, con su litijio ganado.

«—¿I por qué no la acompañas?»

«—¡Ail amigo Rafael. Si uno jamas acaba de conocer

a las mujeres. Haber adorado a ésa, como ya no es posible querer mas en este mundo; estar dispuesto a la muerte, al sacrificio, a todo por amor a ella; haberla tenido entre mis brazos; haberla dado todo el fuego de mi alma, todo el ánsia de mis besos; haber soñado el cielo... i sentir que solo ha sido un sueño, nada mas. No concibo una cosa mas amarga... Cuando me dió la noticia de su partida; cuando escuchó mis súplicas de que me permitiera acompañarla, casarme con ella, unir mi suerte a la suya para siempre, abandonó mi mano con un suspiro, exclamando: ¡Qué amarga es la vida, Aníbal; qué doloroso es tener que dejarte para siempre! Si tú fueras título de Castilla, podríamos casarnos... si pertenecieses a gran casa, siquiera. ¡Qué lástima es tener que separarnos, cuando ya ocupabas tanto lugar en mi corazon...! ¡Qué lástima, pobre-cillo!... Mi familia no consentiria en que la viuda del conde de San Juan se casara con...cualquiera...»

Aníbal, al repetirme estas palabras, sollozaba. ¿Qué le importaba la vida despues de esto? Pensaba morir, tenia ganas de matarse, de llegar a la noche eterna, pues nunca podria encontrar una mujer como esa. El infeliz la maldecia, i sentia las terribles mordeduras del deseo, la visión triunfal de aquella mujer, la obsecion de su cuerpo, de la gracia de su porte, de la seduccion de sus maneras. Era una obsecion lacerante que le sacudia como un sollozo. Quería olvidarla, i no podia dejar de pensar en ella. Hasta la miseria de su pobre habitacion de soldado le recordaba su vision de insuperable elegancia i refinado lujo.

«—¿Qué haré, amigo mio, qué haré?...»

Traté de consolarle como pude.

Caía la tarde cuando me separé de Castro para dirigirme en busca del doctor Rozas, a quien debía saludar.

Iba con el ánimo atravesado i lleno de tristeza, por ese camino interminable que nos conduce de la amargura a la dicha, con los mil variados accidentes de la vida humana.

Me encaminé, por si acaso, a la morada del conde de Quinta Alegre, en la calle de la Merced. Allí estaba, en efecto. La muchedumbre se agolpaba a la puerta, junto a la cual habia muchísimos caballos que algunos soldados sujetaban de la rienda.

En la sala principal vi gran movimiento. Hasta el patio se hallaba invadido de soldados i oficiales de la escolta de Dragones que acompañaba a Rozas i de infantes de Concepcion que habian llegado con él.

No poco trabajo me costó alcanzar hasta el segundo salon, en donde se hallaba el doctor Martínez de Rozas, en medio de un grupo de caballeros, entre los cuales distinguí a Rosales, de fisonomía enérgica i fina, Infante, Quinta Alegre, el marques de Montepío i Argomedo.

«—¡Holal amigo, me dijo una voz conocida, miétras me golpeaban el hombro. ¿Usted por aquí? Parece que era partidario de la Junta? Bueno... bueno...

Era don Santos Chocano, todo colorado i tieso dentro de su casaca bordada.

«—Pues no ha sido poco lo que he tenido que trabajar para eso... pero, gracias a Dios, tanto Rozas como Argomedo i Rosales, no hacen sino lo que yo les digo.

Ya se ve: conocen mi experiencia i no ignoran que soi hombre corrido. Mas sabe el diablo por viejo que por diablo. . Ven acá. Te llevaré al doctor...

Junto con pronunciar estas palabras me empujó hácia el círculo en que se hallaba éste, agregando:—«Le recomiendo este jóven a Vuesencia, es sobrino de don Mateo de Erazo i uno de los nuestros...»

No bien me divisó el ilustre i grande hombre,—jamás podré olvidar ese momento—se apartó a un lado echándome los brazos al cuello con efusivo cariño.

«—Felicito a Usía...»

«Déjate de usías, tonto; i en castigo del estiramiento i etiqueta, pienso nombrarte, dentro de poco, teniente de Granaderos...»

Le dí las gracias, sin hallar palabras que espresaran mi profunda gratitud. ¡Ah! no era como los demas políticos; no se olvidaba de sus amigos.

Los salones estaban atestados de jente que circulaba en torno de nosotros, con brillantes uniformes de oficiales, casacas de gala i peluquines en algunos viejos señores, trajes claros de seda, algo cortos, en las señoras, con faldas que permitian ver el pié i la garganta de la pierna. ¡Qué tiempos aquéllos, señor! i dicen que eran atrasados. Por allí circulaban algunos estirados oidores saludando a las damas, entre las cuales divisé a doña Juana Verdugo, las señoras de Infante, de Echevers, de Sanchez i qué se yo cuantas mas. Tambien divisé, ¡oh sorpresa de los ignorantes de la vida! a doña Mercedes Alvarez de Toledo, la ardorosa partidaria del réjimen antiguo, que venia a saludar a los triunfadores. En cambio nó me estrañó ver a la señora con-

desa de San Juan, mas hermosa i mas elegante que nunca. Un ancho círculo de caballeros la saludaba, como a reina de los estrados. Entre ellos divisé a un apuesto militar cubierto de entorchados i de galones, como jefe de alta jerarquía.

«—¿Quién es ese militar?» preguntó, señalándolo, don José Miguel Infante, con cierta inesplicable desconfianza.

«—Es mi amigo don Tomas de Figueroa que acaba de llegar con la infantería que viene de Concepcion, respondió Rozas en voz baja. Le traje para que no me levantara la tropa, a mis espaldas, en contra de la Junta. Ese es mui realista, pero lo vijilaremos.»

Argomedo se acercaba con su continente gallardo i su voz plateada: «El sol de este dia alumbra el verdadero triunfo de la causa» le dijo al doctor Rozas empleando el lenguaje altisonante de sus discursos.

«—Compañero, le contestó Rozas, solo hemos dado el primer paso... Tenemos que crear *una patria*.»

«—¿I le parecen poco las manifestaciones de un pueblo entero?»

«—¡Ail qué sujeto de meditaciones no sujere el recuerdo del domingo de Ramos!... Tambien hubo palmas i flores el dia de la entrada en Jerusalem... pero al término se hallaba el calvario... i para mí, por lo ménos, el olvido», agregó Martínez de Rozas.

La condesa de San Juan se acercó a él en ese instante. Sonreia, con esa admirable sonrisa suya tan luminosa i llena de gracia, sonrisa única en que se mezclaban la injenuidad i el pudor, que permitia esperarlo todo, i que, sin embargo, no concedia nada.

«—Para saludarlo, doctor, he tenido que faltar a todos mis principios... Soi fiel partidaria del Rei, de la relijion i del antiguo réjimen que ennoblecieron nuestros padres con su espada, santificándolo con su sangre. I sin embargo, he venido aquí, únicamente para desearle bienvenida. Yo no sé olvidar...»

Martinez de Rozas se inclinaba respetuoso i sonriente:

«—Señora condesa, yo tampoco, i sé agradecer.... Pero usted se equivoca; soi fiel adorador de nuestro amado monarca el Rei Fernando VII...

«—Usted me recuerda a Voltaire hablando de Dios», contestó la condesa.

El coronel Figueroa, de pié, junto a la condesa, tambien sonreia; conversaba con don Santiago Luco, ámbos habian sido guardias de Corps de los Reyes de España, el cuerpo militar de la nobleza. Mas allá estaban don Martin Alvarez, el oidor Irigóyen, Ballesteros i el marques de Casa Real. Rozas los encerró a todos en una mirada circular i muda. Infante comprendió la mirada, veia al partido realista, el del antiguo réjimen, acechando la ocasion i adormeciendo en la confianza al vencedor con los halagos del triunfo.

«—¡Bah! las ideas de justicia concluyen por imponerse en el mundo», exclamó Infante, con su ardiente conviccion de ideólogo.

«—Si todos pensaran como Ud., aquellos nos comerian vivos» contestó Rozas.

En ese instante se despejaba un tanto la concurrencia i pude ver, junto a la ventana, cerca de su madre, a Carmencita. ¡Santo Dios! tenerla tan cerca i no poder

hablar con ella... Apénas me acerqué a saludarla se puso de pié la señora Santibañez, i sin contestar mi saludo, se llevó a su hija. Carmencita salió como un autómeta, mas al pasar junto a mí dejó caer, como un ramo de rosas, su sonrisa de vírjen. Con que ánsia me hubiera acercado a ella para decirle: «Me van a nombrar teniente de Granaderos, i llegaré a jeneral en un periquete, porque me protege el doctor Martínez de Rozas. I tú bien puedes casarte con un coronel, que lo seré pronto...» Pero, nada; me estrellaba contra el muro invencible i desesperante de las preocupaciones nobiliarias santiaguinas...

Los soldados arrastraban sus sables por los corredores, cuando yo salí.

El pobre fátuo «Pan frances» vestido con una vieja casaca de paño de grana, i enrollada al brazo su capa remendada, bailaba en medio de un círculo de tropa gritando al mismo tiempo:

«¡Viva la Junta! ¡Viva el Rei! ¡viva don Tomas de Figueroa!»

En ese momento se echaban a vuelo todas las campanas. Santiago celebraba la apoteósis de los vencedores, i los últimos rayos del sol poniente iluminaban las portadas de piedra, los viejos escudos nobiliarios i los tejados ennegrecidos de las casas solariegas.

## XXIII

Los meses de verano se deslizaron monótonos, mientras se reorganizaba el Gobierno. Ahora la lucha se había pronunciado ardiente, franca entre la Real Audiencia i la Junta. El doctor Rozas i don Juan Enrique Rosales mantenían enérgicamente sus prerrogativas, combatidas con fiereza por el orgullo del Oidor Aldunate i del Rejente Ballesteros. Pero se conspiraba. Las mujeres del partido realista invitaban a sus saraos a los oficiales, haciendo propaganda de salon; los viejos señores del partido realista enviaban ajentes a los cuarteles.

No dejó de sorprenderme, en cierta ocasion, ver a don Martin de Alvarez, tan orgulloso de su alcurnia, empeñado en una conversacion acalorada con un simple sarjento de Dragones en la calle tapada de Santo Domingo. Por supuesto que puse el hecho en conocimiento del señor Infante que se sonrió, diciéndome que nada podría un simple sarjento en contra del poder de la Junta que representaba la opinion del pais; los señores Rosales i Rozas, en cambio, se quedaron pensativos.

Dormí mui mal en la noche del 31 de marzo, víspera

del día en que debían tener lugar las elecciones de miembros del Congreso. Había columbrado, en las conversaciones, que se trataba de dar un golpe a la Junta i otro al Cabildo, que se oponían al envío de una columna de tropas a Buenos Aires, para ayudar a la campaña en contra de las tropas españolas de Montevideo.

Me habían nombrado alférez del batallón de Granaderos mandado por don José Santiago Luco, i estaba en buena posición.

Pasé la noche con gran desasosiego, dándome vueltas a un lado i otro. ¿Será verdad lo de los presentimientos? Así debe de ser.

Me levanté desazonado i de mal humor, dirigiéndome de alba al cuartel, situado en la antigua casa de Huérfanos. En la Plazuela del Consulado, lugar señalado para las elecciones, había movimiento, formándose varios corrillos. Estaba en uno don Justo Orellana, el dependiente de mi tío, conversando con Requena, mi antiguo compañero de las cajas Reales, i un pariente del señor don Santiago Rodríguez Zorrilla Vicario Capitular.

«—Algo muy grave debe de pasar, decía Requena, pues según parece, cuando el capitán Benavente hizo formar a los Dragones, éstos se resistieron, preguntándole que contra quien iban a pelear. Gran trabajo le costó, i solo pudo hacerlo diciéndoles que por la patria i por el Rei Fernando».

«Es que la tropa está descontenta, compañero, i no quieren ir a la otra banda a pelear por Buenos Aires en contra del Rei. Si no son lesos». Entre seis i siete llegaron a la Plazuela del Consulado. Entónces fué lo bueno. Algunos de ellos se amotinaron, i un tal Saez,

rompió la fila pidiendo a gritos que se juntaran con los infantes de Concepcion. El capitán Benavente le dió dos planazos. Entónces el cabo Molina salió en auxilio de sus compañeros, haciéndole los puntos con su fusil i gritando que nadie mas que el coronel don Tomas de Figueroa los habia de mandar. A todo esto se presentó el comandante don Juan de Dios Vial, i dijo al capitán que llevase la tropa al cuartel i que la desarmase. Así lo hizo, no mas. Pero en llegando al cuartel de San Pablo descerrajaron la puerta de los depósitos de pólvora, i no hicieron caso de entregar las armas; se amunicionaron, pusieron guardias en las puertas i luego se les reunió don Tomas Figueroa, sin saberse cómo. Iba vestio de pará, con galones i con espadín.»

« - El recado, agregó Orellana, se lo llevó el cabo Saez a don Tomas, que mora en casa de los señores Araos i Carrera, en la calle de las Monjitas cerca de San Antonio.»

Agregáronse variados comentarios del suceso que se habia esparcido por la ciudad como un reguero de pólvora. Las grandes puertas de gruesos clavos de las casas coloniales comenzaban a abrirse. Pasaban las cocinas camino de la Recova con sus canastos llevados por las chinas, i comenzaba a oirse el grito monótono de los vendedores ambulantes: «Esteras, el esterero; esteras pá los estrados.»... «Agua bien fresquita i heláa treigo...» Algun huaso iba con la manta echada al hombro, el caballo al paso, haciendo sonar con ruido metálico sus enormes espuelas.

De repente se sintió un redoble de tambores i el chillido de pífanos i de flautas. Era que por la calle de

Teatinos venia doblando la tropa en direccion a la Plaza por la calle de la Compañía. Me pareció un verdadero ejército, compuesto de toda la jente llegada de Concepcion, como unos doscientos cincuenta hombres de aspecto marcial. El coronel don Tomas de Figueroa iba a la cabeza. Apesar de sus años, me parece ver su fisonomía de aristocrática distincion, la nariz recta, hermosos ojos azules i boca pequeña. Era el opuesto, por su dulzura, del tipo del soldado clásico, pero su alma tenia temple de acero i su reputacion era terrible. Al llegar al Consulado, la tropa hizo alto. El coronel mandó en voz baja una órden con uno de sus ayudantes. No sin sorpresa vi a mi amigo Castro desprenderse de la columna, hablar dos palabras en voz baja con el pariente del Vicario Zorrilla, i correr hácia al coronel. Preguntaba por la Junta, i como le dijieran que no estaba ahí, don Tomas levantó la espada, rompieron su marcha los tambores i los pífanos, seguidos por la tropa compuesta de soldados con diversos uniformes. Al ruido, se asomaron a la calle algunas señoras, entre ellas doña Mariana Aguirre, hermana del Marqués de Montepío. Figueroa saludó con su espada al grupo de damas, a quienes habia conocido en los estrados santiaguinos. Todas le contestaron entre novedosas i asustadas. La tropa desfiló hácia la Plaza, apoyando su cabeza en el costado noreste i su retaguardia en el noroeste. Todos pudimos ver que el coronel, acompañado de un grupo de paisanos entre los cuales vi a don Martin, subió a la Sala de la Real Audiencia, situada en la Intendencia actual. Allí le esperaban los Oidores. Los del grupo gritaron: «¡Muera la Junta! ¡Viva el Rei

*don Fernando VIII!*» Pero nadie les contestó. Uno que otro transeunte sorprendido apuraba el paso.

El pobre fátuo «*Pan frances*», con su casaca granate i su gorro de papel se puso a bailar en las gradas de la Catedral, gritando: «¡Viva el Rei! ¡Viva don Nicolas Matorras!» Todos se echaron a reír!

En esto apuré el paso, luego eché a correr i me puse en un periquete en casa del doctor Rozas, en la calle de la Catedral esquina de Teatinos. Ya lo sabia todo i estaba impuesto de los detalles del movimiento revolucionario iniciado por Figueroa en contra de la Junta. Ahí se habian reunido con él don Juan Enrique Rosales, don Ignacio de la Carrera, e Infante i otros. Estos dos últimos estaban amilanados i lo consideraban todo perdido, de igual modo que algunos rejidores. En cambio Rosales, con extraordinaria enerjía i presencia de ánimo, tomaba las disposiciones para la resistencia, acompañado por Martínez de Rozas.

Raras veces puede uno engañarse en esos momentos. La sublevacion de Figueroa caia tan de sorpresa que el miedo invadia los espíritus. Rozas le conocia a fondo, como que era su compadre, i le creia tan bravo como audaz; a los demas les inspiraba terror.

Se tomaron las primeras disposiciones, acordando reunirse en casa de Márquez de la Plata que estaba enfermo; allí les aguardaba el comandante Vial. Este, despues de una breve conferencia, me mandó al cuartel de Granaderos con órden de amunicionar la tropa, llevándola a defender el parque de artillería situado en la Plazuela de la Moneda.

Miéntras la Junta organizaba la defensa, el coronel

Figueroa conferenciaba con los oidores. «Ahí está... ya llegó» dijeron éstos al verlo entrar a la sala con dosel de terciopelo rojo donde sesionaba la Real Audiencia. Luego, según me contaron, se oyó una conversación animada de la cual se percibían palabras entrecortadas... «que no haya efusión de sangre... primero por bien...»

Uno de los oidores se asomó a la ventana i viendo que no había pueblo i la plaza desierta, concibió temor i quiso prepararse una retirada, acordándose enviar una nota a la Junta, llamándola a conferencia. Hacia rato que habían dado las nueve en el reloj de los Jesuitas. Pasaba el tiempo, i el coronel Figueroa, con pocos oficiales, sin jente que lo acompañara, cruzaba por la sala nerviosamente.

A todo esto nos habían repartido armas i municiones, sacando el cuerpo de Granaderos a la calle. Ahí nos arengaron entusiastamente el teniente coronel don José Santiago Luco, jefe del batallón i el comandante jeneral de armas don Juan de Dios Vial. Sonaron los pífanos, los flautines, redoblaron los tambores i tomamos hácia la Moneda, en donde se nos juntaron los de la Artillería. Todavía me salta el corazón en el pecho al recordar aquella ocasión en que nosotros, simples reclutas, que no sabíamos marchar, desprovistos la mayor parte de uniforme, nos dirijíamos a batirnos. Un grupo de jóvenes enviados por la Junta, se acercó pidiéndonos armas. Apenas poseíamos las indispensables. Pero teníamos el alma llena de entusiasmo i estábamos resueltos a morir. Iba lleno de sobresalto, pero me inspiraba confianza un muchacho que marchaba junto a mí. Era de

constitucion hercúlea i de rostro infantil, se llamaba Santiago Bueras.

¡Qué gusto sentimos al ver que se nos juntaban los cañones de la Artillería al mando de los capitanes Montuel i Luis Carrera! Ya nos parecia que los hacíamos sonar, nó mas, arrancándoles la pepa del alma, Señor! ¡Ai! si se me alegraba el corazon al sentir el estruendo ronco i pesado de nuestra artillería cargada a metralla. Nosotros seguíamos a tambor batiente. Así desfilamos, tomando tambien por la calle de la Compañía hasta la Plaza, en donde hicimos alto frente a las tropas de Figueroa, colocándonos en el costado del sur, junto a los Portales de Sierra Bella i del Café de Lampayo.

Apénas habíamos llegado, cuando salió de los portales una gran cantidad de jóvenes armados de pistolas, de sables i de garrotes. Uno de ellos, el mas animoso, era Manuel Dorrego, estudiante de leyes que debia ser fusilado mas tarde en Buenos Aires por el jeneral Lavalle, despues de gloriosa carrera. Otro que llamaba la atencion era un fraile de rostro enjuto, de ojos ardientes que iluminaban con fosforescente luz su cuerpo endeble. Llevaba terciada al hombro su sotana de la órden de la Buena Muerte, i ajitaba en la mano un grueso baston, predicando a la muchedumbre el deber de morir ántes que abandonar a la Junta que representaba la imájen de la Patria. ¿Quién era? Unos dijeron que se llamaba Camilo Henriquez, recién llegado de Quito.

Las palabras del padrecito reconfortaban los ánimos, pero mas aun nos agradaba mirar nuestra línea. Teníamos como quinientos hombres contra doscientos cincuenta de los realistas, i ademas dos cañones apuntaban

sus bocas de bronce contra el enemigo, a nuestras alas. I una multitud de jente, metida en los portales se aprontaba a cojer los fusiles de los que cayeran.

A ratos me subia por la espalda como un escalofrio, señor, i me ponía a pasear la vista por los edificios del frente, las Cajas Reales, donde pasé tantas horas, la Real Audiencia, la cárcel pública. En una esquina estaba la Catedral, en la otra la casa de Ruiz Tagle i del obispo Aldunate con sus desairados muros blanqueados de cal i una multitud de baratillos. La plaza se alzaba desolada, llena de vejetacion i de yerbas, con uno que otro algarrobo indíjena de sombra enana, i una pila de bronce en el centro, cruzada por una gran acequia de lado a lado. Junto a la acequia rebosaban las cáscaras de sandía, los desperdicios, las ojotas i los zapatos de cordoban que renovaban los chicos cada sábado. Cerca estaban las tropas del coronel de Figueroa «alineadas por la derecha en batalla», con los fusiles en descanso. La expectativa era intensa i sentía yo un vacío en el estómago parecido al mareo, preciso es confesarlo. ¿Qué iría a pasar, señor?

En esto se desprende el coronel Figueroa i, haciéndole una seña, llamó a los comandantes Vial i Luco. Ambos se acercaron. Todos creimos que los contrarios, viendo que eran ménos, se iban a rendir. Pues nó, señor. Figueroa, levantando el tono con traza de autoridad pidió a nuestros jefes que le entregasen el mando de la tropa, pues era él jefe mas antiguo. ¿Habrased visto descaro igual? El comandante Vial echó mano a sus pistolas, diciéndole que a nadie mas que a la Junta i al Gobierno de la Patria reconocía. Figueroa dió un salto

i al minuto, casi instantáneamente, el enemigo nos soltó una descarga cerrada que dejó revolcándose en sangre muchísimos soldados de Granaderos, matando un artillero de la pieza mandada por Carrera en el ala. Nosotros entónces nos cerramos a balazos sin orden ni concierto, i con tanta prisa, que al comenzar el fuego cojimos en medio a nuestras propios jefes. Al mismo tiempo se sintió un estrépito horrible. Don Luis Carrera hacia fuego con su culebrina cargada a metralla.

Se produjo confusion en las tropas de uno i otro bando que asistian por primera vez al fuego. Como diez muertos i treinta heridos de los realistas se revolcaban por el suelo. Los gritos i lamentos de estos últimos llenaban el aire.

Las tropas de Figueroa abandonaron el campo, en direccion al norte, perseguidas por los nuestros. Todo fué obra de unos cuantos minutos. Francamente, en el estado de sobresalto en que me hallaba no me dí cuenta cabal de lo que habia ocurrido. Veo, si, la columna realista haciendo su descarga, envuelta en densa humareda; los nuestros contestando; el chisporroteo de los fusiles. Se que yo me agaché, arranqué a un muerto su fusil cargado, apunté al enemigo, hice fuego cerrando los ojos, i ví que los contrarios arrancaban en medio de los gritos de los heridos. Todo esto pasaba casi a boca de jarro. El Fraile de la Buena-Muerte se metió en medio de nosotros, con un crucifijo que pasaba a los moribundos. Algunos oficiales hacian esfuerzos para impedir que la tropa fuera a matar a los fujitivos, pero otros Granaderos arrojaron los fusiles para correr mejor i po-

der atacar al enemigo con sus *corvos*, cuyas hojas de acero relampagueaban. Aun me parece ver entre los muertos al infeliz *Pan-frances* con su casaca roja destrozada por las balas, el pecho abierto por dos grandes agujeros negruscos, revolcado en un mar de sangre, los ojos vidriosos, clavados en el cielo azul, tan radiante i luminoso en aquel día de verano. Apénas se reorganizaban las filas, retirándose a los heridos, cuando apareció entre nosotros el doctor Martínez de Rozas montado en un caballo tordillo; Rosales estaba a su lado. Una inmensa aclamacion lo saludó. Aun no se habian disipado las nubes, ni el acre olor de la pólvora.

El Coronel don Tomás de Figueroa, abandonado por su tropa, se retiró paso a paso, con la espada en la mano i fué a golpear la portería del Monasterio de la Victoria—¡o cruel irrisión del destino! Golpeó en vano, golpeó desesperadamente sin que nadie se doliese de su terrible situacion. Entónces tomó, siempre *al paso* por la calle de la Neveria hácia el convento de Santo Domingo. Allí le dió asilo el padre González.

Entretanto Martínez de Rozas organizaba la persecucion a los vencidos como una cacería de lobos. «Es preciso, a toda costa, cojer a Figueroa para que hagamos escarmiento», nos decia. El enérgico Rosales, el hombre de accion de 1810, agregó que un muchacho habia visto a Figueroa entrando a Santo Domingo. Hizo entónces rodear la manzana por una compañía de caballería i mandó avanzar otra de infantería para que rejistrase el Convento. Luego penetramos los Granaderos junto con el doctor Rozas que venia de la Real

Audiencia, despues de haber dicho de una hasta ciento a los señores Oidores, a quienes puso de oro i azul, por su complicidad con Figueroa, que ellos negaban.

Enseguida comenzó la cacería en el Convento, una pesquiza feroz i desenfrenada, entre los Frailes que tiraban de miedo al ver la muchedumbre de fusiles i las celdas que revolviámos, arrojando al suelo camas i armarios. Todo fué inútil. Ya nos retirábamos cuando Martínez de Rozas gritó con voz estentórea: «Doi quinientos pesos al que me indique el paradero de Figueroa». Un muchacho le dió aviso de que se hallaba oculto en el huertecillo de un Padre, debajo de unas esteras. En efecto, allí estaba el desgraciado coronel que se entregó sin intentar una resistencia imposible. Martínez de Rozas se arrancó una de las grandes hevillas de oro de sus zapatos i la pasó al niño.

Entretanto, noté que me tiraban de la manga, i vi a mi antiguo compañero, el escribiente Requena, que me llamaba. Estaba pálido i con la fisonomía desencajada. «—¿Qué pasa?» le dije. Contestó con un jesto mudo, haciéndome señal de seguirle. Así lo hice. Llegamos al último patio del Convento. En los corredores se hallaban alineados varios cadáveres que acababan de traer, con los vestidos rotos, la sangre coagulada i los miembros ríjidos. Un poco mas allá, a la parte opuesta, en una pieza donde guardaban armazones, cirios, tenebrarios, adornos de iglesia, tendido sobre un colchon, estaba un desgraciado cubierto de sangre i de tierra, la camisa desgarrada i sanguinolenta, con la casaca abierta, el rostro de color de cera, los labios descoloridos, i en la frente las sombras de la muerte. Era mi pobre

amigo Aníbal Castro; no pude dominar un estremecimiento de todo mi sér, una angustia que me anudaba la garganta.

«—Tenia que hablarte, me dijo, siento el pecho húmedo i la lengua pegada...»

Un hipo convulsivo le cortó la voz, miéntras con mi pañuelo enjugué la baba de sangre que le corria de la boca, en hilos. Quiso hacer un movimiento, i no pudo, sentia las manos aplastadas por un peso invencible. Ante sus ojos bailaban chispas. Le abrumaba un peso enorme, como si le hubiesen atornillado al suelo. Aun veo el hilo de sangre rodando por el colchon i desliziéndose por los ladrillos; aun siento su acre olor, mezclado al de fermentacion de sudores humanos de los cuerpos agrupados en distintas actitudes, tiesos, ríjidos como si fueran efijies de hombres muertos mucho tiempo atras. Con el calor se habian hinchado rápidamente i sus ojos tenian el color vidrioso de los ojos de muñecas, sin ideas, sin sentimientos, vacíos...

Yo no podia proferir palabra. El rostro de Castro asumia una espresion de resignada tristeza.

«—Adios, amigo, agregó, pues ya parece que me muero. Méteme la mano en el bolsillo izquierdo, el interior de la casaca... ahí tengo unas cartas i una miniatura de la Condesa. Llévaselos, Dile que mis últimos recuerdos son para ella. La he maldecido mil veces i muero pensando en ella. Yo debia ser partidario de la Junta, patriota como tú, soldado de la tierra que me vió nacer, de la libertad, de la causa de los desamparados. Por amor a ella he sido realista. Cuéntaselo todo, entrégale sus cartas i esa tarjetita de marfil que

refleja el sér mas bello que Dios haya creado en este mundo... ¡Uf!... me siento mui mal. ¡Cómo me duele el costado... ya no estoi para bromas... ¡Uf...»

Con un supremo esfuerzo, Aníbal de Castro llevó a sus labios un pequeño pañuelo de encajes empapado en sangre, i puso sus ojos—unos ojos vidriosos i fijos—en el cielo... en aquel cielo tan lejano i tan ingrato.

Su fisonomía tranquila, de rasgos finos i suaves, tomaba una espresion de suprema indiferencia... I sus ojos se clavaron en unos caballos que devoraban, en el patio, un monton de alfalfa, con diente hambriento.

En el silencio caluroso del mediodía se escuchaban jemidos i gritos de cólera o de dolor de los heridos de otro patio. Arrimada a la tapia se alcanzaba a divisar la cabeza de un soldado de granaderos atada con un pañuelo blanco, a traves del cual habia pasado la sangre espesa; tenia la cabellera lacia, aplastada sobre un monton de ladrillos. Una inmensa angustia invadia mi sér...

El sol iluminaba los viejos emparrados i las hojas brillantes i verdes de los naranjos i de las araucarias del jardin con el tibio calor de fines de verano. De repente estallaron con repique vigoroso las campanas del convento i siguieron las de la Victoria, del Cármen Bajo, Catedral, San Agustin... Era un concierto extraño, inesperado, de alegría i de triunfo. Un mochito me dijo, de paso, que acababan de recibirse comunicaciones oficiales de la gran victoria obtenida por la Junta de Buenos Aires sobre las tropas del Jeneral Elio en Montevideo. Comprendí, al punto, que se trataba de un ardid de Martínez de Rozas para aplastar aun mas

a los realistas i dominar a las tropas que venian en camino. I en el estado de excitacion nerviosa en que me hallaba con la vibracion del combate, el amargo espectáculo de mi amigo moribundo, el hambre, la sed me sentí propenso a las visiones histéricas. Creí contemplar, junto a los cadáveres tendidos en el corredor, a Martínez de Rozas i a Rosales discutiendo la muerte del coronel Figueroa, i resueltos a ella. No cabia duda que seria fusilado aquella misma noche. Era necesario separar con charcos de sangre el pasado, ya muerto, del futuro que nacia.

FIN

# OBRAS DE LUIS ORREGO LUCO

---

## OBRAS LITERARIAS

Pájinas Americanas

Pandereta

Un Idilio Nuevo. (Novela)

## ESTUDIO SOCIAL

Chile en 1904

## PROBLEMAS INTERNACIONALES

La Cuestion Boliviana

La Cuestion Peruana

1.º La Cuestion Argentina. — Patagonia

2.º La Cuestion Argentina. — El tratado de  
1881.

El Arbitraje Obligatorio

Episodios Nacionales de la Independencia  
de Chile. (Novelas históricas)

I. 1810 Memorias de un Voluntario de la  
Patria Vieja.

## EN PREPARACION

II El Camino de la Gloria.

---

